

VIDA ESPAÑOLA

AÑO I - NUM. 1

MADRID, 6 DE JUNIO DE 1947

TRES PESETAS



La máxima actualidad española ha girado en torno del viaje triunfal de S. E. el Jefe del Estado a Levante, Baleares y Cataluña. A su regreso, el pueblo de Madrid le ha tributado un fervoroso y unánime recibimiento, acompañándole clamorosamente en su recorrido hacia el palacio de El Pardo.

CAMBÓ

Por Juan VENTOSA CALVET

NO podía faltar un artículo sobre Cambó en el primer número de VIDA ESPAÑOLA.

Pesó mucho Cambó en la vida española; mucho más de lo que representa el espacio que se ha consagrado a comentar su personalidad y su obra.

Una de las características de su personalidad fué suscitar sentimientos apasionados. Cambó no podía ser indiferente. Se le consideraba amigo o enemigo. Con independencia incluso de sus ideas o de sus hechos. Muchas gentes que le desconocían sentían por él un fervido entusiasmo que no habrían sabido explicar. Otros, con igual desconocimiento, le odiaban. Y ese apasionamiento se ha manifestado aun después de su muerte: al lado de artículos en que se ha tributado el justo elogio a la personalidad ilustre de un gran español desaparecido, ha habido algún otro en el que la muerte no ha extinguido el encono ni ha neutralizado la ponzoña que se ha deslizado envuelta en fórmulas literarias.

No pretendo yo dirimir discrepancias, cuyos fundamentos son esencialmente de orden personal y psicológico. Mi decisión podría ser recusable. Por otra parte, a los demás y a mí nos falta, para la objetividad en el juicio, la serenidad en la visión que sólo puede dar la proyección histórica.

Pero hay algunas notas, en su vida y en su obra, que tienen, a mi juicio, po-

sitivo interés. Para contribuir a la verdad histórica. Porque se refieren a temas de actualidad presente y futura.

La primera nota a destacar en la personalidad de Cambó es su sentido de eficacia. Nadie, ni aun los más enconados adversarios, niegan o regatean su inteligencia excepcional. Pero hubo en ella una característica de gran importancia en un político y sobre todo en un hombre de gobierno. Cambó sentía vivísimo interés por todas las cosas del espíritu: las más inmateriales y abstractas le atraían. Comprendía y ponderaba la fuerza enorme, preponderante y decisiva de los móviles ideales en los grandes movimientos políticos. Pero cuando se trataba de una ley, de una reforma, de una obra a realizar, de la organización de un movimiento, no le preocupaba solamente la proclamación de un principio, la redacción de unos artículos, la elaboración de un programa, sino que inmediatamente surgían en su mente los actos mediante los cuales la concepción debía convertirse en realidad, el modo cómo la ley debía llevarse a cumplimiento, las medidas que era necesario adoptar para que la organización se pusiera en marcha. En un país como el nuestro, ello tiene una importancia singular, porque hay aquí una tendencia a creer—o a proceder como si se creyera—que basta promulgar una ley para que ésta resulte cumplida; que no hay más que dictar un

orden o proclamar un principio para que tenga eficacia práctica, sin preocuparse para nada de los actos necesarios para darle efectividad.

Principalmente por esta característica—que constituye una cualidad esencial del político y del gobernante—, Cambó adquirió, desde su primera juventud, una posición preponderante en la política. Por ella y por su enorme dinamismo. Yo, estudiante aún, lo conocí cuando hacía muy pocos años que él había terminado su carrera. Ya entonces, en el sanhedrín de notables, que me inspiraban tanto respeto, Cambó era el impulso, la iniciativa, la acción.

Cambó empezó a actuar públicamente al comenzar el siglo. Formó parte de una generación extraordinariamente dotada en todos los órdenes de la inteligencia y de la actividad. Pero la obra de Cambó tuvo un sello especial, que le dió un sentido original y distinto. Aparecida en el momento del desastre colonial, aquella generación tuvo en muchos de los que la formaban un sello de escepticismo pesimista. Cambó fué, al contrario, un afirmativo, un animador, un optimista. Tuvo una gran fe patriótica y una gran confianza en la posibilidad de transformar el régimen político, social y económico de España. A base de despertar la conciencia colectiva, para dar a la vida pública un sentido de dignidad, de sinceridad y de eficacia; para infundir nueva savia en el árbol de nuestras instituciones tradicionales, para servir un noble afán de prosperidad y de grandeza.

La actividad de Cambó se orientó inicialmente dentro de la política catalana, con el objetivo y el propósito, que defendió siempre, de obtener un régimen que consagrara la personalidad de Cataluña

(Continúa en la pág. 3.)

Dios te guarde y nos guarde. VIDA ESPAÑOLA te saluda, lector. Ella no quiere ser sino lo que tú eres, lo que dice su título. Pero pretende serlo íntegramente. No quisiera dejar fuera de casa cuanto sea español, cuanto en las sombras del recuerdo o en la esperanza del futuro haya sido o pueda ser substancia viva de la vida española. No dejará tampoco de posar y detener su mirada en lo que pase mas allá de sus fronteras, pues su conocimiento puede ocurrir y aun servir a tus deberes y a tu destino de español. En estos momentos en los que se desconoce y a veces se escarnace nuestra verdad, VIDA ESPAÑOLA la llevará en el rostro desnudamente, alborozadamente, sin aderezo alguno. La realidad y la integridad de la vida española serán nuestra verdad. La serviremos fielmente, demostrándola al mundo. Porque creemos en ella debemos ser sinceros. Velado o descubierto, todos llevamos a Dios en el semblante y El dice siempre nuestra verdad.

LA O. N. U. ENTRE LOS GUERRILLEROS GRIEGOS

Por Nancy JENKINS

(Cuartel General de los comunistas en Macedonia.)

A través de las épocas y las guerras y revoluciones, el sureste de Europa, conocido bajo el nombre genérico de los Balcanes, sigue siendo un conjunto de países de opereta con sus intrigas, vendetas y revoluciones sangrientas. Aun la intervención de las Naciones Unidas en ese ambiente teatral resultó ser un incidente tragicómico.

Habiendo recibido protestas por la pretensa intervención extranjera en la política griega, la Organización de las Naciones Unidas mandó una delegación a ese infortunado país para investigar las actividades de los rebeldes, a los cuales se acusaba de recibir ayuda del extranjero.

El 15 de marzo la delegación (compuesta de representantes de ocho países, de oficiales de intercomunicación yugoslavos, albaneses y búlgaros y miembros

del secretariado de la O. N. U. y representantes de la Prensa, 70 personas en conjunto), recibió una invitación del general Markos, jefe de los rebeldes, y se dirigió hacia las montañas de Macedonia, donde éste tiene su Estado Mayor, para entrevistar al general. El día 17 la delegación llegó al pueblo fijado provisionalmente para la entrevista, e inmediatamente tropezó con dificultades. El general Yannoulis, jefe rebelde de la localidad, quiso convencer a los delegados que siguieran su camino hacia el interior; éstos se negaron terminantemente y Yannoulis prometió mandar un mensaje al general Markos y pedirle que viniera hacia donde se encontraban ellos. Al día siguiente, al ver que Markos no aparecía, los representantes de Esta-

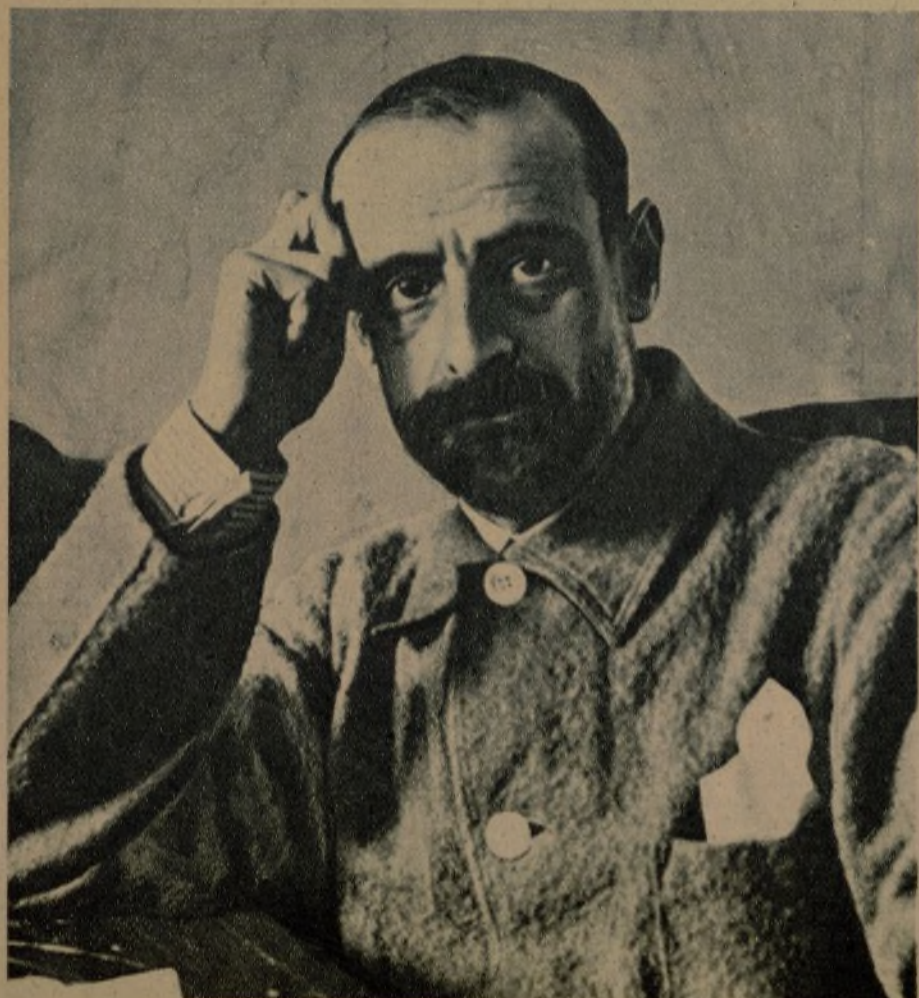
(Continúa en la pág. 3.)

CORPUS CHRISTI



Desde siglos hay una manera española de acompañar el paso triunfante del Cuerpo de Cristo. Ya tenemos su recuerdo consumado allá en nuestra niñez. Refulge el oro, cae levemente el pétalo sobre la juncia arrodillada y suena la voz mínima de las campanitas de plata. Es la fiesta mayor, el día grande, en el que brillan juntos el Sol Primero y el primerizo del verano. Hoy han vuelto, como ayer, como siempre, a desfilar las doradas custodias en las viejas ciudades de España. Y este es un tiempo duro, un tiempo amargo y de dolor. Y los ojos creyentes se han vuelto hacia el Pan de Salvación queriendo oír, queriendo seguir esperanzadamente la voz que nunca muere:

Queja perdida ven — sobre mis hombros, que hoy — no sólo tu Pastor soy, — sino tu pasto también.



En este número, colaboraciones de:

RAMON MENENDEZ PIDAL

JUAN VENTOSA

AZORIN

JUAN RAMON JIMENEZ

WALTER F. STARKIE

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

BENJAMIN PALENCIA

VIDA ESPAÑOLA substituye a la revista "Para Todos", autorizada el 19 de diciembre de 1944 por la Delegación Nacional de Prensa, según oficio 4.922 15.157, respetando estrictamente las condiciones establecidas respecto al consumo de papel.

MADRID y los MADRILES

MADRID sentimental, dijo el gran escritor. Sentimental y un poquito bronco. Y hecho, rehecho y deshecho muchas veces. ¡Y deshaciéndose y rehaciéndose otras tantas! Se encoge y se hincha como una esponja, porque esta villa es esponjosa y se concentra o se extiende por los madriles, por tantos madriles como barrios, bajo esos cielos únicos, que casi únicamente Velázquez acertara a copiar.

Cada madrileño piensa que lleva su ciudad, toda su ciudad, en el bolsillo superior de la chaqueta, y que le asoma como el pañuelo. Cada "madrileño" tiene su librillo. ¡Y vaya usted a convencer a todos, uno por uno. Pero a nadie se trata de hablar, y lo que queda, queda...

Ya se sabe que en Madrid, en el más externo de las calles y plazas, los problemas son infinitos. La población—los que van a pie y los que marchan sobre ruedas—no tiene demasiada disciplina, y apenas nada es disciplinado en esos aspectos que se ofrecen a la primera vuelta de esquina. No obstante, a la gente le gusta vivir en la villa, que se va convirtiendo en urbe algo a lo "como salga", con tentáculos y entranques y salientes insospechados. Pero, insistentemente, tiene Madrid un atractivo—no sabemos exactamente cuál—que retiene al forastero, que quiere tomar, lo antes posible, carta de naturaleza. No se debe, indudablemente, a las comodidades; ninguno de los detalles del

confort está resuelto, y en tantas cosas ni siquiera cubiertas las más elementales necesidades del habitante. Lo curioso es que Madrid, por mucho que haya que criticarle, siempre suscita un comentario benévolo, y nunca nadie acaba por indignarse del todo. El pueblo—el público—grita, gruñe, protesta, y, al final, sonríe. Esto es lo que vale en primer término, y "lo que le vale".

Vamos a intentar mirar Madrid no a través de ningún cristal, sino con ojos limpios y amorosos de buenos madrileños. El poeta dijo, le calificó de "rompeolas de las cuarenta y nueve provincias españolas", cuando las provincias eran cuarenta y nueve, porque ahora el número ha aumentado.

Más que nunca es el rompeolas sudoroso de todos y de todo. Y hemos de aceptarlo como es. Pero también procuraremos influir con nuestro granito de arena para su mejoramiento, ¡al es que podemos! No nos asignamos papeles importantes. ¡Cios nos libre! Para eso hay que tener la gran autoridad de don Ramón del Valle-Inclán, cuando le ofrecieron un cargo—el que él eligiese, el que a sí propio se designase—en el Patronato Nacional del Turismo.

—Bueno—concedió don Ramón al ofrecimiento—; acepto... Seré... ¡corrector del paisaje!

No corregiremos: señalaremos con suavidad. Sin que nuestro dedo parezca una barrita de acero. ¡Eso, no!

ISIDRO

LOS QUE NO COMEN EN LA MESA

For Julio ANGULO

QUE ilusión nos hace siempre pensar en una comida en el campo, sentados sobre la hierba, oyendo el rumor de un riachuelo! Encantadora escena. Los filetes empanados, la fruta fresca al salir del agua del manantial... Pero la desilusión viene cuando de verdad comemos en el campo, con un sol insuperable sobre los ojos, con las arañas subiéndose por las piernas, con las moscas comiendo de nuestra misma tor-

amontonaban sus herramientas, a la sombra de un pino o de una acacia; otros cerraban el grifo de sus mangas de riego. Con su tartera de aluminio en la mano y un talego gris buscaban una piedra en que sentarse o un banco próximo a su labor.

—¿Qué come usted?—le preguntamos a uno.

—Siempre de "fambre"—responde—. Unas patatas con tomate y una naranja.



tilia, cara a cara. Entonces evocamos con nostalgia la mesa de casa, tan cómoda, la altura precisa, con tendedores y cuchillos y vasos. Conviene, sin embargo, que recordemos al disfrutar esta comodidad, que hay muchas personas que no comen en la mesa, y oficios y profesiones que obligan a quienes los ejercen a privarse del tranquilo comedor, por ejemplo:

LOS TRANVIARIOS

Los conductores, a media mañana, sacan del depósito de arena del coche un trozo de periódico, del que extraen un suculento pedazo de tortilla, o una raja de merluza, y se lo van comiendo sin darse cuenta de que comen; sin gozar del placer de la comida porque tienen que ir atentos al guardia de la circulación, al peatón distraído, al timbrado del que quiere apesarse. El tranviario no se da cuenta de que come; somos nosotros, viajeros incidentales, quienes vamos con los ojos fijos en su bocadillo; quienes movemos a veces las mandíbulas inconscientemente y hasta hacemos movimientos para tragar lo que al tranviario se le resiste en la boca porque tuvo que frenar con urgencia.

—¿Cuántas veces nos hemos pasado de nuestra parada por ir embobados en el bocadillo del tranviario! Luego, del fondo de su chachalón se saca una botellita blanca para beber un poco de vino, que le hace el trayecto más optimista. Después de comer ya le podemos pedir que pare en todas las paradas, discrecionales, que no se enfada.

Se nos pasan muchas ganas de decirle al tranviario un cortés: —¡Que aproveche!

Pero está prohibido hablar con el conductor y tenemos que contentarnos.

LOS JARDINEROS DEL RETIRO

Hemos ido por la mañana al parque, cuando empezaban a abrirse las rosas. Al borde de su color, a la orilla de aquellas flores que sueñan ser estrellas algún día, vimos unos hombres doblados sobre la tierra, que manipulaban entre las ramas. Dieron las doce en lejanos relojes de la ciudad. En todos los "cuarteles" del Retiro cesaba el trabajo. Unos jardineros

—¡Es sano comer al aire libre!—le decimos con un poco de envidia.

—Eso dicen. El caso es que yo tengo tal costumbre de comer así, que, en casa, por la noche, ceno en una banqueta que hay en la cocina. Es lo más parecido a esta piedra de mis comidas mañaneras.

Desde luego el perfume del ambiente no puede ser más delicioso. Rosas, alrededor, capullos a medio abrir como si estuvieran inventándose los colores cada mañana.

Ya ha comido el jardinero. Se lava las manos en un arroyo y vuelve a su tarea.

LA COMIDA DE LOS ALBAÑILES

Ha sonado la campanita de la obra. Se desuelgan unos hombres de los altos tabiques a medio hacer; otros suben de los sótanos empolvados de cemento. Los peones dejan los cubos en lo que será patio de la nueva casa. En lo que será portal, acaso con araña aristocrática, farol recién nacido o luces indirectas, hay hoy una cuba como enjambada adrede; se asoma—narcsista—á ella un grifo de oro y cardenillo, que sube hasta el borde del tonel por un hilo de plomo. En cola, los albañiles esperan turno para lavarse las manos, para que un trozo de sogá desmenuada les arranque de los dedos el yeso seco. Una docena de mujeres va acercándose a la obra con sus cachuchos de paja.

Limpios a fuerza de cal, los albañiles buscan rincón de sol junto a unas tablas, unas vigas de hierro o una bardalla de ladrillos. Allí abren su servilleta, y en platos de cinc o en fuentes de loza, cae el contenido de los pucheros que les llevaron las mujeres. Dos cucharas, la de ella y la de él, van y vienen de la boca al plato. Están viviendo a la intemperie la hora íntima de la comida. Una sopa de arroz, todavía humeante, amarilla de azafra; algunos garbanzos nadando en ella. El pan sobre las piernas; una botella de vino rojo va consumiéndose al ritmo del cocido. Poca conversación. El hombre ha preguntado por sus hijos. La mujer, limpia y guapetona, le da informes de la pibe. Los albañiles comen de prisa para que les queden unos minutos de siesta. Hasta que a las dos vuelva a sonar la campanita de la obra.

ESTRAPERLO CALLEJERO

LOS lugares habituales del estraperlo callejero están elegidos con bastante acierto. Y, desde luego, los mercados abastecidos de tanta variedad de productos no podían estar desprovistos del estraperlo, que es institución mundial y poderosa. Desconozco su funcionamiento en el extranjero, pero dudo mucho que tenga la forma pintoresca y picaresca que el callejero madrileño, al que voy a referirme exclusivamente.

Ya es curioso que el cuerpo estraperlista que trafica en la calle esté formado tan sólo por mujeres. Algún viejecillo que otro vende tabaco. Son muy tristes estas viejecillas, malhumoradas, cascarrabias, y no abundan sus parroquianos. Las mujeres que forman el último escalón de la gran escalera del estraperlo pertenecen a todas las edades: desde la niña, hasta la abuela. Su perestroika no delata que ese comercio reporte holgados beneficios.

Van trajeadas con humildad, y sólo alguna chavallita luce atavismo más aparente y enfunda sus piernas en medias de buena calidad, lujó este que ha sustituido al de aquellos zapaticos de buen corte y fino charol o flexible tafetán, que eran el encanto y a veces la perdición de tantas modistillas retrecheras que taceaban su garbo, orgullosas de su calzado, por esas calles mal empedradas de los madriles de nuestra juventud. Entonces las medias podían incluso ser de algodón, porque no se veían. Hoy, como los zapatos todos están rotos y las medias van al aire, a la media de seda natural acuden las muchachitas que no pueden permitirse mayores suntuosidades.

Las estraperlistas callejeras se especializan en un género. La que vende tabaco no vende más que tabaco. La que vende pan, sólo pan. Quedan las que ofrecen aceite, garbanzos, judías, patatas y "candía" más. Estas van libres de la mercancía, que guardan en lugares próximos. Las del tabaco y las del pan lo exhiben sin recato.

—¡Hay picadura! ¡Tengo de noventa! ¡Ideales! ¡Hay picadura!

—¡Barras! ¡Tengo barras de tahona! ¡Chuscos, hay chuscos!

Van y vienen, una hora y otra. Mañana y tarde. ¿Cuánto andarán al cabo del día estas mujeres sin casi moverse de unos pocos metros cuadrados? Leguas y leguas. No descansan ni los pies ni las bocas. En un tono monótono y cansino, con voz normal, pregonan su comercio incesantemente. Nunca están aisladas. Forman grupos y es de notar que hay pocas triflucas entre ellas—las indispensables nada más—por las preferencias de cada comprador. Desde luego, se respetan los parroquianos fijos; pero aun los adventiciosos tampoco son disputados. Llega uno y se dirige al grupo. La más avisada o la más cercana se adelanta. El comprador demanda. Ella entrega. Las otras permanecen al margen, y si la elegida no tiene lo pedido, llaman a otra y la transacción se efectúa. Todo es orden y mesura en el estraperlo callejero.

Los precios son fijos. Regatillas de céntimos, en los que raras veces se consiguen positivos resultados. Todo está afeitado en el estraperlo. Los precios sufren las oscilaciones propias de la ley de la oferta y la demanda, pero su uniformidad es completa en casi todos los lugares estraperlistas.

Los que trabajan en el subsuelo

Nos detenemos delante de un pozo por donde suben y se escapan hombres matados en un seronillo o prendidos al garcho de una cadena; de esos pozos que son como el escotillón de la calle por el que hace mutis el trabajador del subsuelo. Cuando los vemos sumergirse pensamos hacia qué abismos fantasmales huyen, mientras sus compañeros giran el torno a prisa como queriendo esconder al hombre antes de que le veamos.

Nosotros hemos llegado al pozo a la hora optimista, cuando surgen los trabajadores de esa zona que ellos mismos se cavaron en el centro de Madrid. Salen a comer, a comer en la calle, a la luz del día, que les hiere los ojos al brusco cambio de la sombra al sol. Algunos llevan sujeta a la cintura la flambrea con la comida; y arriba, en un montón de tierra, abren su cacerola de porcelana y comen un poco de carne con ensalada, o cuatro pescadillas asadas, o un potaje de garbanzos y espinacas. A su lado arde la llama de la linterna que les sirve para andar por las calles subterráneas de la ciudad.

LA MUJERCITA DE LAS CHUCHERIAS

En la esquina de las dos calles ha instalado doña Paula su puestecillo, un "establecimiento"—como ella lo llama—compuesto por un cajón, una tabla arriba de medio metro y una sábana envolviendo todo el artilugio.

Doña Paula vende bolas del agua, caramelos, regaliz, cajitas con sorpresa. Doña Paula come en su tienda ambulante. Cuando dan las dos se saca de la faltriquera un envoltorio de papeles, y sin desahuciarlo del todo, como si no quisiera que viésemos de qué se alimenta, muere en el borde del puestecillo por donde vemos asomar unos flecos de pan y un espinazo de sardina. Su tarea alimenticia suele verse entrecortada por la presencia de unos chicos que compran diez céntimos de hojaldre, o una pelotita de dos reales. Doña Paula los despacha y reanuda su comida batida por el viento. También de la faltriquera saca una botella con agua, bebe un trago y recoge el "mantel", que suele ser un número atrasado del "ABC".

AQUELLOS COCHEROS DE PUNTO

Todavía quedan por Madrid un par de "simones" supervivientes de otras épocas: dos coches de punto que dan a la calle tinte anacrónico. En sus capotas se lucieron mantones de Manila, pierrots y señoritos borrachos después de la verbena de San Antonio. Estos "simones" dieron a los entierros su nota de marcha fúnebre calle de Alcalá arriba, con cuatro amigos ahogándose de humo dentro. Entre su apollada gutapercha hay besos olvidados, gotas de limonada y un billete pálido de la corrida de Beneficencia.

—¿Pero no les había matado a ustedes el taxi?

—¿Todavía quedamos cuatro o cinco.

—¿Ganan menos ahora?

—Los cuatro durillos diarios no faltan. Antes, un cochero que tuviera "salina" había día que se sacaba los quince durillos.

Juan y Rafael están comiendo en el estraperlo de un coche; y luego tomarán café en el pescante, como cuando esperaban una pareja de novios que quisiera dar un paseo romántico por el Retiro.

—¿Aman ustedes su profesión?

—Con verdadero entusiasmo. Y eso que es muy penosa. ¡Tantas horas erguido así en esta madera!—y Juan señala el plano inclinado del pescante.

Ayuntamiento de Madrid

perlistas. Quizá en los barrios extremos se pueda encontrar una barra o una cañilla en unas perras menos; siempre será poquísima cosa.

El continuo pregonar no impide la conversación. Se entremezcla con ella.

—¡Barras, hay barras!... Pues sí; llegó la Enriqueta y va y me dice: "¡Hija, qué sofocación ha pasado!" ¡Barras, tengo barras!... "Figúrate que por poquito me encuentro de manos a boca con el Andrés..." ¡Barras, hay barras!...

Y así hasta contar todo el episodio de la Enriqueta y el Andrés, sin dejar de poner en conocimiento de los transeúntes que tienen barras.

En muchos sitios están juntas las del pan y las del tabaco. Otros puntos son exclusivos de uno u otro gremio. Las del aceite, garbanzos y demás merodean por los mercados. Estas se me figuran más adineradas y pudientes. Desde luego, su tráfico es de mayor volumen. Porque comprar una barra o un paquete de pi-

repetidas. ¡Barras, hay barras! ¡Picadura y de noventa! Charlan de sus cosas, chismorrean, pero los ojos pescadores, sus ojos como redes, están lanzados en el piélago de la calle, dispuestos a ser los primeros en columbrar al comprador seguro, que es preciso pescar antes de que se les adelante la amiga y compañera que a su lado parlotea.

Las transacciones son rápidas, de poca cháchara. Ya en el anzuelo el pez, los ojos descansan breves instantes. ¡Estraperlistas, bateleras de la calle, galeotes de la barra harinosa y del pitillo con paños, pelos y hasta harina también; mujeres, mujercillas y niñas, postrer y humilde peldañito de una inmensa escala fastuosa: lucháis contra varios y enconados elementos, lucháis en la calle, le prestáis vuestro pintoresquismo, os ayudáis a vivir ayudando a vivir a los demás; yo no os canto porque no sé cantar!

Al "Metro", institución en estos tiempos tan benéfica como el Monte de Pie-



cadura, lo compra cualquiera; pero ya un litro de aceite o un kilo de garbanzos, hay que pensarlo más.

Ignoro la organización del estraperlo, pero la reputo perfecta. Funciona sin un desajuste, sin un bache. Jamás lo encontraremos desabastecido. Los estraperlistas están siempre en su puesto, con nieve y con cuarenta grados a la sombra. El estraperlo pasará. Y quedará el recuerdo de este costumbrismo fugaz; quedará el eco de los pregones apagados, pero vibrantes; quedará el destello de los ojos de las estraperlistas siempre avizoras, prontas a descubrir el posible comprador. A veces, en una boca del "Metro" me he estado un rato de plantón, distraído, prendido en los haces de esas miradas que giran de las profundidades subterráneas a la acera de enfrente, a ese taxi que pasa, a esa mujer que avanza, a ese hombre que dobla la esquina, a esa chibucela que viene correteando. Sus labios modulan las palabras mil veces

dad, dada la escasez y dificultad de los medios de transporte urbanos, le faltaba algo para incorporarse definitivamente al madrileñismo. Y este algo lo ha encontrado en las mujeres estraperlistas que coronan algunos de sus accesos, precisamente los populares. Gracias a ellas las bocas del "Metro" hablan, son sonoras, bulientes. No a humo de pajas han elegido las estraperlistas esas bocas, que tanta gente tragan y vomitan. Por ellas pasa varias veces al día el barrio entero y en ellas anclan estas boyas ciudadanas que van y vienen voceando: ¡Barras, tengo barras! ¡De noventa! ¡Ideales!

¡Pan y humo! Grito de un momento, como en otro se chilló: ¡Pan y toros! Total, nada; gritos que no dicen nada. Pero, al fin y al cabo, Madrid, Panorama matritense. ¡Lastima que ahora no leyera usted en la firma "El Curioso Parlante", en lugar de

Antonio DIAZ-CANABATE

LAS ESTATUAS DUERMEN



Cabeza de Goya, del escultor Juan Cristóbal.



Estatua de Argüelles.

Estas son estatuas que adornaron la ciudad con su majestad, su significativa representación y su empaque. Ahora están tendidas. Quizá han traicionado a los artistas que las modelaron, o al regidor, o a los ediles, o acaso a la población entera, y han recibido el justo castigo por su mal. Pero... ¡nada de eso! Que sepamos, no ha habido nunca tal rebelión de estatuas. Llegaron un buen día al llamado Almacén de la Villa, ¡quién sabe si a ser curadas o reparadas de alifates, y allí permanecieron. Las debieron de recomendar reposo absoluto, y, lentamente, se fueron quedando dormidas, en un sueño tan largo, por lo menos, como el de Blanca Nieves, aunque sin probabilidades de tener un despertar tan hermoso, en la medida de sus posibilidades.

La gran cabeza que parece atormentada por una pesadilla no es otra que la de Goya—don Francisco de Goya y Lucientes—. Se hallaba entre las dos ermitas, la auténtica y la falsa, de San Antonio de la Florida. Adivinamos que, bajo la frente de piedra, "Los caprichos" cobran, una vez más, la fuerza primera con que fueron concebidos. Esa otra estatua, tumbrada también, con pedestal y todo, es la de Argüelles. Continúa el personaje sujetándose el corazón para que no se le vaya hacia atrás bullicioso. El sueño del caballero es agitado: está compuesto de alegres ruidos callejeros, en los que dominan chillonas músicas de radios en los bares, risotadas de jóvenes y ese conglomerado de sonidos difíciles de discriminar en su conjunto. Hay otras varias estatuas, pero no hablaremos de todas para no abrumar con nuestra documentación. Mas, preferimos respetar su reposo. El varón quisiera leer el libro que aun tiene en las manos. Pero en los sueños ocurre siempre, o con frecuencia, que un poder superior nos impide hacer nuestra voluntad, lo mismo que el tedio, que es también un poder, nos paraliza las piernas cuando vamos corriendo. La actitud que no se corresponde mucho con el tiempo del debido, y se resigna a una

De todas maneras, si nosotros viviésemos poderosos para abogar por estas estatuas, preguntáramos por qué no se reparan y se colocan de nuevo en algún lugar de la villa.

EUROPA, FRONTERA DE AMERICA

Toda la política mundial gira en torno a Rusia. Lo extraordinario de este fenómeno es que no se limita al área de la "política internacional". La política interna no está menos asediada por el hecho ruso. No hay Estado, por muy lejos que esté de Rusia, que no tenga que contar con este país. Lo cual, no es siempre valorado en todo su alcance. Al menos, fuera de Rusia. Los rusos probablemente, deben sospechar que aquello que hace de su país una potencia políticamente "rúbrica" —la expansión universal de la doctrina y de las organizaciones comunistas— es, a la par, su fuerza y su debilidad. Su fuerza, porque el comunismo ni se detiene ante las fronteras ni respeta jurisdicciones. Su debilidad, pues el comunismo, que es hoy el mayor obstáculo para el buen entendimiento de los pueblos, puede llegar a constituir una amenaza tan grave, que provoque una movilización mundial contra Rusia.

Tal posibilidad no se les oculta a los rusos. Parece lo razonable que ellos tomaran las medidas para demostrar a los demás pueblos que el "peligro ruso" no es tal, o no constituye, al menos, una amenaza grave e inmediata para la seguridad de los demás. En vez de proceder así, los rusos se complacen en exacerbar al mundo, creando una situación intolerable. Como antes los "nazis", los rusos juegan ahora a representar el papel de eterno descontento. Presos en lo que ha sido llamado su "paranoia nacional", los rusos pueden llegar a desencadenar la guerra por miedo a la guerra. Como todos los aventureros que usurpan el poder, los gobernantes rusos están poseídos por el demonio de la desconfianza; para ellos, una palabra amable es un lazo que se les tiende. Esta actitud psicológica de los gobernantes rusos, acostumbrados a asesinarse entre sí por un quitame allá, imprime carácter a su diplomacia. La hace tozuda, grosera, y, a fuerza de cinismo, utópica. Los rusos, como antes los "nazis", aspiran a desunir a las dos potencias anglosajonas. Pero en la coyuntura presente tal empresa es aún más imposible que antes. La razón que unió a ingleses y americanos persiste, reforzada por los hechos. Los anglosajones, que se opusieron a que Hitler dominara a Rusia, no pueden querer que Stalin domine a Alemania. Sólo cuando Rusia consienta la constitución de una Alemania unificada, pero no comunista, podrá comenzar a relajarse el acuerdo entre británicos y americanos.



En la foto de arriba: Los delegados de la O. N. U. hacen un alto en el camino a través de Salónica. Abajo: Los guerrilleros y las guerrilleras tienen también sus distracciones.

¿No les recuerda a ustedes algo estas estampas?

LA U. N. O. ENTRE LOS GUERRILLEROS GRIEGOS

(Viene de la pág. 1.)

dos Unidos, Gran Bretaña y Australia quisieron retirarse; los del Brasil, Francia y Siria estaban indecisos, pero los de Rusia y Polonia deseaban quedarse. Al fin decidieron que esperarían todos hasta media noche, y los delegados y los representantes de la Prensa se retiraron por la mañana, dejando atrás a los delegados ruso y polaco, que insistían en esperar al general Markos.

Las acusaciones se hacían libremente. Los representantes de la Prensa opinaban que la Comisión debería haber permanecido más tiempo en el pueblo. El delegado ruso dijo que, puesto que los delegados se habían negado a continuar el viaje por las montañas, tenían la obligación de esperar al general.

LAS COSAS SE COMPLICAN

Mientras tanto, el ambiente general comenzó a enturbiarse. El Gobierno griego anunció el principio de una campaña vigorosa en contra de los rebeldes. La delegación, convertida en investigadora y pacificadora en el centro de una revolución abiertamente declarada, y

una guerra ideológica extraoficial, se encontraba dividida física y mentalmente. Una parte se encontraba en Salónica y la otra (los delegados ruso y polaco) en el corazón de las montañas de Macedonia esperando al general Markos para entrevistarlo.

El delegado ruso y el polaco llegaron a Salónica el 22 de marzo armados de un documento de 200 páginas basado sobre una conversación con el general Markos que duró trece horas. La entrevista tuvo lugar 150 millas al sur del pueblo donde los delegados habían esperado al general.

Ahora los delegados, reunidos nuevamente, están tratando de preparar un informe sobre la situación en Grecia. Pero parece que la reunión no será duradera, porque se dice que habrá dos informes: uno firmado por la mayor parte de los delegados y otro firmado por el ruso y el polaco. El más importante de los asuntos en disputa es el de si las declaraciones hechas por el general Markos a los dos delegados que lo entrevistaron han de incluirse en el informe o no.

(Exclusivo para VIDA ESPAÑOLA.)

CAMBÓ

(Viene de la pág. 1.)

dentro de España. Pero sería interpretar de modo equivocado y mezquino su personalidad y su obra, considerarla circunscrita al ámbito y a los problemas de Cataluña. Seguramente, Cambó fue el más universal de los políticos españoles. Su espíritu inquieto, sus viajes, sus oficios, sus estudios, sus relaciones, demuestran el interés que sintió por todos los problemas del mundo. Desde la arqueología

EL cronista internacional teme aburrir; pero no puede remediarlo. Tire por donde tire, acaba siempre en lo mismo: en la tensión—llamémoslo así—entre América y Rusia. Ambas potencias poseen hoy la iniciativa política. A cada gesto americano, un ademán ruso; a cualquier iniciativa americana, una contrainiciativa rusa. El tablero sobre el cual se juegan estas partidas es el mundo entero. Pero si bien no hay un punto en nuestro planeta que esté fuera del campo, de acción de estas dos potencias, hay zonas de especial y constante fricción. Alrededor del territorio europeo ocupado por Rusia, intenta Norteamérica crear una poderosa barrera de salvaguarda política y militar. Entre los países pertenecientes a esa zona de seguridad "americana" están Grecia y Turquía, las cuales han disfrutado, hasta ahora, de preeminente actualidad.

En los últimos días, sin embargo, Hungría ha pasado al primer plano. Pero los sucesos húngaros no son un episodio aislado, sino que constituyen un acto más de la reacción emprendida por Rusia en respuesta a la acción americana en favor de Grecia y Turquía.

En su orden cronológico, los momentos de esta batalla política antiamericana han sido: 1.º, la "crisis francesa"; 2.º, la "crisis italiana"; y 3.º, la "crisis húngara". De estas tres crisis, aparentemente la más anormal ha sido la húngara. No es frecuente que los presidentes del Consejo de Ministros dimitan desde el extranjero. Pero, aparte de ese dramático ademán, las tres crisis: la húngara, la italiana y la francesa, responden a un mismo plan, bien que el procedimiento en el caso húngaro parezca diametralmente opuesto al seguido en Francia y en Italia. En Hungría, los rusos se afanan en eliminar del gobierno a las fuerzas anticomunistas, mientras que en Italia y en Francia el rasgo esencial de la solución de sus respectivas crisis ha sido el pase de los comunistas a la oposición.

En las tres crisis, sin embargo, el propósito ha sido el mismo. Los comunistas—incluidos entre ellos todos los que siguen la observancia de Moscú, cualquiera que sea el rótulo que ostenten—han recibido la instrucción de contrarrestar la política norteamericana, sea desde el gobierno o sea desde la oposición.

En Francia y en Italia la acción comunista se ha desarrollado siguiendo normas comunes: primero, huelgas y demostraciones obreras; segundo, repercusión parlamentaria de esas agitaciones; tercero, dimisiones comunistas; y cuarto, agitación de las agitaciones obreras. Tanto en Francia como en Italia, la cabeza de turco son los obreros. Este fenómeno, que nos ocupará la atención próximamente, tiene una doble cara. Los comunistas no mueven a los sindicatos sólo por conveniencia moscovita. La situación interna de Francia e Italia sitúa a los servidores de Moscú ante el dilema de atizar el descontento proletario o de perder prestigio en los sindicatos. Pues las circunstancias económicas pesan gravosamente sobre la masa obrera, lo que obliga a los comunistas a una política extremista.

Ahora bien; de esa penuria económica no sacarán a los obreros los comunistas. La reconstrucción económica de Europa sólo puede ser una realidad contando con la benevolencia política y la generosidad financiera de los Estados Unidos. Pero esto es imposible que lo logren los comunistas, declarados enemigos de la actual política norteamericana, y, hoy por hoy, también de Europa. Los elementos responsables de Italia y Francia, desde el socialismo a la democracia cristiana, actual aliada del socialismo, han comprendido que asociados con los comunistas nada tienen que esperar de Norteamérica, la única potencia que financieramente puede salvar del caos—es decir, del comunismo—a Europa.

La importancia de las crisis italiana y francesa radica, precisamente, en esa clarificación de la situación. Hasta ahora, ambos países nos han ofrecido el estupefacto espectáculo de una política esencialmente antiamericana, llevada a cabo con medios económicos esencialmente americanos. La política iniciada por el general Marshall tiende a poner término a esta equívoca situación. Americanos e ingleses han aprendido de la experiencia de la anterior guerra mundial, y no olvidan que Hitler pudo realizar el rearme de Alemania gracias a los empréstitos de la banca anglosajona. La reacción norteamericana ante los sucesos húngaros prueba que esta vez no habrá engaño. Los norteamericanos se disponen a cerrar los créditos concedidos a Hungría.

La política norteamericana respecto a Rusia no se limita, sin embargo, a ser una mera reacción ante las iniciativas rusas. En su prueba vamos a dar a continuación un documento que aparenta referirse sólo al hemisferio americano, pero que, en el fondo, constituye un gesto ejemplar americano a favor de Europa, de tanta o mayor importancia como la ayuda a Grecia y Turquía. Nos referimos al reciente mensaje del presidente Truman sobre la cooperación militar interamericana. La substancia de dicho mensaje está anterior guerra mundial, y no olvidan que Hitler pudo realizar el rearme de Alemania gracias a los empréstitos de la banca anglosajona. La reacción norteamericana ante los sucesos húngaros prueba que esta vez no habrá engaño. Los norteamericanos se disponen a cerrar los créditos concedidos a Hungría.

TEXTO DEL MENSAJE DE TRUMAN

"Presento a la consideración del Congreso un proyecto de ley que autorizará un programa de colaboración militar con los demás Estados americanos, e incluye la organización, instrucción y pertrecho de las fuerzas armadas de esos países."

VIDA ESPAÑOLA
REDACCION Y ADMINISTRACION:
Marqués de Urquijo, 16
MADRID

y Pelayo al proclamar "la unidad suprema y la diversidad fecunda de la historia patria". Y no sólo defendió este principio en sus escritos, en sus discursos y en sus libros—ahí está el titulado "Por la Concordia", que constituye un formidable alegato contra el separatismo—, sino que lo sirvió con sus actos. Con su labor de gobernante, en la que nadie vio jamás otro pensamiento ni otra finalidad que el interés de España. Con su intervención constante y activa en la política española. Con su actuación en los momentos difíciles y graves. En 1918, al formarse el Gobierno nacional, que presidió don Antonio Maura; en 1921, después del desastre de Annual; y en 1931, cuando la caída de la Monarquía, constituyó el preludio de lo que ocurrió pocos años más tarde. En la tremenda crisis de 1936, Cambó cumplió con su deber, como lo cumplieron los



¿NO LO ESTA USTED VIENDO?
Pero Molotov, como antes Ribbentrop, no acaba de creerlo.

Los acontecimientos mundiales del año que ha transcurrido dan aún mayor importancia a esta legislación, y pido al Congreso que le preste favorable consideración y lo convierta en ley.

Como expresaba en mi mensaje al 79 Congreso, nuestro Ejército y nuestra Marina han mantenido cordiales relaciones de colaboración con las fuerzas armadas de las demás repúblicas americanas, dentro de la estructura política de la buena vecindad. Con autorización del Congreso se han enviado misiones militares y navales de instrucción a diversas repúblicas americanas.

Durante la reciente guerra, aun antes de Pearl Harbor, esta colaboración se desarrolló intensamente sobre la base de empresas interamericanas para la defensa del hemisferio. Se aumentaron las actividades de instrucción, y por la Ley de Préstamo y Arriendo se pusieron a disposición de las demás repúblicas americanas, como parte del programa de defensa del hemisferio, cantidades limitadas de material militar y naval.

Fuerzas de dos repúblicas americanas participaron en la lucha en Ultramar, y otras colaboraron en la defensa de las costas y de los mares de América en los momentos en que era muy grande el peligro de invasión de nuestro continente.

Las repúblicas americanas han asumido, en el Acta de Chapultepec y Carta de las Naciones Unidas, nuevas responsabilidades para su defensa mutua y para el mantenimiento de la paz. La estrecha colaboración de las repúblicas americanas dispuesta por el Acta de Chapultepec, el tratado proyectado sobre la base de la misma acta, y otros instrumentos básicos interamericanos hacen que sea muy conveniente uniformar la organización militar, los métodos de instrucción y los pertrechos, como ha recomendado la Junta Inteamericana de Defensa.

No encuentro mejor forma de describir el intento y propósito de este proyecto de ley que la de repetir mi mensaje de 6 de mayo de 1946 al Congreso.

De conformidad con el proyecto de ley adjunto, el Ejército y la Marina, obrando de acuerdo con el departamento de Estado, estarán autorizados a proseguir en el futuro el programa general de colaboración con las fuerzas armadas de las repúblicas hermanas, con vistas a facilitar la adopción de patrones técnicos semejantes.

Se permitirán ciertas actividades de instrucción que no autoriza la legislación vigente. El presidente también estaría autorizado para transferir el material militar y naval a los gobiernos de otros Estados americanos, por venta u otros métodos. La colaboración autorizada por la ley podría extenderse asimismo al Canadá, cuya cooperación con los Estados Unidos en cuestiones vinculadas con la defensa común es de particular importancia. En esta materia, recae sobre los Estados Unidos una especial responsabilidad directiva, en razón a los preponderantes recursos técnicos, económicos y militares de este país. Existen algunos

fines razonables, para los cuales pueden ponerse legítimamente a disposición de los demás Estados americanos armas y materiales militares.

Este gobierno, estoy seguro, no aprobará en forma alguna, ni participará en ella, una distribución de armamentos sin discriminaciones ni restricciones, que sólo serviría para contribuir a una carrera de armamentos inútil y gravosa. No se desea que las operaciones que se realicen de acuerdo con esta ley eleven innecesariamente el nivel cuantitativo de los armamentos de las repúblicas americanas. Con este fin, el proyecto de ley especifica que, a cambio del material estadounidense, se pedirá material no uniforme.

Es mi intención que toda operación realizada de conformidad con esta ley y autorizada por el Congreso esté de acuerdo en todos los sentidos con el espíritu y la letra de la Carta de las Naciones Unidas. El proyecto ha sido preparado primordialmente de forma que permita a las naciones americanas cumplir sus obligaciones de cooperar en el mantenimiento de la paz y seguridad interamericanas según la Carta de las Naciones Unidas y el Acta de Chapultepec. Corresponde a este gobierno cuidar de que las empresas militares en que participemos estén dirigidas al mantenimiento de la paz y seguridad, y de que no se aliente la creación de establecimientos militares o navales más allá de lo que requieren las consideraciones de seguridad. En este sentido, la ley dispone que las operaciones que se efectúen conforme a ella serán de conformidad con los acuerdos internacionales sobre regulación de armamentos, de que sean parte los Estados Unidos.

Por otra parte, al ejecutarse este programa se tendrá en cuenta que es norma de este gobierno fomentar en las demás repúblicas americanas el establecimiento de buenas condiciones económicas, que contribuyan a mejorar el nivel de vida y el social y cultural. Estas condiciones son los prerequisites de la paz y seguridad internacionales.

Las operaciones que se efectúen de acuerdo con la legislación propuesta, lo serán con conciencia plena y constante de que no debe en forma alguna alentarse la imposición a otros pueblos de una carga inútil de armamentos, que dificultaría el progreso económico que tanto desean todos los países.

La ejecución del programa autorizado por el proyecto de ley, también se guiará por la determinación de evitar poner armas de guerra en manos de todo grupo que pudiera auxiliarse para oponerse a los principios pacíficos y democráticos que los Estados Unidos y demás repúblicas americanas se han adherido con tanta frecuencia.

Al negociar acuerdos con los demás Estados americanos sobre la instrucción y el suministro de material autorizados por esta ley, se aclararán a cada uno de los demás gobiernos los propósitos de este programa."

DEL CERCADO AJENO

PARABOLA DE LOS DOS HIJOS

"¿Y qué os parece de lo que voy a decir? Un hombre tenía dos hijos; llamando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña."

Y él respondió: No quiero. Pero después arrepentido, fué. Llamando al segundo, le dijo lo mismo; y aunque él respondió: Voy, señor, no fué.

¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? El primero, dijeron ellos.

Y Jesús prosiguió: En verdad os digo que los publicanos y las ramerías os precederán y entrarán en el reino de Dios."

Al iniciar esta sección—donde aspiramos a recoger, de manera antológica, frases sabias de hombres ilustres—, reproducimos unas palabras divinas, con el respeto creyente de quien conoce que son expresión de la Verdad y con el deseo de que, cuantas palabras humanas las sigan, sirvan esencialmente a la verdad.

EL BUEN PASTOR

"Yo soy el buen pastor, y conozco a las (ovejas) mías, y las mías me conocen a mí. Como me conoce el Padre, así yo conozco al Padre; y pongo mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas que no son de este redil; y debo atraerlas también, y oírán mi voz, y habrá un solo rebaño, y un solo pastor."

San Juan, X, 14-16.
(Versión PP. Pérez de Urbel-Díez.)

San Mateo, XXI, 28-31.
(Versión PP. Torres Amat-Ballester.)

que habían seguido sus enseñanzas y su ejemplo.

Sin embargo, Cambó no dió de sí todo lo que podía dar. Pudo haber hecho incomparablemente más. Nadie lo desechó con más intensidad que él. Conociéndolo bien, afirmo con plena seguridad que ni fortuna ni honores pudieron colmar en su espíritu el vacío de la obra no realizada. En cartas que de él he recibido en los últimos tiempos se manifiesta este sentimiento con acento de inconfundible sinceridad.

Precisamente ésta ha sido, a mi juicio, la gran tragedia de su vida: sentir, dentro de sí, la fuerza creadora y ver cómo se esterilizaba por razón de circunstancias diversas, de orden físico y de orden político, imprevisibles unas, insuperables otras.

Queda, sin embargo, de su obra una

labor que si para sus posibilidades parece parva, para cualquier otro resultaría espléndida. De origen modesto y obscuro, llegó, por sus condiciones y su esfuerzo, a ser uno de los grandes políticos españoles de nuestro siglo. Dejó el recuerdo de un gobernante que puso al servicio de España su gran inteligencia, su enorme preparación y su eficacia. Dejó el ejemplo de una actuación política entusiasta, honesta, constructiva, que hizo cuanto pudo para estrechar el sentimiento de unión y hermandad entre todas las regiones de España y para afirmar un sentido de solidaridad y cooperación entre los españoles, sobre la base del respeto de todos a las normas esenciales de nuestra convivencia social, y de la libertad de todos y cada uno para desenvolver su actividad en los demás órdenes de la vida.

CRONICA NORTEAMERICANA

Por David CLAYTON

(Corresponsal exclusivo de VIDA ESPAÑOLA.)

PROXIMO COMBATE DE SINATRA

El combate de Sinatra se está convirtiendo en un asunto de la mayor importancia internacional, y las gentes más destacadas del teatro, del cine y de la radio toman partido públicamente por uno u otro de los combatientes. Cartas de "presión" y promesas de auxilio según afirma el taimado George Evans, que ha hecho figurar el nombre de Sinatra en primera línea durante muchos años—están llegando sin cesar a su oficina de todas partes, incluso de Europa. Estas cartas, según afirma Evans, son archivadas por orden alfabético en sus amplias oficinas, y Sinatra apenas tiene tiempo de ver más del uno por ciento de ellas.

Para aquellos que no han podido seguir desde un principio este apasionante acontecimiento se hace necesaria una pequeña explicación. Lee Mortimer, un periodista que escribe acerca de los chismes de Broadway, ha atacado insistentemente a Frank Sinatra en la Prensa, llamándole "pretty boy" y acusándole de estar asociado con los "gángsters".

Una mañana temprano, Mortimer salía de un "night club" de Hollywood con una muchacha china, cuando se encontró con

Sinatra. Mortimer alega que el famoso cantante le asaltó por la espalda y que la primera cosa de que él (Mortimer) se dio cuenta fue de que yacía tumbado en el suelo.

Luego, prosigue Mortimer—cuatro amigos de Sinatra le sujetaron y le golpearon.

La versión de Sinatra es diferente. Estaba en el "night club"—ha dicho a todos los que han querido oírle—cuando Mortimer le llamó "sucio italiano". Sinatra, nacido en Italia, se sintió molesto y lanzó un "directo" a la mandíbula de Mortimer. Niega que cuatro amigos suyos le ayudasen. "Me alegro de haberle dado—repite a todo el mundo—. Le pegué porque me insultó, y lo volvería a hacer siempre que repitiese su insulto. No necesito ayuda de nadie." Las admiradoras de Sinatra están agobiando a Mortimer con cartas amenazándole incluso con palizas.

Estas amenazas no deben despreciarse—la Policía tiene ya experiencia de lo que las admiradoras de Sinatra son capaces de hacer cuando están excitadas—, y Mortimer ahora lleva escolta personal.

El año pasado, en el teatro Paramount, de Nueva York, un joven, irritado porque su novia le abandonaba por no parecerse lo bastante a su ídolo, le apuntó cuidadosamente con un huevo, que fue a dar en plena nariz de Sinatra, en medio de una de sus más populares canciones. Sus admiradoras se lanzaron contra el imprudente, arañándole y golpeándole antes de que la Policía pudiese intervenir.

Acusaciones de ataque a traición por un lado y de difamación por otro vuelan diariamente de Sinatra a Mortimer y de Mortimer a Sinatra. Mientras tanto, Jorge Evans, el "manager" de Sinatra, está radiante ante el incremento de cartas de admiradoras recibidas y el aumento de ventas de discos de gramófono de su cliente.

Desde Hollywood, donde actualmente ensaya su papel de sacerdote en un próximo "film", el pugilístico Sinatra tuvo que tomar el avión para Nueva York a fin de ser amonestado acerca de la conveniencia de una mayor tolerancia racial y de vivir en paz con sus vecinos.

FRACASAN LAS COMEDIAS DE MASON

"Betsabé", la comedia del dramaturgo francés Jacques Deval, ha sido retirada después de 25 representaciones en Broadway, y su intérprete, el actor cinematográfico inglés James Mason, así como su esposa, se han marchado de Nueva York para su casa de Greenwich, en Connecticut. A pesar del fracaso de taquilla, Mason considera que "Betsabé" es un éxito artístico, y piensa darla de nuevo en la próxima temporada de Broadway.

"Betsabé" fue la primera comedia que leímos a nuestra llegada a América—declaró la señora Mason—y ahora nos parece que debimos haber leído algunas otras antes de lanzarnos a esta empresa. Sin embargo, volveremos."

La señora Mason, anteriormente Pamela Ostrer, ahora autora de cuatro libros, está escribiendo un guión que la ocupará durante todo el verano. Sus proyectos futuros incluyen una visita a Hollywood

y su posible aparición en un "film" en este año, y luego, regreso a Nueva York en busca de una nueva comedia. Han corrido rumores de que los señores Mason quieren solicitar la ciudadanía americana; pero sobre esto los interesados se niegan a hacer el menor comentario.

La "Betsabé" de Deval no debe ser confundida con la obra de Marcel Olivier "David y Betsabé", que tuvo tanto éxito en París.

MARIPOSAS SOBRE LAS RUINAS



LORAR, reír, sufrir hasta lo inconcebible, y rehacerse para volver a disfrutar y que apunte de nuevo la sonrisa y llegue a estallar la risa franca, es una ley de la vida, y sobre todo, de los que sobreviven a las grandes catástrofes, a los desastres, que se antojan iban a detener los latidos del Mundo. El Mundo es viejo y conoce estas experiencias. Los humanos las conocen menos, aunque generaciones sin suerte hayan de soportarlas una vez; pero, casi siempre, una vez sólo.

Ese nuevo alboror es lo que han registrado aquí las cámaras fotográficas, que tomaron sus posiciones en distintos ángulos visuales de la ciudad de Frankfurt. El espectáculo costaba tres marcos por persona; pero hubo muchos que no lo pagaron. Volaban mariposas sobre las ruinas de la ciudad, que el vuelo de la muerte hubo de reducir antes, metódicamente, a escombros durante largos meses. Y entonces las gentes sufrían a la par la doble angustia del cielo y la tierra sin poder escapar de aquella cárcel de padecimientos.

¿Ha sido esta de las mariposas circenses al aire libre, con una decoración tan impresionante, la primera sonrisa de la "nueva vida", del renacer de la vida? La "troupe" de Camilla Mayer ha llevado, así, otra vez al cielo la expectación de los que "todavía quedan".

Las fotografías hablan sin necesidad de otras explicaciones más prolijas. Ved dos aspectos del público en el espectáculo: esa especie de palco improvisado en los escombros, con chiquillos que no saben si alegrarse o tener miedo aun, y esa "vista de conjunto" con la equilibrista sin red sobre un alambre tan sutil que no ha llegado a ser registrado por la cámara.

He aquí una sonrisa quizá demasiado leve, demasiado fugaz, pero, en fin de cuentas, la única posible sobre la muda acusación de los escombros.



MOVIMIENTOS DE RESISTENCIA

¿ERAN NECESARIOS?

Por B. H. LIDDELL HART

LONDRES (Exclusivo para VIDA ESPAÑOLA.)

EN ninguna de las grandes conflagraciones de los tiempos modernos ha existido tal superabundancia de guerra de guerrillas como en la última. En la lucha contra el intento de Napoleón de dominar el continente europeo, la guerra de guerrillas sólo adquirió carácter de factor importante en el ámbito de una de las naciones conquistadas: España. En la guerra de 1914-18, la guerrilla fue casi insignificante en Europa, aunque tuvo una influencia importante en la campaña secundaria contra Turquía en el Este Medio, bajo la inspiración de Lawrence de Arabia. Pero en la lucha contra Hitler surgió en todos los países ocupados por los alemanes.

Fueron fomentadas por Inglaterra como una parte de su política de guerra. Aplicando la teoría de Lawrence en una escala más amplia y disponiendo de mayores medios, se destinaron varias secciones de su organización a instigar y fomentar los movimientos de resistencia en todas las partes en que Hitler trataba de imponer su "nuevo orden".

En los países ocupados esta resistencia tomó varias formas. Una era la resistencia pasiva: una tercera negativa a cooperar con los conquistadores y una obstrucción pasiva de su maquinaria administrativa. La otra consistía en una campaña activa de sabotajes, "raids" y emboscadas destinadas a desorganizar y a desmoralizar las fuerzas de ocupación. Los ingleses dedicaron mayor atención al desarrollo de esta segunda forma de lucha. También ellos luchaban y creían que los habitantes de la Europa dominada por Alemania debían luchar igualmente hasta donde les fuera posible.

EL ESPÍRITU DE VIOLENCIA SIGUE LATENTE

¿Era ésta una política prudente en una lucha a largo plazo si se pensaba no solamente en ganar la guerra, sino en asegurar la paz que debía seguir a la victoria, comprometiendo esta paz con un legado de desórdenes? Esto puede parecer un exceso de temor. Pero queda confirmado hasta la evidencia que los climas de la paz están minados por un espíritu de violencia latente en muchos de los países liberados.

Entonces esta política fue adoptada con gran entusiasmo y pocas preocupaciones. Cuando la marea de las conquistas alemanas se extendió por toda Europa parecía la única solución proseguir el esfuerzo hasta lograr aflojar la fuerza germana. Era la única salida que se presentó a la mente y al temperamento de Churchill. Además de su instintiva tenacidad y absoluta obsesión de vencer a Hitler—sin preocuparse de lo que ocurriese después—había sido un colaborador y un admirador de Lawrence. Veía ahora la oportunidad de poner en práctica en mayor escala en Europa lo que éste había hecho en una parte relativamente limitada de Arabia.

Discutir su conveniencia era aparecer como falta de resolución y casi de patriotismo. Pocos osaban arriesgarse a merecer este calificativo, aun cuando dudasen de los efectos de esta política en la reconquista de Europa. La guerra consiste siempre en procurar causar daño con la esperanza de que logran un bien, y es muy difícil tratar de discriminar el bien y el mal sin caer en falta de determinación. Sin embargo, la prudencia, que suele ser un inconveniente durante la batalla—aunque en ellas sea tenida en cuenta con demasiada frecuencia—es necesaria para planear la guerra desde un plano superior y general, y en este sentido debe ser más apreciada, aunque usualmente sea impopular. En plena fiebre de guerra, la opinión pública clama por medidas drásticas sin preocuparse de hasta dónde pueden llevar.

SUS EFECTOS EN LOS MOVIMIENTOS ALEMANES

¿Cuáles fueron sus resultados? Las fuerzas de la resistencia obligaron a los alemanes a un considerable esfuerzo, que culminó en Francia. También demostraron ser una seria amenaza para las comunicaciones alemanas con el Este de Europa y los Balcanes. El mejor testimonio de sus efectos es el nervosismo de los mandos germanos. (Como los mandos ingleses en Irlanda durante los "disturbios" se daban perfecta cuenta de los inconvenientes y trabajo que les causaba el tropiezo con las "guerrillas" enemigas que surgían del "maquis" y eran protegidas por la población.)

El general Blumentritt, jefe del Estado Mayor del mariscal von Rundstedt en el Este, me contó hasta qué punto las operaciones del "maquis" dificultaron los esfuerzos de los alemanes para detener la invasión aliada. Los Cuarteles Generales tenían que ser fuertemente custodiados, y los generales acompañados por escoltas armadas cuando salían. Otros me contaron que los ejércitos alemanes se veían reducidos a utilizar solamente unas pocas de las principales carreteras para los abastecimientos en la Rusia Blanca y en Polonia, porque casi todos los puentes habían sido volados por los "partisanos".

Pero cuando analizamos posteriormente los resultados de estas campañas parece resultar que no estuvieron en proporción con lo que de ellas se esperaba, duplicando sus operaciones con las de las fuerzas regulares que luchaban contra el frente enemigo y disminuyendo sus reservas. Casi siempre fueron más bien un estorbo, a menos que coincidiesen con

una batalla importante o una ofensiva poderosa que podía absorber toda la atención del enemigo.

En otras ocasiones era menos útil que la resistencia pasiva desparpamada y causaba mucho más daño al pueblo de su propio país. Provocaron represalias mucho más severas que los daños que ellos causaban al enemigo. Ofrecieron a sus tropas la oportunidad y la justificación de una acción violenta, que siempre sirve de alivio a los nervios de una guarnición en país enemigo. El daño material que las guerrillas produjeron directa e indirectamente durante las represalias causó mucho más sufrimiento a su propio pueblo y, finalmente, se convirtió en un "handicap" para la reconstrucción del país después de su liberación.

VICIOS DISIMULADOS

Pero el más pesado "handicap" y el más duradero fue de carácter moral. La resistencia armada atrajo a muchas "malas cabezas", les dio licencia para sus vicios y sus pillajes bajo la capa del patriotismo (dando así una nueva justificación a la histórica observación del doctor Johnson, de que "el patriotismo es el último refugio de los bandidos"). Todavía peor fue su efecto moral en la joven generación. La enseñanza de desobedecer a la autoridad y a violar las reglas de la moralidad cívica en la lucha contra las fuerzas ocupantes. Esto produjo una falta de respeto para la ley y el orden, que continuó inevitablemente después de que se marcharan los invasores.

La costumbre de la violencia arraiga más profundamente en las guerras irregulares que en las regulares. En estas últimas está contrapesada por los hábitos de obediencia a las autoridades constituidas, mientras que en las primeras convierte en virtud el hecho de desafiarlas y violar sus leyes. Ahora se comprueba lo difícil que es reconstruir un país y crear un Estado estable sobre unos elementos tan vacilantes.

La resistencia pasiva ha tenido efectos en un grado mucho menor. Puede alimentar el hábito de una costumbre de evasión, pero no echa las semillas de una guerra civil ni fomenta el terrorismo.

EMPIEZO A DUDAR

Por mi parte, la comprobación de los peligros posteriores de una guerra de guerrillas me fué sugerida al reflexionar sobre las campañas de Lawrence en Arabia y por nuestras conversaciones sobre este tema. Mi libro sobre dichas campañas y mi exposición de la teoría de la guerra de guerrillas fué tomado como guía por muchos comandos y organizadores de movimientos de resistencia en la última guerra. Wingate, que era entonces solamente capitán destacado en Palestina, vino a verme poco antes de empezar su labor, y estaba lleno de entusiasmo ante la idea de dar una amplia aplicación a la teoría. Pero yo empezaba a dudar, no de su eficacia inmediata, sino de sus efectos a largo plazo.

Parecía que se podrían extender como un reguero de pólvora utilizando los continuos disturbios que los ingleses tenían que soportar, como antes, los turcos, en la misma zona por donde Lawrence había extendido la revuelta árabe.

Mirando más atrás, se podía comprobar que las fuerzas irregulares que Francia había armado contra la invasión alemana de 1870 se habían vuelto contra ella como un "boomerang". Para el invasor sólo fueron un estorbo, pero se convirtieron en el germen de aquella espantosa lucha fratricida que fué la Comuna. Además, la tendencia a la acción "ilegal" ha sido una continua fuente de debilidad en la historia de Francia.

RETOSOS REVOLUCIONARIOS

Más reciente aún es el caso de la guerra de la Independencia española, cuando la derrota por Napoleón de las fuerzas regulares del Gobierno español fué compensada por los éxitos de las bandadas de guerrilleros que les reemplazaron. Es uno de los ejemplos de mayor eficacia de un alzamiento popular contra un invasor extranjero. Logró más que las victorias de Wellington para debilitar la garrra de Napoleón sobre España y minó su poder. Pero no trajo la paz a la nación liberada. Fué seguida de una epidemia de revoluciones armadas que se sucedieron sin interrupción durante media centuria.

Estas lecciones de historia fueron consideradas demasiado ligeramente por los que planeaban promover insurrecciones violentas como parte de la política bélica de Inglaterra. Es bastante probable que sus consecuencias continúen algún tiempo en Europa y en el Este Medio. Es significativo que muchos de los más valerosos miembros de la Resistencia francesa reconocen ahora que las ventajas militares logradas por el "maquis" tuvieron la contrapartida de un cúmulo de inconvenientes y lamentan que el movimiento no se limitase a la organización de la resistencia pasiva.

Cada vez aumenta la evidencia de la perfecta utilidad de esta forma de resistencia, como se practicó en Noruega, Dinamarca y Holanda, y de la incapacidad de los alemanes para combatirla. Los alemanes eran expertos en violencia y sabían como afrontarla. Pero se desconcertaban frente a formas más sutiles de oposición.



Ayuntamiento de Madrid

Le pasa algo al teatro. Nos duele verle así: desmejorado y achacoso. Nos duele verlo así, porque nosotros le queremos, ¡le hemos querido tanto! Nos hizo mucho bien. El fué quien enseñó a "escuchar" a nuestros padres. Les enseñó a escuchar y los hizo creyentes que, al fin y al cabo, la fe entra por el oído. Nosotros hemos perdido, sabe Dios hasta cuándo, esta virtud. Durante largo tiempo, siglos y siglos, dió el teatro a nuestros padres consejo y alegría. Y aun no hace muchos años el fué el tutor de la vida social, y la llevaba de la mano cuando era problemática y pequeña, la encomendaba a Dios, y a veces al diablo, y la vestía de largo cuando estaba en agraz. Ahora, en cambio, cada vez que le vemos, lo encontramos más parálítico y cansado. No sabe lo que hacer. La verdad: le pasa algo al teatro. Y ciertamente lo que le pasa es que ha perdido su vigencia social. Esta la tiene el cine. El no quiere enterarse. Nadie quiere saber nada de sus propias dolencias. Pero a nosotros nos duele verlo así. Nos duele que, ¡a su edad!, aun quiera ser ligero y frívolo; y no como Dios lo hizo: grave y ceremonioso. Y esto es lo que quisiéramos decirle. No importa que nunca vuelva a ser un espectáculo mayoritario. Su misión es más noble. Nos duele verlo halagador y haciendo concesiones, buscando un público que ya no es suyo, que no puede ser suyo. Nos duele verlo chochar. Lo hemos querido y lo queremos. Nos duele verlo así.

LA HISTORIA DEL ROMANCERO EN ESCENA



Las posibilidades de la escena permiten que en ella se representen múltiples espectáculos. No es nuevo que se reúnan conjuntos folklóricos y actúen frente a un público. Lo malo es que estos conjuntos suelen ser mixtificaciones y, además, casi siempre, motivo para la exhibición de "divos", aunque esta palabra parece desdecir de lo castizo de tales farsantes-artistas. Lo que no se ha intentado, que sepamos, es utilizar con auténtico saber y con intención puramente artística el rico tesoro folklórico de nuestro Romancero, como ha hecho doña Jimena Menéndez Pidal días pasados en el teatro de la Comedia. Con escasos medios tramoyísticos, sacando partido de la innata capacidad mimica que hay siempre en la adolescencia—la representación estuvo a cargo de los alumnos del Colegio-Estudio—, y con un conocimiento exacto del asunto, doblado de exquisito buen gusto, Jimena Menéndez Pidal ha escenificado en tres jornadas la historia del Romancero. Desde los orígenes del Romancero, apenas desgajado de los grandes poemas épicos, hasta su perseverancia en los medios hispánicos ultramarinos—América, los sefardíes—y en las aldeas y los talleres de la artesanía española, la representación nos ofreció un verdadero cuadro artístico. Lo folklórico tiene siempre el aire de algo ya pasado, o a lo menos en trance de desaparición; pero en la representación del teatro de la Comedia quedó patente que la calidad de belleza que encierran los romances y su música tradicional no han perdido la capacidad de impresionar la sensibilidad más moderna y exigente. Fué una lección a los organizadores de espectáculos folklóricos, pero una lección difícil de aprender. Se requiere para montar un espectáculo semejante conocimiento y buen gusto, cosas ambas no fáciles de poseer.

De los romances salió gran parte de nuestro teatro clásico; pero ellos mismos, cantados y mimificados, son teatrales. Los romances acompañaron la danza, y son asimismo espectáculo. Con un poco de imaginación—¡rompamos lanzas por la imaginación!—se pueden reconstruir escenas como aquella, deliciosa, en que los judíos españoles de la buena sociedad de Constantinopla cantan para el erudito señor Manrique de Lara el viejo romance de la "Mala suegra". Todo esto lo vimos, y con ello nos deleitamos, en la representación del Colegio-Estudio que dirige Jimena Menéndez Pidal.

VIAJES MARSANS, S. A.

CARRERA SAN JERONIMO, 34.—TELEFONOS 22-12-31 Y 21-88-04



AGENCIAS: BILBAO, MADRID, BARCELONA, JEREZ DE LA FRONTERA, PALMA DE MALLORCA, SAN SEBASTIAN, SEVILLA Y VALENCIA
CORRESPONSALES EN TODO EL MUNDO

ORGANIZACION DE VIAJES CON TODOS
LOS GASTOS INCLUIDOS. DE BODAS.
DE PLACER. VERANEO, ETC.

EXPENDICION DE BILLETES DE FERRO-
CARRIL EN EL ACTO. PASAJES MARITI-
MOS Y DE AVION PARA TODOS LOS
DESTINOS

ORGANIZACION DE CONGRESOS
Y ASAMBLEAS

EL TEATRO

EL "TEATRO DE CAMARA" Y "HUIS CLOS", DE JEAN PAUL SARTRE Por Alfredo MARQUERIE



Lola Membrives.

González Robles y un puñado de profesionales y seguidores de las letras han conseguido que el proyecto, largamente soñado y acariciado, se transforme en realidad. El "teatro de cámara" existe y funciona. Y eso es lo importante. Porque "lo otro", las luchas, los celos y las dificultades hasta conseguir que el propósito se transformara en logro; las dimisiones asustadizas de dos de los primitivos "consejeros" y algún artículo mal intencionado, de los que nunca pueden faltar en casos tales, porque si faltaran el banquete quedaría sin postre y sin helado, componen la escuela inevitable de la noble y gentil empresa, "y lo que te rondará, morena".

El día de la presentación, y por ausencia del consejero José María Pemán, hubo de salir el que estas líneas escribe al escenario del María Guerrero para explicar veloz y fulgurantemente, en tres o cuatro minutos, cuál era el propósito de la entidad, y para insistir, una vez más, en el hecho de que las llamadas audacias artísticas nada tenían que ver con morbosidades, insolencias o irreverencias, que siempre serían rechazadas en nuestro teatro. Y por lo escuchado después, y a causa también de que en esa noche yo llevaba un cuello duro y un traje negro, alguien dijo en las butacas: "Ese que habla debe ser un cura vestido de paisano." Y al terminar la representación de "Huis Clos" no faltó quien apuntara la conclusión exacta que de la obra podría desprenderse: la de hacer ejercicios espirituales. Digo todo esto para que de ello tomen buena nota los autores o los inspiradores de los mal intencionados artículos. Esos detalles se les habían escapado y yo se los atrapo y brindo con la mayor liberalidad.

A título anecdótico hay que decir también que en la noche del estreno de "Huis Clos" el Español y el María Guerrero suspendieron sus representaciones, y lo mismo hizo el Calderón, donde actuaba Lola Membrives. Además de cerrar tres teatros, como Guillermo Marín y Amparo Rivelles se hallaban rodando sendas películas, los estudios donde trabajaban suspendieron en esa noche el rodaje. Con lo que el cine se asoció también al acontecimiento en una especie de "paro" de homenaje.

El público respondió de modo admirable. No se oyó ni una tos, ni siquiera un leve carraspeo durante más de hora y media, tiempo que, sin entreacto, duró la representación. Y al final de la obra, los espectadores, puestos en pie, no se cansaron de aplaudir, mientras el telón se alzaba una y otra vez, con absoluta pureza, sin mercenarios aplausos de "claque". "Huis Clos" fué interpretado con impe-

cable y rara perfección. José María Mompiñó al camarero diabólico de Jean Paul Sartre la mirada fija obsesionante y sin parpadeo, la tenebrosa mueca, el sarcasmo demoníaco, el acento y la actitud contenida e inexorable que el autor soñara. Guillermo Marín, abismado en la profunda desesperación que es la clave del personaje, con la tortura de sus silencios y la súplica estremecedora de sus imposibles demandas, dejó que la conciencia de "Garcin", el periodista fusilado por cobarde y traidor, se apoderara de él, y consiguió el más impecable de los veridismos escénicos. Amparo Rivelles, con la belleza impresionante de su juventud y con ese doble dominio de la escena que de casta le viene ("rama que al tronco sale", pero de verdad), vivió los momen-

tales de "Estela" la infanticida con una intensidad sobrecogedora. Su compleja feminidad presidió la escena sin que los espectadores pudieran abandonar ni uno solo de sus movimientos, de sus actitudes, de sus gestos; sin que perdieran la menor intención de sus palabras. En cuanto a Lola Membrives, dió a la Inés terrible y atormentada de "Huis Clos" mucho más que un perfecto estudio y una dicción sin errores ni vacilaciones. Fué su auténtico genio de actriz lo que brilló esplendoroso en cada rictus, en cada frase, en cada transparencia vital del alma de la figura que encarnaba. Hace mucho tiempo que no veíamos tal alarde de facultades en un escenario.



En la vida corriente tenemos puertas de escape, como el aislamiento, el silencio, la mentira, la adulación, la cortesía, la mala fe. Pero imaginemos un mundo donde estas defensas no existieran. Sería un infierno propiamente dicho. Y tal es, en efecto, el cuarto donde se encuentran reunidos, después de su muerte, los tres personajes de "Huis Clos" y el camarero diabólico. (El cuarto, al que en la versión del Teatro de Cámara de Madrid dieron escenografía y efectos impresionantes el decorador Víctor María Cortezo y el gran ingeniero de luz y sonido Ra-

el mundo en clausura del Averno se nos ofrece en un círculo cerrado y completo, sin salida ni evasión posible, mientras los personajes, condenados a repetir sin remisión el ciclo de sus pecados y aversiones, se convierten en actores y espectadores de sus propias biografías, en el "demonio de la guarda" de los demás, sin descontar los epílogos de las contemplaciones del mundo que han dejado atrás. Garcin, Inés y Estela repiten en el infierno el triple drama de sus pecados mortales, que son saltos mortales también sobre el vacío que les rodea. Cuando "Huis Clos" acaba es cuando "Huis Clos" empieza. Quiere decirse que al caer el telón el espectador se da cuenta de que ha asistido sólo a la iniciación de la tragedia infernal, y que aquellos personajes, imagen del que muere sin arrepentimiento y sin perdón, se transforman en símbolos de la condición humana. Y así lo serán hasta la consumación de los siglos. "Huis Clos", que ambiciona en su asunto y en su argumento, con las más desnudas y concisas palabras, aprisionar la eternidad, es, al propio tiempo, una obra eterna. Y de ahí nace su mérito mayor. Y también el interés que universalmente despierta.

LA ESCENA DE AQUI Y DE ALLA



Celia Franca.

ESPAÑA

Catalina Bárcena vendrá a España a fines de julio, donde formará compañía y se presentará de nuevo en la escena.

Celia Gámez prepara una revista, libretto de Adriano Ortega.

INGLATERRA

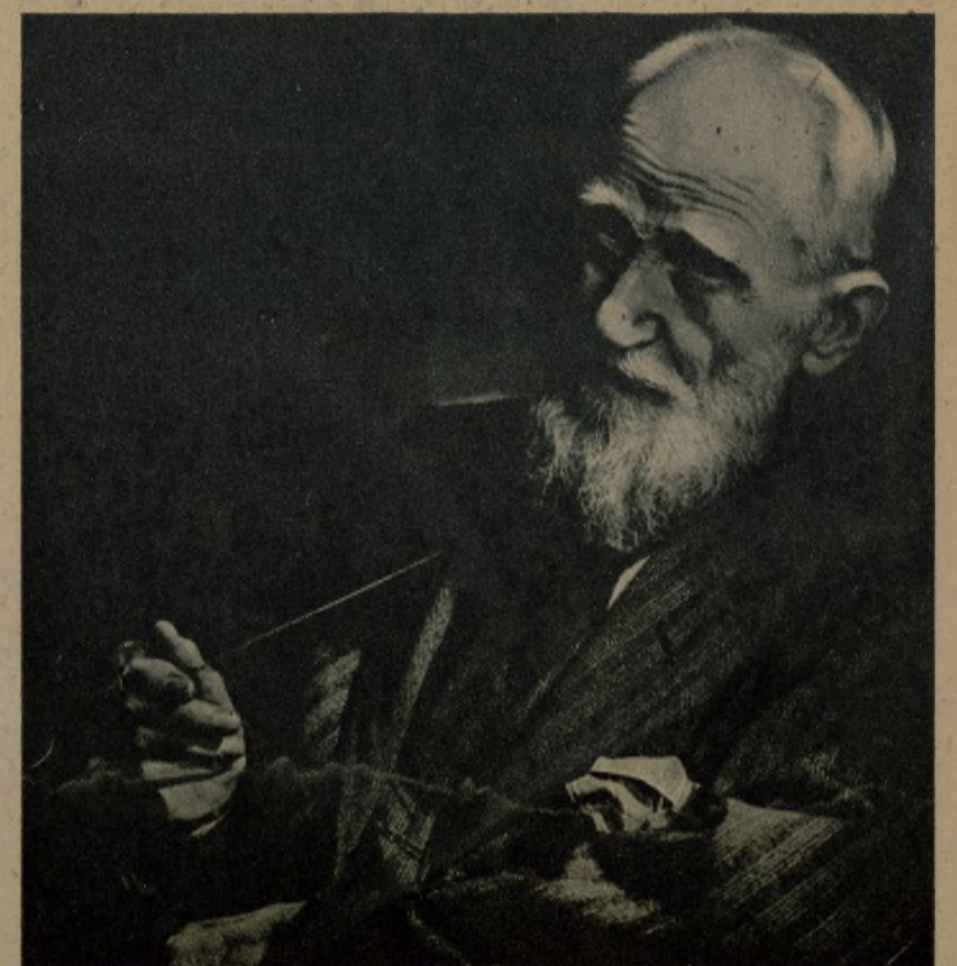
En Londres se han repuesto, con éxito extraordinario, la tragedia de Webster (fallecido en 1624), "El diablo blanco", y el gran poema dramático de Bernard Shaw, "Methusalem". Sabido es que la tesis de la obra dice que la Humanidad debe sobrepasar a Matusalén en años y en saber. Hasta ahora hemos sido unos niños, en toda la extensión de la palabra.

Los destrozos de la guerra en Londres, en materia de teatros, no han sido aún reparados, y como la demanda es grande, "hay una verdadera caza de escenarios" por parte de las empresas y compañías.

En la escena inglesa abundan esta temporada los nombres españoles: "El sombrero de tres picos" ("The three cornered Hat"), con decorado de Picasso,

ballado por Messine, que hace de "Molier", en el Convent Garden, y "Balletos", en Sadler's Wells, donde luce la nueva estrella Celia Franca.

BERNARD SHAW, CUMPLE OTRO AÑO



Bernard Shaw cumplirá este año los noventa y uno de su fecunda vida. El solo representa toda una edad del teatro inglés. En estos años, en que todo va tan de prisa en el mundo, Bernard Shaw es aún la figura más interesante del teatro contemporáneo.

SOBRE EL CARACTER ESPAÑOL

Por Ramón MENENDEZ PIDAL

I.—SOBRIEDAD

SOBRIEDAD MATERIAL, SOBRIEDAD ETICA

MUCHAS veces se ha puesto en relación el complejo del carácter español con el suelo habitado. Unamuno insiste en ello: "El espíritu áspero y seco de nuestro pueblo, sin transiciones, sin términos medios, está en conexión íntima con el paisaje y el terreno de la altiplanicie central, duro de líneas, desnudo de árboles, de horizonte limitado, de luz cegadora, clima extremo, sin tibiendas dulces." Pero esa relación no es válida respecto a cualidades que se dan fuera del paisaje de ambas Castillas. La sobriedad física se halla, igualmente, en la risueña y fértil Andalucía, y, para mí, la sobriedad es la cualidad básica del carácter español, que no depende de un determinismo geográfico castellano y es tan general que, partiendo de ella, podemos comprender las demás características que ahora nos importa notar.

La más aguda descripción del carácter español en la antigüedad, la del galo Trogo Pompeyo, comienza diciendo que el hispano tiene el cuerpo dispuesto para la abstinencia y el trabajo, para la dura y recta sobriedad en todo: "dura omnibus et adstricta parsimonia". Y desde Trogo hasta hoy, abundan las noticias relativas a cierta austeridad sencilla, y más aún, cierto chocante desdicho que en España revisten varias formas de la vida. Basta recordar que durante los siglos en que afluyen a la Península todos los metales preciosos del Nuevo Mundo, los extranjeros encuentran nuestras casas amuebladas más modestamente que las francesas; las comidas muy parcas; incómodas las aulas universitarias, donde los estudiantes tienen que escribir sobre las rodillas; nuestros mesones muy inhospitalarios; la urbanización de Madrid muy deficiente, lo cual tenía preocupado a Felipe II.; un tipo de vida, en fin, poco esmerado en la comodidad. Es decir, que todas las riquezas que ganaban las Indias, y las que anualmente traían las flotas del Estado, no eran aplicadas por los españoles al bienestar y regulo de la vida privada, ni a la austeridad, o, al menos, al suficiente arreglo de la vida urbana. Y el español de hoy puede también contentarse con poco. Continuamente presenciamos ejemplos vulgares en la vida cotidiana, donde vemos juntos la sobriedad y el trabajo intenso, que ya Trogo emparejaba. El más humilde de esos ejemplos, el segador de nuestros campos, ofrece un asombroso espécimen de la "dura et adstricta parsimonia": bajo el calor más sofocante del verano, sin otro refresco que el agua tibia del botijo, mal vestido y mal comido, parece carecer de todo menos de conformidad, de alegría y de esfuerzo.

Esa inatención a las necesidades materiales, de la cual tratamos, se conforma con la doctrina de Séneca: "No es pobre el que tiene poco, sino el que ambiciona más, porque las necesidades naturales son muy reducidas, en tanto que las de la vana ambición son inagotables." El español, duro para soportar privaciones, lleva dentro de sí el "sustine et abstine"; resiste firme y absteniente fuerte, norma de la sabiduría, que coloca al hombre por cima de toda adversidad; lleva en sí un particular estolicismo instintivo y elemental; es un senequismo innato. Por eso, el pensamiento filosófico español, en el curso de los siglos, se inspiró siempre en Séneca, como en autor propio y predilecto. Mucho le debe, ciertamente, y, a la vez también, mucho debe Séneca, acreedor de estolicismo, al hecho de haber nacido en familia española.

En virtud de ese senequismo espontáneo, el español, por lo mismo que soporta con fuerte conformidad toda carencia, puede resistir las codicias y la perturbadora sollicitación de los placeres; les rige una fundamental sobriedad de estímulos que le inclina a cierta austeridad ética, manifiesta en el estilo general de la vida: habitual sencillez de costumbres, noble dignidad de porte, notada aun en las clases más humildes; firmeza en las virtudes familiares. Los móviles más profundamente naturales conservan intacto su vigor en el pueblo hispano, a modo de una integral reserva humana, frente al continuo peligro del desgaste que amenaza a otros pueblos más atosigados por los gozos y disfrutes de la civilización.

Interesa destacar algunas modalidades de esa sobriedad vital, explicativas de importantes caracteres históricos. Nos fijaremos, en especial, sobre aquellas más comúnmente notadas, porque, sin duda, son las más evidentes, y nos atenderemos, en especial, a los observadores extranjeros, siempre más capacitados para percibir lo peculiar, si bien en todo momento hayamos de tener en cuenta la superficialidad que tantas veces revisten las impresiones del viajero.

DESINTERES

La conexión de la sobriedad física con otras cualidades varias tiene especial notoriedad en la desatención hacia los intereses materiales.

El español, en su sobriedad eremitaña, halla la fuerza para resistir el apremio de múltiples necesidades. Así que no son

raros los casos de generosidad colectiva registrados en relatos históricos. Da ejemplo preferible el soldado español, pues aunque también se amotina como cualquier otro, por falta de paga, sabe sobreponerse cuando la situación lo exige. Al irse a dar la batalla de Pavia, los españoles ofrecen sus ganancias a los conmi-litones extranjeros, a fin de que éstos renuncien de la ciudad, haciendo más noble la victoria. Cada uno de esos soldados podía figurar como protagonista en una anécdota de liberal desprendimiento; tantos juntos, oscurecidos en el anonimato, hacen excepción al hecho general de que siempre, cualquier rasgo generoso, es caso aislado que se destaca de la interesal vulgaridad colectiva.

Es muy natural también en el español el no anteponer el cálculo de pérdidas o ganancias a consideraciones de otro orden. Un extranjero, Colón, sin dejarse llevar de ningún entusiasmo por su empresa, la abandona entre dificultades e interminables negociaciones, no admitiendo sino una magnífica serie de ganancias y recompensas antes de arriesgarse; mientras, multitud de exploradores españoles se arrojan a los más peligrosos e inauditos trabajos por una muy eventual esperanza o por el simple atractivo de la aventura, con menosprecio de toda ventaja material.

Y esto se observa en múltiples aspectos de la vida privada o de la pública. Siempre fué gran cualidad, a la vez que gran defecto del español, el atender a los móviles ideales más que a los provechos económicos. Y la reducción de necesidades, ora en el individuo es fuerza virtuosa, inspiradora de cualquier proceder oneroso; ora es carencia de estímulos, que engendra desapego hacia el trabajo; lo mismo explica la abnegación colectiva mostrada por el pueblo español en varias situaciones y en épocas enteras de su historia, que la pasividad pública ante la mala gestión de los más vitales negocios del Estado.

Los que, desde antiguo, notan el desdicho de industrias y comercio en España, dan de ello explicaciones varias. En tiempos del Rey Católico, en 1513, Guicciardini lo atribuye a que los artesanos tienen en la cabeza "fumo di fidalgo" y prefieren dedicarse a la guerra; explicación análoga a la de Sanvedra Fajardo, quien aduce el "espíritu altivo y glorioso", propio de la nación, aun en la gente plebeya, despreciadora de las ocupaciones impropias de la nobleza. En otras épocas en que el espíritu guerrero no domina, el bachiller Fernando de la Torre, exponiendo, en 1455, a Enrique IV, una disputa tenida con cierto francés ante el rey de Francia, opina que los extranjeros son más industriuosos y ricos que los españoles, porque sus tierras son menos fértiles que las nuestras; explicación repetida por el embajador del sultán de Marruecos cerca de Carlos III, en 1680, sin duda tomándola de labios españoles inspirados en los Loores de Hispania, divulgados desde la antigüedad. Esa pretendida abundancia de la tierra hispánica pudiera, en los siglos XVI y XVII, confundirse con la abundancia de plata y oro venido de América. Pero una circunstancia externa así no es más que coadyuvante de la causa interna; que los estímulos de la ganancia y del bienestar material son, por el español, pospuestos a otras apetencias ideales del "espíritu altivo y glorioso", por vanas que a veces sean ellas.

Conformes están en esto las notas que, desde el siglo XVII al XIX, hallamos en los apuntes de los viajeros. Uno, que visita la corte de Felipe III, en Valladolid, anota que los menestrales trabajan desdichosamente, como por salir del paso; se ve a algunos, sobre todo los plateros, sentados a la obra con la capa puesta, y en cuanto juntan 200 ó 300 reales, se ciñen la espada y se pasean muy hidalgos, hasta que, gastado todo, tienen que volver a la faena.

Lo mismo otro viajero que recorre la España de Isabel II, tampoco pinta al obrero andaluz como holgazán en el trabajo; pero sí que, en cuanto gana un puñado de reales, echa al hombro su chaquetilla bordada, coge la guitarra y va a lucirse entre sus amigos o a cortejar a las muchachas, hasta que la falta de

dinero le hace volver a comenzar su labor. La intermitencia en el esfuerzo no es diaria, no se produce por agotamiento o flojedad que exija largos descansos para la reposición de energías, sino por disipación del estímulo; satisfecha la necesidad material apremiante, la atención se va tras otros móviles, que le resultan más atractivos.

Posee el español el inestimable tesoro de la sobriedad, que le libera de muchos afanes embarazosos; pero no suele pensar en administrarlo provechosamente cuando los afanes deben ser aceptados. Sin embargo, ese desapego hacia el trabajo, tan señalado a través de los siglos, cuenta con rectificaciones de carácter general no difíciles ni infrecuentes. Guicciardini mismo nos da cuenta de la conocida restauración de las industrias, debida a los Reyes Católicos, habiándonos de los telares de Valencia, Toledo y Sevilla, cuyos teji-

éstos eran imprescindibles, dada la desatención de los españoles hacia los calculatorios negocios de la Banca, a causa de la referida "impaciencia" alegada con este motivo, por Suárez de Figueroa.

Otro ejemplo muy notado por el crítico español, siempre inclinado a las notas negativas, es el que nos da la frase proverbial explanada por Tirso en "El coloso prudente": "Socorro de España, siempre perdido por tarde." Cervantes, en "El gallardo español", hace que el rey de Argel dé por seguro que llegará fuera de tiempo el socorro que los españoles intentan llevar a Orán; convicción que, en totalidad, constituye la gran amargura de Quevedo en sus últimos días (mayo-junio, 1645), ansioso por el socorro de Rosas, y teniendo por inevitable el que Rosas caería sin recibir el necesario auxilio. Correas acude a aliviar la censura de la tan divulgada frase, al registrarla en su "Vocabulario": "Socorro de España, queja que envía tarde los socorros,

cosa ordinaria en imperios grandes: de Atenas, en su tiempo, se decía lo mismo." Pero la censura proverbial estaba ya en curso antes que España tuviera ningún extenso imperio, en la primera mitad del siglo XV, por lo menos; pues Díez de Gámez, en su "Victoria", la alude haciendo una caracterización psicológica de tres naciones: "Los ingleses acuerdan antes de tiempo; éstos son prudentes. Los franceses nunca acuerdan hasta que están en el fecho; éstos son orgullosos e presurosos. Los castellanos nunca acuerdan hasta que la cosa es pasada; éstos son ociosos e contemplativos." Contemplativos, sí, en sus malos momentos, desviándose de la acción tras alguna fantasía vana, como el hidalgo, inerte, de Pérez de Ayala, que cuando renuncia a todo acción cual futil empeño,

reponen sobre su cabeza la mariposa del ensueño y el escorpión de la pereza.

Pero la imprevisión es bífrente, y junto a la contemplativa, que decía Díez de Gámez, está la imprevisión enérgica, que lejos de retrasar la acción, la acomete fuera de toda cautela preventiva. La audaz exploración del Amazonas se hizo sin la más mínima preparación, y de ningún

modo se hubiera realizado si los exploradores hubieran exigido algún plan garantizador del éxito. Igualmente, gran parte de la colonización americana y de la historia toda de España no es sino una serie de muy aventuradas improvisaciones.

Lo mismo cabe decir respecto a los otros aspectos del desinterés y de la desprevención, que también tienen su faz positiva. A la vez que ocurría la referida olebra de la hacienda de Felipe II, por falta de cuidados providentes, la misma improvisadora falta de interés, tan hispánica, hacia que Castilla impulsase la acción más grandiosa de nuestra historia, sacrificando todas sus propias conveniencias a sus deberes armónicos. El licenciado Fernández Navarrete notaba bien (1619) el siempre inusitado modo de imperar seguido por Castilla, que, "debiendo, como cabeza, ser la más privilegiada en la contribución de pechos y tributos, es la que más contribuye para la defensa y amparo de todo lo restante de la monarquía, porque no sólo da para el sustento de la casa real y para asegurar las costas de España entera, sino también para presidar a Italia, sustentar las fuerzas de África, reducir a Flandes y socorrer provincias y principios extranjeros." Abnegada conciencia hegemónica que merece la un tanto malhumorada admiración de cierto viajero francés, en 1612, el cual nos pinta a los castellanos sufridores en soportar las principales cargas de la guerra y del Estado, disciplinados para con sus superiores, al par que dotados con cualidades de mando; "maravilla es cómo siendo tan pocos se hacen notar en las guerra de Europa; son, como los macedonios en Grecia, sufridos, duros, a la vez que ambiciosos, crueles, avaros y ostentosos; ellos lo hacen todo en Europa y en Indias."

APATIA Y ENERGIA

Un general desinterés, respecto a las contingencias de la vida, adversas o prósperas, trae la serenidad de ánimo, el "sossiego" imperturbable, tan definidor del español en los tiempos áureos, que si no llega a extremos de la "apatía" estoica entronca con ella, tanto como con el "nada te turbe", sublimado por nuestros místicos. Y aquel sossiego español, "aquella bella virtud de Castilla", que Felipe Sas-seti decía, y que la Italia renacentista notaba, entre admiración y avaricia, lo mismo en el altivo virrey de Nápoles que en el más desdichado español, sin dinero siempre, pero sin sossiego jamás, hubo de dejar huella en la sensibilidad italiana, incorporando a su lengua el hispanismo

"sossiego", para denotar la virtud del ánimo tranquilo, la grave serenidad.

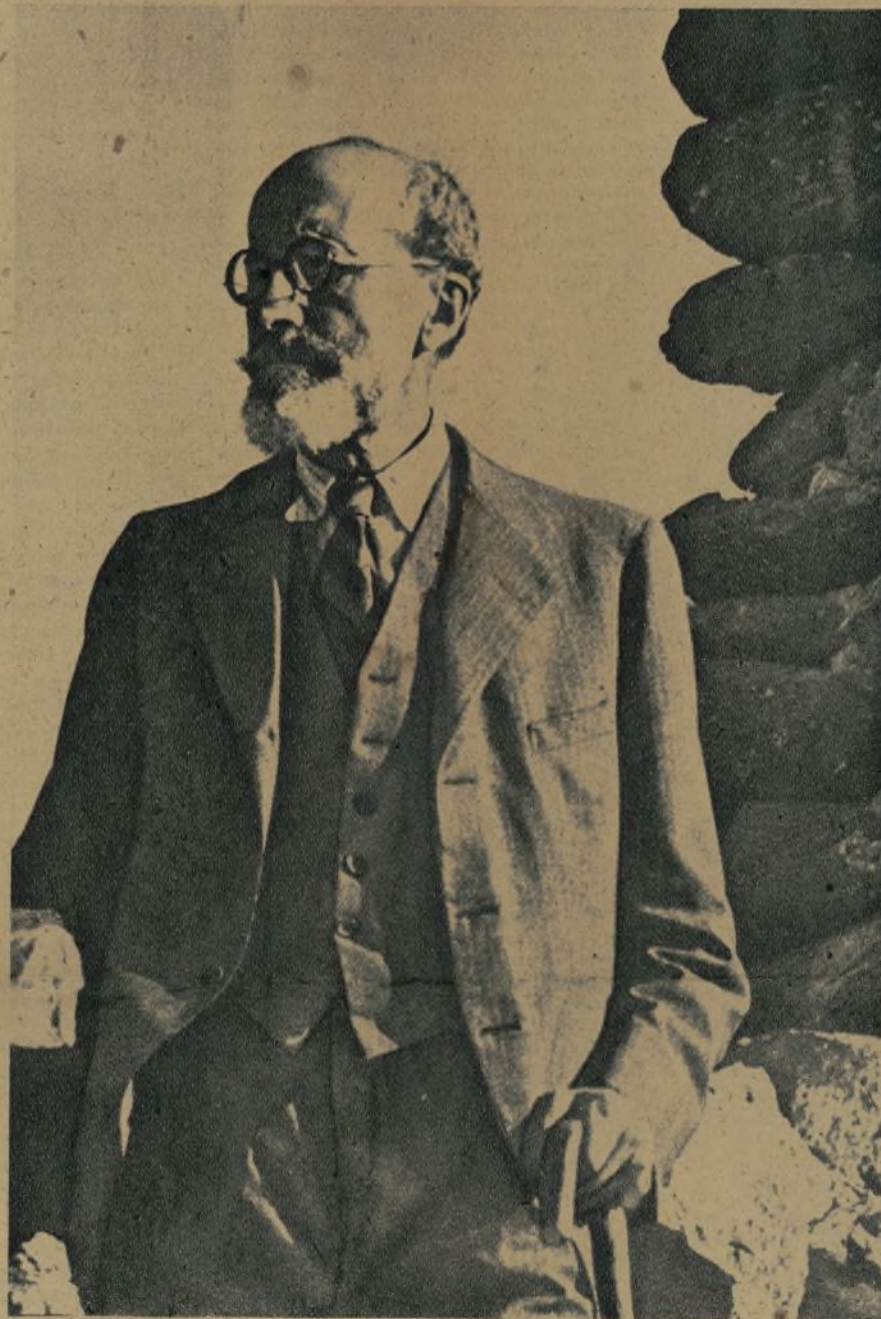
Esa tranquilidad de espíritu es la virtud tan alabada en Carlos V, modesto en los éxitos, ecuaníme en las adversidades, cuyo único gesto al saber en Madrid la magna victoria de Pavia fué el retraerse a su oratorio para dar gracias a Dios porque había querido manifestar su justicia; pero habiendo sido la victoria a costa de sangre cristiana, no permitió recogerlos en la corte. Es el emperador digno de regir e impulsar el eficiente sossiego de los españoles, que se afanaban por integrar la grandeza de su siglo XVI.

Pero esa imperturbable serenidad tiene doble cara. Junto al sossiego en la más energética acción, el sossiego apático. En el Madrid hecho a la flama de aquellos calmosos ministros de Felipe II, motejados como "ministros de la eternidad", un joven barón alemán se encuentra muy enfadado con el paso lento de los españoles, con "el sossiego en su negocio" (escribe él en correcto español); sossiego que le hace perder días y días, desesperado, en 1599, lo mismo que otro monseñor Sans-délat, víctima del "Vuelva usted mañana", descrito por Larra en 1833 y tan practicado en la actualidad como antaño.

Después, cuando la decadencia avanza en los ánimos y en los hechos, cuando las adversidades menudean, se prepara otra disposición de ánimo concurrente con el sossiego, "el no importa de España", con doble cara también, entre indiferente e impávido. Francisco Santos, en su libro, escrito por los años de gran postración nacional (1668), sólo capta los aspectos negativos. No ve por doquiera que mira sino innumerables españoles que se pierden, acogidos al "no importa", para justificar todo cuanto hacen mal; sólo adulatoriamente halla elogiable el "no importa" de Felipe II; pero tales elogios nos retratan al rey que, cuando recibe una y otra desastrosa noticia, no tiene más reacción, junto al "no importa", que el ordenar se celebren las Cuarenta Horas en la capilla real; es el rey perezoso y apático, muy a tono con aquellos otros españoles insensibles, inventados por Francisco Santos. Santos no alcanza tiempos mejores para ver que también, cuando el español siente el estímulo de una gran empresa por el apreciada como esencial, el "no importa" le permite recobrar inagotables energías, sin abatirse ante los mayores reveses.

Siempre entre dos extremos. Los españoles, para las decisiones en que ponen empeño, despliegan vigor inagotable, mientras en las actividades cotidianas no ponen interés. Resisten en ardua y prolongada aventura las mayores fatigas; pero no aguantan la monotonía de la labor diaria. Animosos frente a los trabajos, "no importa"; desanimados ante el trabajo, "no me importa". Fuertes sufridores de lo peor, flojos en procurarse lo mejor. La "apatía" estoica para unas cosas y la vulgar "apatía" para otras. En su aspecto estoico, la "apatía" hispánica no es impasibilidad negativa, sino conformidad que llega hasta la contenta satisfacción. Un viajero inglés, que en 1830 recorre la Península, escribe: "La alegría con que las gentes de todas las clases sociales soportan el infortunio, las privaciones y aun el empobrecimiento, es algo que a duras penas puede creerse; no se les oye una queja; hay una dignidad innata en el pueblo que les impide lamentarse ni aun en la intimidad, y tal vez sea esto en lo único que son reservados." Parecidas apreciaciones son repetidas por otros observadores extranjeros. Y aquí volvemos a recordar a Séneca, para quien la pobreza alegre no es pobreza; sentimiento que domina, impresionante, en el pueblo español.

El "no importa" imperturbable y contento, unido a la sobriedad, suscita desde muy antiguo en los españoles la convicción de que ellos son más fuertes sufridores de trabajo que los demás pueblos, y que eso les permite un despliegue de acción velado a otros. En el siglo XI, la "Historia Silense" afirma que la muy penosa guerra contra el pujante poderío sarraceno sólo la podían hacer los duros caballeros de España, y no los lujosos magnates de Carlomagno, que se retiraron de Zaragoza anhelando recrearse en los términos de Aquilgrán. Y en el siglo XIII, el arzobispo Rodrigo de Toledo refiere, con orgulloso dolor, que los cruzados de ultramontes, disgustados por una breve falta de víveres, muy pronto remediada, se volvieron a sus tierras dejando a los hispanos llegar solos a la tremenda batalla de las Navas de Tolosa. Después, cualquier relato de nuestras guerras o exploraciones registra episodios ilustrativos de una extraña resistencia para la fatiga y la inedia, de una común impavidez ante los peligros y la muerte. Por esa recia complexión física y espiritual, inagotable en sus reservas de energía, se explica gran parte de nuestros hechos históricos, y, desde luego, los más trascendentes, desde la tenaz guerra antislámica, según el parecer de los historiadores citados, hasta las innumerables empresas en el viejo y el nuevo mundo, al comienzo de la Edad Moderna. Para descubrir tierras y océanos que forman un hemisferio entero de nuestro planeta; para explorar, dominar y poner en civilización inmensos territorios, sujetando mil tribus y vastos imperios bárbaros, no necesitaron los españoles sino el corto tiempo de cinco decenios; hubiera necesitado cinco siglos cualquier otro pueblo menos fuerte ante las privaciones y los riesgos, que exigiera organizar sus empresas reduciendo al mínimo las incomodidades y las contingencias desfavorables. Doscientos años costó a Roma el dominar las tribus bárbaras de sólo España.



ARTE

Por Luis Felipe VIVANCO


La pintura de Morales



MORALES: "Retrato de Menchu".



100



MORALES: "Interior de mi estudio"

L. F. V.

VAZQUEZ DIAZ: "Mi ventana de La Rábida"

LA VERDADERA HISTORIA DE "ANTONIO PEREZ"

Por Miguel PEREZ FERRERO

ESTA noche, a las diez y cuarto exactamente, cuando yo le he hecho mi primera pregunta al doctor don Gregorio Marañón, éste ha entornado los ojos y hasta ha revivido una escena lejana, prolongada a lo largo de tardes y tardes en la terraza del Hospital General. El era un interno, sencillamente un interno, aunque ya los maestros auguraban para él un porvenir brillante como clínico. Madrid estaba de aromas primaverales, y era grato soñar al aire, en la butaca de mimbre, en espera de la llamada de la hermanita para atender a la gravedad de un paciente. Entonces, el jardín del Colegio de Santa Isabel hablaba ese lenguaje que sólo entienden los observadores y meditadores profundos, los hombres que nacen señalados para ejercer una determinada y fecunda misión.

—Sí—me dice el doctor don Gregorio Marañón, rodeado por todas partes de libros, en esa biblioteca única donde reúne la mejor colección de tomos de viajes por España, de todo el mundo—. Entonces, como una sombra lejana que llegara en busca de un confesor, se me presentó Antonio Pérez. Aquel colegio había sido su casa. A mí me había interesado siempre su vida, su misterio, su "crimen". Durante aquellas tardes me entró el deseo de saber la absoluta verdad sobre el personaje, un deseo que no habría de realizar hasta muchos años después.

Encima de una mesa hay dos volúmenes que, sin exageración, pueden calificarse de ingentes. Entre los dos suman más de mil doscientas páginas en cuarto mayor. Han llegado de la Argentina. Está editado por Espasa-Calpe. La cubierta es negra. Muestra el retrato y el nombre de Felipe II, en un rojo caliente. Uno piensa que esa sola obra justificaría la vida de un hombre, de un escritor de excepción, y, en efecto, el doctor Marañón la dedicó una buena parte de la suya. Ahora bien, lo que ocurre es que su existencia le ha dado a don Gregorio para mucho, y no se puede olvidar todo lo anterior. Su lista de volúmenes de biografías y ensayos, y libros de su especialidad científica, es conocida y admirada

aquella primera ilusión. Durante mis años de París ideé otro volumen o volúmenes, que pensaba titular "Historia de los emigrados españoles". Quería recoger en ellos todas las emigraciones: la de las Comunidades de Castilla; esta de Antonio y sus adeptos; la de los judíos, anterior y constante, a lo largo de los tiempos; la de los afrancesados; las de las guerras civiles; las de las revoluciones y otros movimientos políticos. Claro está, uno de los capítulos, y de los primeros, había de ser el de este interesante personaje. Empecé a trabajar intensamente cuando la ocupación alemana. Mi período anterior en París no me había dejado. Tuve que escribir, bueno, que dar de mano a mi "Manual del diagnóstico etiológico", obra de mi ciencia médica; tuve que ejercer y atender a los compromisos de los diarios americanos de la América de nuestro idioma y anglosajona. Entonces, cuando por la ocupación todo pareció detenerse, ¡me puse a mi tarea! No había carbón. Se helaba uno de frío. Pero mantener atenta la imaginación hace olvidar las escaseces materiales. Yo iba con mi mujer a la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional y al Archivo Nacional. Allí me vi sorprendido por la cantidad de material inédito. Y la "Historia de los emigrados españoles" quedó nortada, para dar paso a esta otra. Así, mi mujer, que ha colaborado enormemente en esta obra, y yo, matábamos el tiempo y nos recreábamos sintiendo palpar, resurrección, por nuestra fuerza evocadora, la figura misteriosa de Antonio Pérez. ¡Vivíamos apasionados con ella!

La palabra del doctor don Gregorio Marañón es cálida, y es, al propio tiempo, justa. No se desborda nunca; pero comunica pasión.

Yo le digo al doctor: —Ahora, Antonio Pérez está, por vez primera después de muerto, vivo en su real existencia, y desvelados todos los puntos de su misterio.

Sonríe. —Claro que no pudo parar ahí la cosa. Me faltaban todavía datos, con haber recogido tantos. Cuando regresé obtuve el proceso de Castilla, que ahora se está pu-

—¡Qué lástima!

El doctor me pregunta:

—De qué?

—De esa otra obra, la de los emigrados...

—Sí; esa obra, como tal, ya no la haré; pero, en cambio, surgirán libros diversos, que serán la consecuencia de aquella primera idea: el libro de las "Emigraciones de los judíos", el de los "Complicados en las luchas de las Comunidades de Castilla", y, sobre todo, más de un volumen, creo yo, y espero, de "Las guerras civiles y revoluciones del siglo XIX".

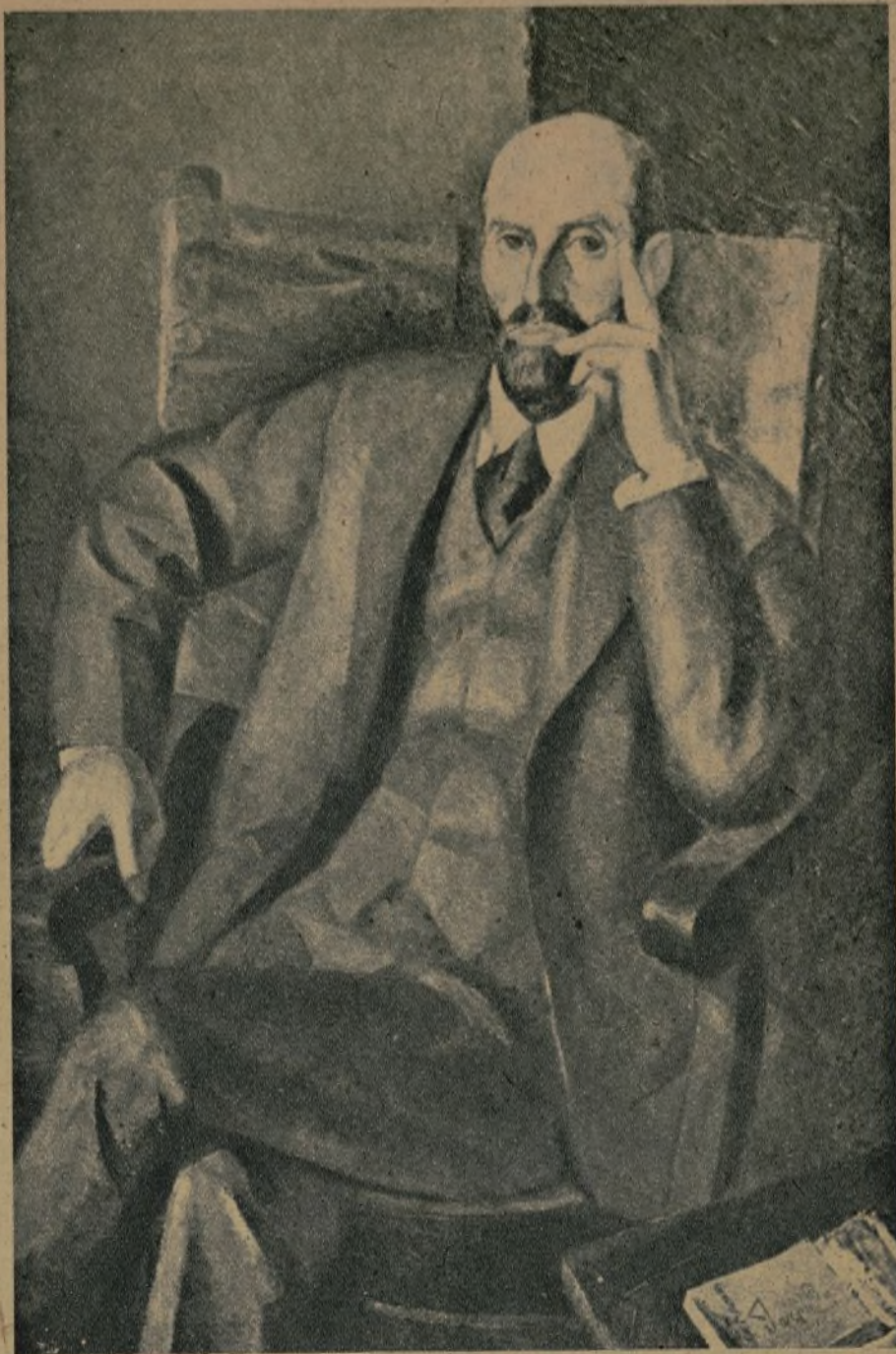
—Pero ahora, en seguida...

—No. Para un día más próximo estoy preparando la nueva edición de mi "Manual del diagnóstico etiológico", y un libro que titulo "Tratado de las secreciones internas".

Es asombroso, hasta para los que hayan visto de cerca trabajar al doctor, como yo le vi, especialmente en sus días de París. Uno piensa en un titán superdotado en todos los sentidos: en el de la inteligencia, en el de la salud, que aguanta un reposo de sólo seis horas diarias, que encuentra en la noche el ambiente y silencio propicios para proseguir lo comenzado en el día, y que cada mañana, a las ocho, lleva ya una hora de tarea. Siempre fué así, desde sus años de estudiante, en que cada amanecer apuntaba con él, ya despierto, diseccionando tiroides en el laboratorio del Hospital.

Una de las grandes figuras universales de la ciencia médica y de la historiografía es el doctor Marañón. Su juventud la señalaron los maestros de la Medicina y de la Literatura como un prodigio; pero el prodigio no se eclipsó, ni dió en la oscuridad, o en la decadencia, como tan a menudo suele suceder. El gran maestro cobró auge, fuerza, y su madurez le ofreció a su país uno de esos valores con resonancia que atraviesa todas las fronteras.

Con este libro—una de las obras más importantes de historiografía escritas en estos últimos tiempos—, el barco nos ha traído de la Argentina otro volumen del maestro, perteneciente a las obras que pu-



Retrato del poeta, por Vázquez Díaz.



El doctor Marañón en Toledo.

de todos. Pero esta última biografía es verdaderamente sorprendente.

Prosigue el doctor Marañón: —Es curioso. Si al principio, en aquellos años de mocedad, de mi iniciación profesional como médico, yo imaginé una obra completa sobre Antonio Pérez, luego abandoné la idea. Como siempre me había interesado el hombre, el "tipo", cada vez que la ocasión se presentaba recogía datos acerca de él. Luego imaginé que ya todo estaba dicho por investigadores, comentaristas e historiadores que me habían precedido, y se fué borrando en mi

blicando en el "Boletín de la Real Academia de la Historia".

—El proceso, ¿no se incluye íntegramente en la obra?

—Oh, no!; no hubiese cabido. Hubieran resultado demasiadas páginas.

Yo contemplo los dos volúmenes, verdaderamente gigantescos. El doctor vuelve a sonreír.

—Aquí—me dice acariciando ligeramente los tomos—van muchísimas cartas inéditas y bastantes datos de curiosidad.

Hacemos una pausa. Yo, de pronto, he puesto un gesto de pena, y digo:

blica en la "Colección Austral", titulada "Ensayos liberales", el cual se aconseja al lector, y que no es, precisamente, como el propio doctor dice en su prólogo extraordinario, una profesión de fe, sino la expresión espontánea de toda una conducta.

La conversación ha tocado a su fin. Ya sabemos lo que pretendíamos de "Antonio Pérez", de la gestación de tan magna obra. Hablar de su autor resultaría un tanto ridículo. Es demasiado conocida su figura, y su dimensión intelectual no necesita de comentarios.

VOLCAN ERRANTE

Por Juan Ramón JIMÉNEZ

*Volcán que pasas traslaticio,
como un total cometa,
prendiendo con la llama
de tu abismo dinámico la vida
(las piedras están grises y mojadas,
pero están granas, vivamente granas);
resplandor hondo y alto de otro extraño día
dentro del laminado día,
¿qué inminente ser eres?
¿hay palabra para que pueda ser tu nombre?
¿qué semejanza tienes con nosotros?
¿lo que prendes e inflamas?
¿Qué anuncias a nuestra estancia
vegetal, animal y mineral?
¿Cuál será el hecho, para quiénes?
Los animales y las plantas
te miran como el hombre, como yo.
Todos estamos gravemente deslumbrados.
Y ya se raja el aire,
se dilata el azul, se expande el agua;
todo va persiguiéndote hacia arriba,
todo hacia ti,
resplandor grana de otro día,
errante herida inmensa,
otro fulgor, otro calor, otro valor
de otra esperanza.*

GRAFICAS VALERA

Libertad, 20 - MADRID
TELEFONO 21-58-65

MACKENZIE & C^o L^{TD}

VINOS Y CORACS

Jerez de la Frontera - Casas en Londres y Oporto

DRY FINO

PEDRO XIMENEZ 1852 - PAJARETE AÑEJO
MOSCATEL VIEJISIMO - BRANDY VERY OLD

MEDIUM DRY

AMONTILLADO SELECTO - PERLA FINA
MACHARNUDO - JEREZ QUINA

VERY FINE AMONTILLADO

REPRESENTANTE PARA MADRID Y SU PROVINCIA:

ALVAREZ
AGENTE COMERCIAL COLEGIADO

Nicasio Gallego, 15, 1.º - D

LA TREGUA

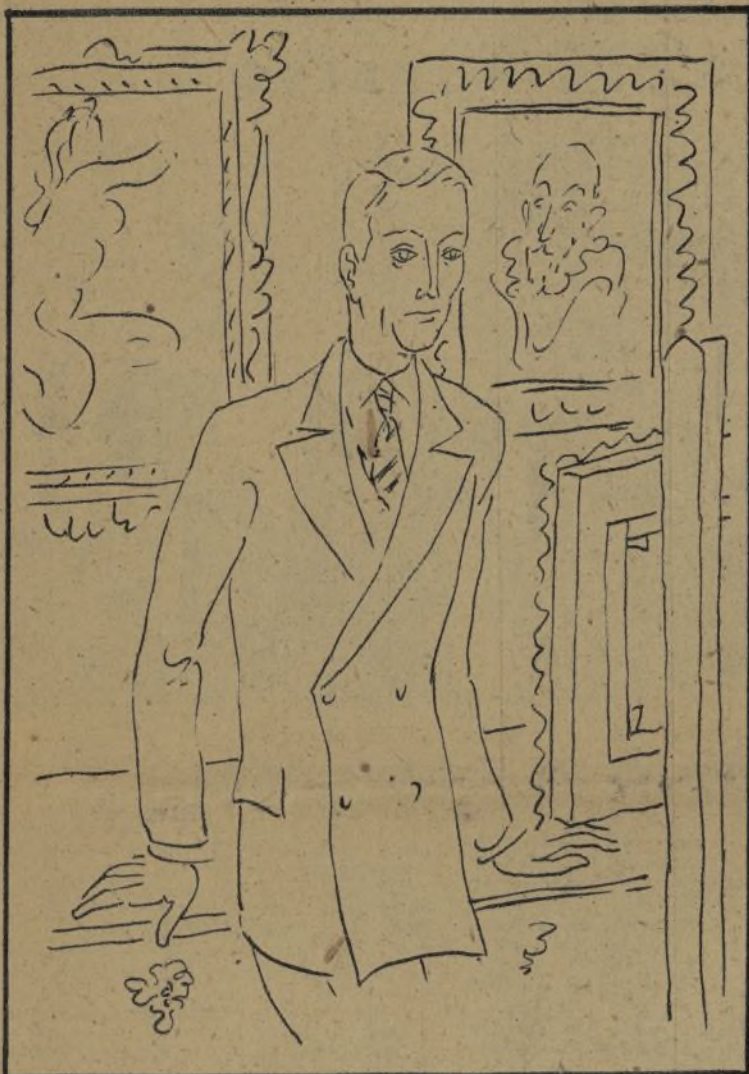
CUENTO, por AZORIN

—¿De qué hablan ustedes? ¿Qué tregua era esa? ¿Por qué se hacía la tregua en el comedor? ¿Querría usted explicarme ese enigma?

—Ningún enigma. En dos palabras se lo explicaré a usted. La cosa es muy entretenida. Digo, me parece a mí que es entretenida.

—¿No bastará ya con ese prólogo? ¿Se necesita que la introducción sea prolija?

—Comienzo mi cuento, que no es cuento, sino historia. Se hacía la tregua en el comedor, a la hora de comer, naturalmente. No es que estuvieran contrapuntados; más cordiales entre sí no podían estar. Fueron los tres buenos amigos míos; los estoy viendo todavía en el comedor, naturalmente, repito, a la hora de comer. Eran tres, como las tres hijas de Elena; pero



las tres hijas de Elena, ya sabe usted que "ninguna era buena". Y estos mis amigos no podían ser más buenos de lo que eran. Al grano: el padre era Pablo; la mujer era María; el hijo era Luis. Vivían espléndidamente; tenían convidados todos los días, o casi todos. Cuando no los tenían, la tregua de que hablo, o de que voy a hablar, no por eso, por estar solos, era menos densa. Claro que ese momento de respiro no podía ser tan sólido estando solos que acompañados. Y no crean ustedes que la mesa, como terreno de la tregua, había sido constituida con facilidad. Nada de eso; para llegar a lograr la tregua fué preciso establecer primero el medio en que el apaciguamiento tenía que producirse. Si hubo opiniones dispares, tuvieron que ser reducidas a la unanimidad: unanimidad en la cocina; es decir, en el ordinario que se comía, en los vinos que se bebían y en el servicio, con arreglo al cual había que comer. Digo esto del servicio porque ustedes saben que antaño hubo sus más y sus menos entre dos autoridades en el arte de comer, sobre cuál era el mejor sistema para servir una mesa. ¿El servicio "en postura"? Por no detenerme no les explico a ustedes qué es esto del servicio en "postura". Pasemos a otra cosa. Pero no he dicho que la concordia a que se llegó en eso del ordinario fué el aceptar la cocina francesa con interpolaciones de la española. Y aceptar los vinos franceses, algunos vinos, como el Borgoña y el Sauternes, dejando a salvo la hegemonía de los vinos andaluces. ¿Pues no hubiera faltado otra cosa! ¿Adónde se beberán vinos mejores que un Montilla, un Málaga, un Doña Mencía, un Jerez, un Sanlúcar, un Rota? Veo, lo sospecho, que estoy desvariando. Pero con desvarío y todo, quiero hacer justicia a los vinos espumosos de Reims. Esos vinos eran respetados, reverenciados, admirados—y, por supuesto, bebidos—en la mesa de mis amigos. Y vamos con lo esencial.

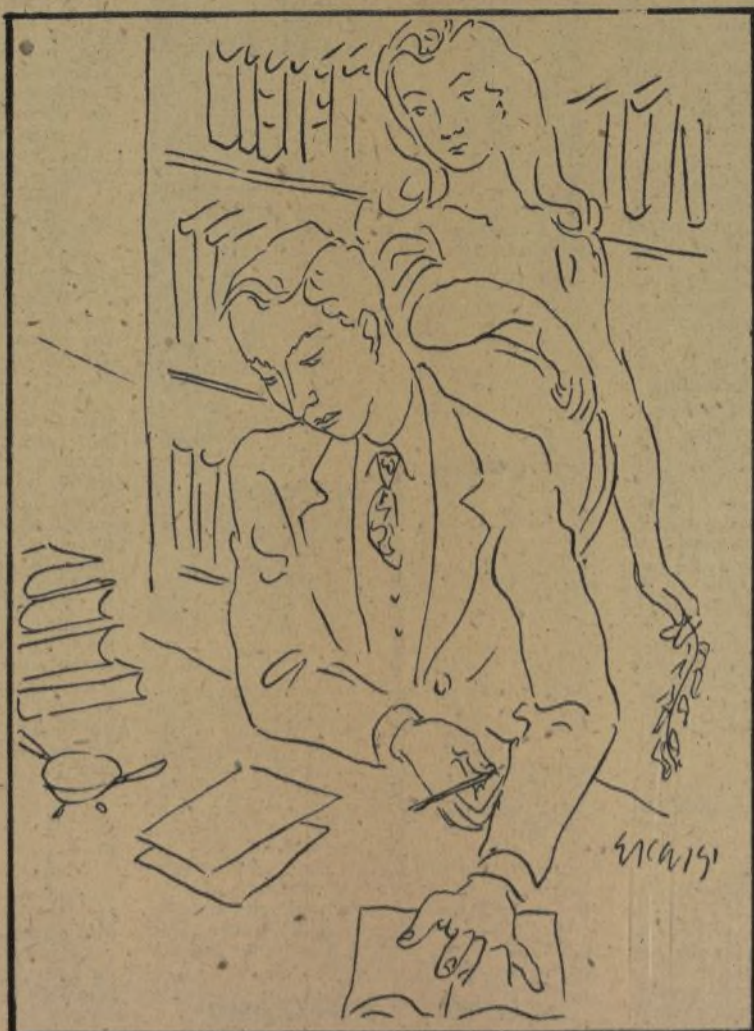
—Perdone usted un momento; no puedo por menos de interrumpirle. ¿Es que va usted a llevar la misma marcha sinuosa en todo su relato? ¿Y es que si usted va sesgando no podremos nosotros interrumpirle?

—Con perfecto derecho; pero si ustedes me interrumpen, interpretaré yo la interrupción como un voto de censura. Ya saben ustedes que yo tengo el achaque de ser algo parlamentario. Y continuó con mi cuento, que no es cuento. Lo malo es que no sé ya por dónde iba. Sí; acabo de recordarlo. Estaba ya constituido el terreno de la conciliación, quiero decir el de la tregua; la tregua cotidiana que se hacía en el comedor, con invitados o sin invitados. ¿Y por qué se hacía la tregua? Creo que lo he preguntado ya; pero tampoco de esto me acuerdo. No hay mal en ello; voy a lo que iba. Ya están sentados a la mesa Pablo, el marido; María, la mujer, y Luis, el hijo. Advierten los tres que su íntimo conflicto se ha anulado momentáneamente; es preciso producir este adverbio: momentáneamente. Con que la tregua sea la de un momento, el tiempo en que se come, ya con eso les basta a los tres. Y ahora sí que entro en un terreno delicado, arduo, difícilísimo. Imploro de

ustedes atención, más que atención, perdón, perdón por las faltas, las muchas faltas que puedo cometer.

—Sí, sí; demasiado pedir perdón. ¿Y por qué esa insistencia? ¿Tan dificultoso es el exponer el caso de esos tres amigos de usted?

—No ha leído usted alguna novela de carácter psicológico? ¿No está usted familiarizado con el sutil examen de las almas? Pues a un examen parecido voy yo. Y por lo raro del caso, suplico la lenidad de ustedes. No estaban emponzoñados uno contra otro mis amigos: Pablo, María y Luis. Tenía cada uno su conflicto interior, y era en la mesa donde, por unos momentos, los olvidaban. Y claro que luego, pasada la comida, pasada la sobremesa, volvían a ser atormentados por su íntima desesperación. No quisiera emplear esta palabra, demasiado recia, demasiado bronca; pongan ustedes otra más suave, más apacible, más dulce. Salvado este trance, continuó. Pablo había perdido todas sus ilusiones. Digo mal, le quedaba una. Había perdido la ilusión del poder político, la ilusión de la popularidad, la ilusión del dinero, a pesar de que gastaba el dinero, el mucho dinero que tenía. ¿Y cuál era la ilusión que le restaba? La representación plástica de las realidades que antes constituían sus ilusiones y que ahora ya no le decían nada. Las representaciones plásticas de las cosas del mundo nos la da la pintura. Tenía Pablo una soberbia colección de cuadros. Ninguna colección en Europa tan completa como la suya. Había comenzado Pablo su labor de coleccionista, sintiendo una admiración ecuaníme por todos los grandes pintores. No hacía distinción entre unos y otros; lo mismo le daba Rembrandt que Velázquez; Goya que Zurbarán. Pero, poco a poco, fué entusiasmándose con el Greco; era la época en que el Greco todavía no estaba, como se dice, "en pinganitos"; tal pintor era casi desconocido. Y cuando descubrimos algo que está oculto, que nadie conoce, es ley forzosa que demos una importancia desmesurada a lo que hemos descubierto. Quedamos en que el entusiasmo de Pablo por el Greco era ardiente, inenarrable. ¿Había de sostenerse este entusiasmo mucho tiempo, años y años? Existía en aquel tiempo, en todos los amantes de la pintura, en los profanos en el arte y en los que no son profanos, pasión por el Greco. No duró mucho tal tensión admirativa; forzosamente tenía que ir amenguando. Pero en el caso de Pablo, al cansancio se asoció el espíritu crítico de mi amigo. Comprendió que en el Greco había una desproporción entre el espíritu y la materia, con detrimento de las bellas formas de la materia. Y en este punto comenzó su conflicto íntimo. ¿Podía él abandonar, sin más ni más, su pasión de siempre? ¿Podía hacer traición al Greco? Pasaba, pensando en tal cosa, ratos amargos. Y, sin embargo, era preciso, ineludible, el llegar a una región de arte, a un pintor, en suma, en que encontrar un perfecto equilibrio entre los dos elementos humanos. ¿Sería ese pintor Tiziano? ¿Sería Velázquez? ¿Se resolvería Pablo a dar el paso decisivo, peligroso?



Digo peligroso, porque no sabía él—lo sospechaba—si una vez instalado en la pintura equilibrada de Tiziano, podría continuar en ella, o tendría que dar otro paso, llevado de su veleidad. Veleidad llamaba Pablo el hecho de sentir ahora una admiración por un pintor y sentir mañana otra admiración por otro pintor. "Y si estando en Tiziano—decía él—me voy un día a Rubens? ¿No encontraré en Rubens un desequilibrio tan enorme como en el Greco? ¿No es Rubens el pintor de la materia, con detrimento del espíritu? Y si me encuentro en Rubens, ¿no estaré tan desasosegado como ahora estoy con el Greco?" Y sus días y sus noches eran fatales. Y no había momento tranquilo para mi pobre amigo.

—¿Nada más? ¿Y ese todo el desgarrador conflicto? ¿Y quiere usted que creamos en la serenidad de su amigo? ¿Y los otros conflictos? ¿Y el de María? ¿Y el de Luis?

Ayuntamiento de Madrid

—No atropellemos el cuento, que no es cuento, sino historia. María era la mujer más bonita de su tiempo, sin ofender a nadie. María tenía una belleza sosegada, serena. Encantaba contemplar a María; pero el tiempo pasa; el tiempo va pasando; el tiempo no se detiene; el tiempo lo deshace todo; el tiempo acaba con todo. Y la belleza de María llegó a un momento crítico. Necesito palabras delicadas, muy delicadas, para exponer el caso. María estaba en el momento de mi cuento, que no es cuento, sino historia—no me cansaré de repetirlo—, en ese instante en que lo que ha permanecido incólume comienza a decaer; es un instante acaso imperceptible. No lo percibirán los indiferentes; sí que lo advierten, vaya si lo advierten, las rivales de las beldades. María se daba cuenta de esta situación suya; la contemplación no era ahora tan insis-



tente como antes; una mirada que se dirigía a María, no se detenía en su persona tanto como años atrás; si se la contemplaba en el paseo, en el teatro, en la calle, las miradas no la envolvían como en otros días. Antes, María tenía la vanagloria de presentar su hermosura desprovista de todo; quiero decir que no necesitaba para que plenamente la admiraran el señuelo de las joyas; nunca usaba joyas María. Siempre, en todas partes, su figura, por solo su figura, bastaba para la admiración unánime. Y ahora, en el trance de pasar de un estado a otro, necesitaba, ineludiblemente, el ornato delusorio de las joyas. ¿Y cómo, sin que sus amigas, sus queridas amigas, sus muy queridas amigas lo advirtieran, iba María a realizar la transformación? ¿No sería esto una humillación para ella? ¿No sorprendería de pronto una sonrisa irónica? ¿No tendría que soportar elogios a sus joyas, que serían sarcasmos? ¿Y de qué modo comenzar? ¿Con esta sortija de un grueso y claro diamante de tabla, engastado en oro coronario, que ella tenía en la mano?

—¿Y Luis? ¿Qué hacemos de Luis? ¿Cuál era el conflicto de Luis?

—Todo lo veremos. Digamos que los días y las noches de María eran amargos; no tenía, como le sucedía a Pablo, hora tranquila. Luis era poeta; todo su tiempo lo dedicaba a la poesía; claro que Luis era rico; o lo era su padre, que es lo mismo. No hay tenacidad como la de un poeta, cuando el poeta es tenaz. Y Luis lo era. No hay satisfacción como la de un poeta cuando el poeta es poeta, o sea cuando el poeta es descontentadizo. ¿Y cómo podría existir un poeta, poeta delicado, sin descontento? Descontento de sí, en primer término, y descontento de sus colegas. Luis estuvo dos años, tres años, cuatro años, preparando su libro. ¿Cómo había de ser su poesía? ¿Qué densidad o tenuidad había de tener? ¿Y las proporciones? ¿Y el contenido? ¿Con ideas o sin ideas? ¿Con realidad o sin realidad? Y cuando todo estuviera resuelto, ¿cuál habría de ser el título del libro? ¿Poesía, sencillamente, o poesías? La diferencia entre un título y otro es esencial. No es lo mismo poesía que poesías. 1840 fué el año de poesías: poesías de Zorrilla, poesías de Espronceda, poesías de Campoamor, poesías de Arolas. ¿Por qué no pusieron poesía? ¿Es que no eran poetas? Y si lo eran, si tenían conciencia de su valor, ¿qué inconveniente había en usar del vocábulo citado? Caviando en estas cosas no podía sosegar Luis. Y sólo en la mesa, en el terreno neutral y bienhechor de la mesa, encontraba por unos minutos apaciguamiento a su lucha interna.

—¿Nada más? Y se acabó el cuento, que sí que es cuento y no historia.

—Historia o cuento, el caso es que, pensando en el cuento o la historia, todos, cuál más cuál menos, podemos repetir la frase tradicional: "Defiéndame Dios de mí."

CRITICA

DE TEATRO

CONFERENCIAS

"ANTIGONA", EN EL ESPAÑOL
(REPRESENTACIONES DEL
TEATRO DE CAMARA)

La tragedia de Jean Anouilh se desenvuelve en tres planos: el individual, sobre las imperiosidades del propio carácter de los personajes—plano psicológico—; el político o social, la construcción que pone su mano pesada en el quehacer de ciertos hombres cuya vida consiste, precisamente, en ser protagonistas de la Historia—plano sociológico—; y el trascendente, el plano del Destino, en el que nos arrastra algo que es superior a nuestras inclinaciones, a nuestros deseos, a nuestra voluntad y a nuestro papel de agentes de la Historia.



ría y de la vida colectiva. Según se acentúa uno u otro plano, la tragedia se desliza hacia el drama de carácter, hacia el drama de ideas o hacia el género que se ha llamado siempre tragedia. Anouilh se ha movido con talento en las tres dimensiones aludidas, y unas y otras se condicionan completando la estructura dramática. Cuando Creonte quiere salvar a Antígona, es su carácter el que le impulsa; cuando la condena, es su misión histórica la que le arrastra. Pero es Antígona la que obra por una fuerza irresistible, por una necesidad que no entiende, que no puede entender, que no es inteligible. Si Creonte actuara bajo el impulso de sus pasiones, la tragedia se hubiera quedado en drama, drama que humanamente no hubiera excluido la esperanza, la esperanza de una solución feliz, la *sucia esperanza*, como dice la misma Antígona, oráculo esta vez. Si Antígona representara sólo la voz de la oposición política contra el tirano, Antígona no sería instrumento de la Necesidad, no sería instrumento de la Necesidad ciega, ciega, claro es, para nosotros. La tragedia contraría a la razón. Precisamente porque no acabamos de saber la razón última—y verdadera—de lo que hace Antígona, ni ella misma lo sabe a ciencia cierta, es por lo que nos conmueve profundamente.

El talento de Anouilh está en darnos una versión de los motivos clásicos de la tragedia antigua, salvando ágil e irónicamente los anacronismos, poniendo al día lo que en los griegos era intemporal, y no soslayando los tres planos esenciales de la tragedia, sin reducirla al drama personal ni convertirla en panfleto político.

Buena prueba también, de la que sale airosa, es la utilización de la ironía, sin que se debilita esencialmente la fuerza trágica. Y, sin embargo... Siempre hay

"PRELUDIO DE INVIERNO",
COMEDIA DE FELIPE SASSONE,
EN EL TEATRO LARA

INDUDABLEMENTE, el conflicto psicológico que trata de llevar a escena Sassone, tiene interés. Es un conflicto moral y ejemplar, también artísticamente. Una mujer honrada no puede contentarse con ser la amante de un hombre, y menos si éste es libre. La "caída" de una mujer puede tener explicación y aun disculpa; pero es a condición de que ella desee siempre legalizar su situación. Incluso en la vacilación y la lucha, esa mujer puede estar, a punto de encenagarse aún más su vida, atraída por un nuevo amor. Ahí estaba, a nuestro juicio, el acierto de la comedia. Pero lo que ya no nos satisface es ver apoyada la acción dramática en dos accidentes, tal vez no inverosímiles, pero que banalizan el conflicto artísticamente: el ataque de angina de pecho del protagonista y la visión telepática que, a última hora, provoca las confesiones de la antigua amante, ahora ya esposa legítima. La "necesidad" del drama se esfuma. Al dramaturgo se le escapó la auténtica acción dramática, que debió fundarse solamente en la misma lucha interior, en el combate dentro del alma de los personajes. Sassone ha introducido, además, un personaje simpático, amonestador y filosófico, reliquias del "coro" clásico que, a pesar de la encarnación acertadísima que le dió el señor Palou, no se soporta sin cansancio: es un caballero italiano-americano "trasplantado" a España, como le dice en la misma comedia, que habla durante dos horas una "lengua franca", medio italiana, medio española, con gotas de americanismos.

La comedia tiene, no obstante, dignidad, y la representación es cuidada. María Palou sigue siendo la gran actriz de siempre. Lástima que el señor Sassone haya acudido a "recursos" y no se haya mantenido firme en la pura línea del conflicto psicológico. Lástima que el teatro actual español sea, en general, tan realista que sus diálogos puedan confundirse con los que real y verdaderamente oímos en cualquier visita: El realismo se ha mordido la cola y nos invade una gran ansia de ficción. ¡Que la imaginación sea, algún día, con nosotros!

M. C.

MISTER ASHLEY DUKES, SOBRE
"EL TEATRO EN LA INGLATERRA
DE HOY"

AUNQUE sabemos que mister Dukes es hombre de teatro en todos sus aspectos—autor, empresario, adaptador y hasta suprerrepresentante—, lo cierto es que el lunes pasado nos dió mister Dukes en el Instituto Británico una conferencia con la menor teatralidad que pueda imaginarse. No sé si llegó a sacar dos veces las manos de los bolsillos. En ello mister Dukes se mostró muy pudoroso. Los ingleses han llegado a suprimir la retórica por educación. No quieren forzar a la persuasión a nadie. El que quiera picar, que pique. Pero esto que la retórica en la expresión es algo así como las maneras en el trato social y una buena retórica es como unas buenas maneras: suaviza la comunicación humana. Dicho esto, pasemos a la conferencia de mister Dukes. Antes de las dos grandes guerras europeas pudo existir en Inglaterra la comedia ideológica de Shaw o la alta comedia de Somerset Maugham. Hoy no sintonizan con el ritmo acelerado de la vida. Las condiciones nuevas piden nuevas situaciones y un nuevo sentido. La vida moderna se caracteriza por la inseguridad. Y por el azar. Nombres nuevos—J. Brady, Priestley, Williams—; pero uno se ha alzado con el cetro: S. T. Eliot. Gran poeta, gran ensayista, acude al teatro y acierta con el sentimiento de lo trágico, que el público esperaba. "Reunión familiar" es una tragedia expiatoria, una orejía moderna. "Asesinato en las catedrales", un gran drama político. Pero no es sólo este sentido antiguo de la tragedia lo que ha venido a remozar la escena inglesa, sino aspectos técnicos que tal vez parezcan insospechados. Estos son: el verso, el coro, la música de fondo, acompañando a los coros, y el ensanchamiento del escenario. El teatro vuelve hacia atrás. No puede luchar con el cine en cuanto a realizaciones en la pantalla, y entonces vuelve a corporeizar la escena, sacándola del escenario al semicírculo de los teatros griegos. Es como si la escultura se hubiera mantenido por largo tiempo en la técnica del bajorrelieve y, de pronto, descubriera el bulto. Creemos con esta imagen interpretar lo que mister Dukes dijo. Otras muchas cosas, todas interesantes, le oímos, siempre con su sonrisa bonachona, con su frase exacta, balbucida, y con sus manos en los bolsillos.

DE CINE

GRAN VIA: "EL ESPECTRO DE LA ROSA"

BEN banquete nos prometíamos con esta película; se habían dado cita muchos elementos para que pudiera realizarse la gran obra. Una pareja de magníficos bailarines, un guionista de justa reputación que, a la vez, tomaba a su cargo la labor directiva; el título tan evocador, el tema. Sobre todo el tema. Tantas veces hemos oído decir que el cine es ritmo y medida, simbolismo, expresividad y plástica en movimiento, cualidades, al mismo tiempo, tan esenciales a la danza, que nos las prometíamos de lo más felices. Por eso nos duele ver cómo no acaba de aprovecharse una oportunidad.

El guionista tenía presente, sin duda, un hecho de la vida real: la gran bailarina Nijinsky, que tuvo su acceso más espectacular durante una representación. Sin necesidad de buscar demasiado, tenía a su alcance toda la espléndida belleza de los bailes rusos. Nos hubiera hecho un gran regalo. Pero la un tanto morbosa imaginación de Ben Hecht se fijó preferentemente en el hecho de la locura y ha compuesto una película psicológica, con su corte de tribulaciones y angustias, dando lugar a la magnífica interpretación del baile de un loco, realizada de manera magnífica por Ivan Krov. Tanto él como su compañera, Viola Essen, independientemente de su profesión de bailarines, salen adelante, de forma discreta, con su cometido de actores.

Merece destacarse la labor de la actriz Judith Anderson, a través de la cual se consigue captar el ambiente de las academias de bailes clásicos y las luchas y sueños de los artistas. Y lo mejor, sin duda, es la labor de la cámara: el perfecto acoplamiento del estilo fotográfico, con los momentos dramáticos, a los que sirve, realizando encuadramientos y composiciones que parecen hechos por el mejor pintor.

COLISEUM: "LA ESCALERA DE CARACOL"

NO cabe más malévola confabulación contra el espectador que la que se da en estas películas terroríficas. Todos a una contra nuestros pobres nervios. Se sienta usted en la butaca con la mejor buena fe y empieza a ver desfilan por la pantalla nombres conocidos: el director Robert Siodmak, la deliciosa Dorothy Mc Guire, George Brent, Ethel Barrymore... Todos son amigos nuestros; los conocemos más que a nuestro vecino del primero; los queremos más; que estaríamos dispuestos a hacerles cualquier favor, porque, al fin y al cabo, les estamos agradecidos.

Aparecen los primeros fotogramas. ¡Qué bonitos! Representan una sala de proyección de principios de siglo. El operador, con su aparato entre los espectadores, da vueltas en la sombra a la manivela; los vestidos de las artistas son preciosos. Indudablemente, todo esto es una delicia. Pero, de pronto, suena un grito, un primer plano de unas manos crispadas debatiéndose entre un abanico de vestidos; carreras, alarma; una linda muchacha, asesinada. Se acabó la tranquilidad. A de-

batirse durante setenta y cinco minutos entre los brazos de la butaca como entre las paredes del pasillo de un barco azotado por la marejada.

Pero una película que vimos en el Coliseum tiene, dentro del género, las



mejores cualidades. Dondequiera que ponga las manos el director Robert Siodmak será para darle siempre categoría artística y presentar de forma bella el sujeto más truculento. Así en esta película, en que las escenas son resacas con agilidad; la sorpresa y el misterio, aprovechados de la mejor manera, y la cámara, movida con verdadera maestría. Y, al final, cómo no, resulta ser el asesino aquel sobre el que menos sospechas recaían, y, naturalmente, se salva la protagonista, porque, ¿cómo iba a ser posible que muriera asesinada aquella muchacha muda, encarnada por Dorothy Mc Guire, de una forma tan sencilla, tan encantadora y tan poética?

CAPITOL: "EL FALSARIO"

CUANDO la Patria está en peligro; cuando los ideales que nos son más queridos están a punto de arrancarse de las manos, son convocados todos los hombres de buena voluntad, y, naturalmente, que a la última guerra mundial no podía faltar Julien Duvivier, el director que en ningún momento se ha olvidado de su condición de francés y de hombre de espíritu. Por eso, no es de extrañar, sino todo lo contrario, que Duvivier realice una película de propaganda. Y como cada cual contribuye con lo que puede, él lo ha hecho, en su doble calidad de guionista y director, con la mayor corrección y la más limpia factura artística.

Esta que nos ocupa es una película de

Todo, sí, pero no demasiado. Porque el primer deber para con el público consiste en no exagerar el papel de la propia función: hay que adecuarse a él. Esta es aún la página en blanco de la crítica de nuestra revista. Sólo es preciso decir que este umbral no lo traspasará sino aquel que nos honre con su presencia. El criticado será no sólo aquel que lo merezca, sino, ante todo, el que nos haga merecer. Nosotros no dispensamos, ni denegamos, el derecho de asilo. Pues hacer crítica es un honor. Un alto honor al que quisiéramos responder. Interpretamos, no procesamos. Quizá tan sólo sea preciso advertir que, por ser entusiasta y humilde, no cedemos nuestro puesto. No arrendaremos el honor de la crítica frente al estraperlista de vanidades. No conoceremos, ni desconoceremos, al amigo ni al enemigo. Criticar es potenciar la obra querida. Sumar el esfuerzo interpretativo al de creación. Nadie busque en estas páginas estimaciones ni detracciones personales. Nuestra crítica será tan sólo "descriptiva" del valor de la obra. Y no diremos, pues, que ella nos gusta o nos disgusta. Diremos: así es. Y pensaremos, a veces, así sea.

propaganda y de guerra, pero desarrollada a través de la actuación de un sin patria. El protagonista es un productor de los bajos fondos, que al comenzar la acción va a ser guillotinado por haber asesinado a un hombre. Cuando está en el patio de las ejecuciones, el bombardeo de la cárcel por los enemigos de la nación donde él nació lo pone en libertad al destruir el edificio y matar a sus guardias. Y ya tenemos a nuestro héroe mezclado con un pueblo en derrota, que no renuncia a defenderse, y suplantando a un sargento de historia heroica, cuya documentación ha robado al caer muerto a su lado.

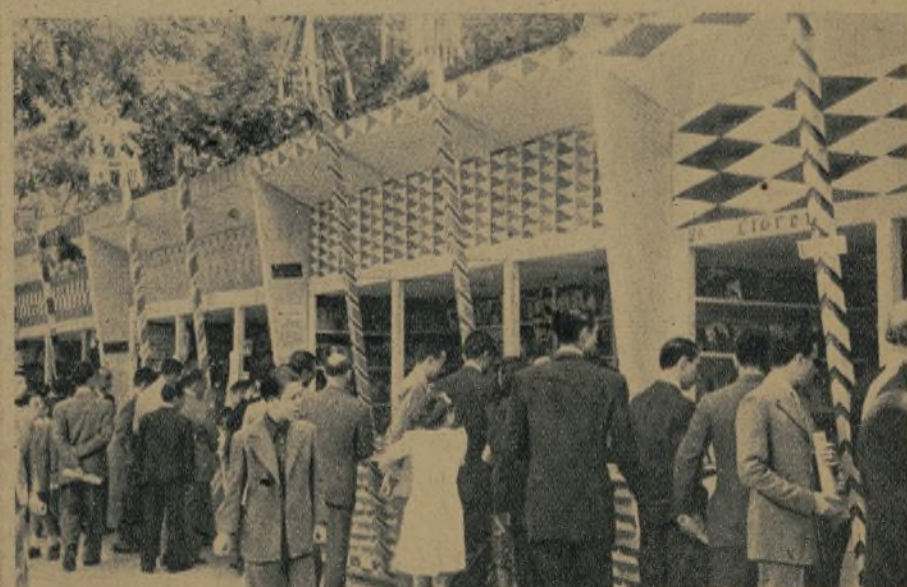
Todo esto en pocos minutos de proyección. No dirán ustedes que es un mal comienzo. Y lo que tan bien comienza, bien continúa. Duvivier ha matizado, en gradación insensible, la incorporación de este hombre a la camaradería, a la co-

munidad, hasta que termina siendo realmente el héroe que siempre fingió.

La personificación de este personaje por Jean Gabin es todo lo sobrio y expresivo que era de esperar en el intérprete de "La bandera".

Queda, por tanto, cumplida, y de manera digna, la misión encomendada a esta clase de películas: la exposición de una tesis útil a la propaganda. Lástima que en algunos momentos no se renuncie a emplear los trucos de la propaganda genérica, como el animado del héroe y aquel brindis en que se nombra a todos sin olvidar a nadie: a los aliados, a los amigos y simpatizantes. Será, quizá, por aquello de que el cine es arte para masas, y las masas necesitan el cucharón de Cartuja.

DEL PUBLICO



EN LA FERIA DEL LIBRO

PUBLICO pueblo, de verdad, muy distinto al habitual de librería. Comprando su libro del año. A la entrada, un andaluz insta a sus amigos: —Vano payá. Esto parece una feria de verdad. A lo mejor, compro un libro en un cajonito d'eso.

Un inglés susurra con aire compungido: —A mí me gusta mucho la entrada. Pero no me atrevo a decirlo. Porque mis amigos se ríen de mí.

La gente joven: —Si esto es "Enrique V".

La menos joven recuerda otros años, cuando la personalidad y el abigarramiento dictaban el estilo de cada caseta y de la feria toda. Pero esto es de milonias. El público de verdad está encantado con el señuelo de los colorines y los yelmos de Mambrino. Muchas topolinitas, vaciando ante la última novela traducida del inglés:

—¿Será tan buena como la película?

La dependienta—que no ha visto la película—, impávida y comercial: —Mucho mejor. La película no es buena del todo.

Y las topolinitas compran. Carmina, la librería más guapa y más inteligente de la feria, explica:

—Menos mal que cada año se vende menos novela rosa. En cambio, ahora a las chicas les da por las cosas fuertes. De un extremo a otro. Influencia del cine.

Pero todavía quedan románticos, idealistas. Ofoñales que compran los "Para ser bella", "Para adelgazar". Niñas de catorce y cincuenta años que siguen leyendo novela rosa. Y, los más conmovedores, los soldados comprando libros de máximas y consejos de amor. Luego, las chachas, que piden librillos de versos, también de amor.

En las casetas de literatura, la clientela es femenina. En las de libros "serios"—política, filosofía, arte, ciencia—, hombres. Muchos seducidos señores vacilan ante ellas para luego dirigirse a otras más dedicadas a las amabilidades y escoger allí, con aire furtivo y avergonzado, un Wodehouse y una novela pollicia. Se lee en muchos casos para olvidar. En casi todos, para olvidarse de sí mismo.

Una señorita de edad incierta exige: —Si las obras completas de Oscar Wilde. Pero las quiero encuadradas en color corinto.

Ni una sola monja en la feria. En cambio, muchos curas e innumerables frailes; todos bonitos compradores de lo que pudiéramos llamar "libros serios".

La nota más graciosa la dan los niños, ya tiranizando a sus padres. Una intelectual de once años, gafitas y coletas, interpele en una caseta "científica": —¿Tiene usted las obras de Salgari?

Qué mirada despectiva ante el "no" del librero!

Un hombreito de ocho años explica a su pandilla, hojeando un manual de Sericultura:

—Esto son los huecos. Yo también tengo gusanos de seda!

¿Qué pena da que los libreros, adustos, denieguen catálogos a estos precoces lectores! Algún les responde adustamente: —Esto es sólo para público femenino.

Los niños retroceden; pero una damita de ocho años responde, sonriente y decidida: —También. Yo también soy femenina.

Lo dice con tal gentileza que nadie lo duda; ni siquiera el taciturno vendedor, que ya la atiende en su petición.

Otra nota cómica, que no graciosa: los autores vigilando con el raballo del ojo sus producciones. Y quejándose luego de que se vendan tan poco libro español y tanto extranjero. ¿Tienen razón en sus lamentaciones?

Les contesta el público más verdadero, el de los lectores estudiantes. Indignados en cualquier caseta. Y justamente: —Todos los años sucede lo mismo. No hacen rebaja en los libros de texto. ¿Por qué no?

—Buena; calla... Nos llevaremos éste, y éste... y aquél...

Los índices juveniles señalan, codiciosos y emocionados, obras de Ortega y Gasset, de Marañón, de Unamuno, en una edición barata, pero irreproachable.

Preguntando aquí y allí, sabemos que este año, como todos, el libro más vendido es el "Quijote". Y no podemos menos de hacer constar, en honor del público de la feria, que compra con mayor criterio selectivo que años atrás.

EN UN TEATRO DE BARRIO

EN el Infanta Beatriz, la tercera parte del público está constituido por señoras de edad provecta. Llegan alegres, charlatanas, peripuestas, con estupendas joyas, buenas pieles, regulares trajes y peores cuerpos. Y dan aire de pensionado al patio de butacas. Harto familiar ya, gracias a estos autores que hablan a gritos, pues consideran todo teatro como su propia casa.

A quien se espera a la Zúffoli, que en cuanto sale es flechada por implacables gemelos femeninos, calculando maquillaje y edad. En una platea, una señora grita: ha llegado tarde por estar con el señor X. X. Apenas si nos deja entender cómo un actor, no muy alto, moreno, de pelo rizado y obscuro, y nariz puntiaguda, tipo muy meridional, se proclama noruego. Las deportistas del escenario afirman de él que parece hijo de un rey escandinavo. El público murmura incrédulamente. (A los cinco minutos de decir esto, comisiones de todos los países escandinavos presencian en el teatro su reclamación diplomática, respetuosa, pero firme.)

Hay un lio de hermanas y viudas. Un señor intenta explicar el argumento a su mujer, que le mira con aire desconfiado. Se grita la palabra odio, y el público, con sagacidad celibera, traduce amor. Cómplice, por padrino de boda, hace también mucha gracia. Pero las damas de honor, con sus trajes extraños, arrastran tras sí aún más regocijo. El resto de las careadas, a cuenta del amor varonil.

Cuando Eva se siente vindicada, un caballero feminista exclama detrás de mí: "¡Muy bien!" Me vuelvo. ¡Qué lástima!, es feo y viejito.

Ya en el tercer acto, una "joven" con bisofé, que está muy enterada, explica a todo su sector: "Esto es una tragedia. Ella se casó con él por venganza a la primera mujer, su hermana. Y él la mata a ella..." Bueno, así es tragedia. Si la víctima fuera él, sería rutina. Lo dice un señor lúgubre, que está a mi lado y habla solo.

La juventud femenina se ríe ya menos del amor; es decir, de los galanes que no son, precisamente, Charles Boyer y Tironne Power. Una matrona dice ante la actitud esquiva y rencorosa de Elisabeth, la Zúffoli: "Debe matarlo. Ningún hombre aguanta eso." El señor lúgubre comenta: "Todas deben casarse por venganza. Pero mi segunda mujer no cono-

(Continúa en la pág. 14.)

VIDA ESPAÑOLA
REDACCION Y ADMINISTRACION:
Marqués de Urquijo, 16
MADRID

ALEMANIA Y LA ECONOMIA DE EUROPA

VIVIMOS en estos momentos bajo la espada de Damocles. Existe una amenaza constante a cualquier intento de reconstrucción de la economía europea. Y, sin embargo, toda posibilidad de volver a algo que se parezca a unas relaciones internacionales normales ha de basarse forzosamente en el reconocimiento de este hecho: que sin una Europa económicamente equilibrada, no es posible la paz. ¿No se ha dicho muchas veces que la paz es indivisible? Pues entonces, ¿por qué no se procede en consecuencia? ¿Cómo es posible que subsista la paradoja de que sean los propios países vencedores quienes tengan que detraer de sus abastecimientos las cantidades necesarias para alimentar a la familia población alemana? ¿No se ha dicho y repetido hasta la saciedad que Alemania debía bastarse a sí misma? ¿Y no es ya un hecho olvidado, de puro sabido, que sin una economía alemana saneada no es posible pensar en la reconstrucción de Europa?

Se están pagando ahora las consecuencias de haber carecido oportunamente de una política común sobre Alemania. Desde el momento en que se consideró imprescindible la rendición incondicional (¡qué clarividente fue "The Observer" cuando en un agudo editorial señaló la falta de sentido de esta política, sólo concebible en una guerra civil, en que se pretende la anexión del territorio del vencido!), era patente que los aliados cargaban sobre sí la responsabilidad de admitir, como criterio entre ellos, cosa a todas luces imposible de lograr, al menos unos organismos representativos de las potencias ocupantes que hubiesen administrado conjuntamente las diversas zonas, sometiendo sus divergencias a un organismo coordinador de carácter central. Pero, en lugar de una solución de carácter racional, se consolidaron contractualmente los resultados de la ocupación militar. Y así, como sucedió, una potencia había ocupado las zonas de mayor riqueza agrícola, elevando este hecho consumado al rango de principio rector de la administración económica de Alemania, equivalía a situar desventajosamente a las potencias encargadas de las zonas más pobres.

Que Gran Bretaña y Francia tengan que soportar la carga de abastecer a sus respectivas zonas de ocupación en Alemania cuando se hallan ellas mismas en una situación económica precaria, es una triste ironía. Mayor, si cabe, que la que se dio en la guerra anterior cuando fueron los propios aliados quienes subvencionaron la exportación alemana en el intento, carente de viabilidad, de hacer efectivas unas reparaciones, acerca de cuya capacidad de pago hubo no pocas discusiones bizantinas. Con todo, no es este el más grave de los problemas que plantea la persistencia de la división de Alemania en zonas de influencia. El imperio de la necesidad ha llevado ya a las dos grandes potencias anglosajonas a unificar la administración económica de sus respectivas zonas. No es improbable que, más pronto o más tarde, Francia siga su ejemplo; aunque, en este caso, la resistencia a cualquier género de unificación alemana es muy grande, cosa lógica en un país que ha sufrido en setenta años tres agresiones teutonas. A la larga, sólo quedarán frente a frente anglosajones y rusos. Cabe el optimismo acerca de la posibilidad de que uno y otro grupo puedan solucionar sus respectivos problemas económicos, aunque, en todo caso, lo harán con un coste mayor que si Alemania estuviera unida. Podemos, incluso, admitir—y ya es sentirse optimista—que un intercambio comercial entre las dos zonas atenúe los efectos de la división. Pero el fabuloso efecto disociador que ejercerá la radical divergencia de sistemas económicos es tremendo. Si las zonas industriales hubieran caído en su totalidad en manos de los rusos, la colectivización de Alemania sería inevitable. Afortunadamente, la mayor parte de la población sometida al mando ruso es predominantemente agrícola y opondrá una resistencia considerable a los métodos de explotación colectivista, salvo, quizás, en Pomerania y en Prusia Oriental, países que tradicionalmente fueron siempre latifundistas. Paradójicamente, será la "zona soviética" la que opondrá mayor resistencia a la colectivización.

¿Y la zona occidental? ¿Asimilará la lección de capitalismo industrial y democracia política que, a modo de revulsivo, pretenden administrar los anglosajones? ¿O serán sus masas proletarias presa fácil de radicalismo que parece ser norma del pueblo alemán? Además, ¿cuál será el destino de la industria renostallana? ¿Van los anglosajones, Gran Bretaña sobre todo, a permitirle que compita con ellos? Y, en otro caso, ¿qué posibilidades de vida tiene esta zona?

Existen indicios más que suficientes para pensar que las llamadas libertades democráticas no ejercen sobre el pueblo alemán el poderoso efecto terapéutico que les atribuyen los anglosajones. Desde el punto de vista económico, sólo una ostensible mejora del tenor de vida de la Alemania occidental podría abrir camino a la democracia. Pero aunque se superen las dificultades de abastecimiento de alimentos y materias primas, que actualmente sufre Alemania, subsistirá el problema de dar una orientación a su industria. Y, aparte el problema comercial que supone la colocación de sus productos en un mercado europeo desorganizado, habrá que resolver sobre la calidad y volumen de la producción, máxime cuando una de las preocupaciones que atosigan a los vencedores es la de impedir que la industria alemana pueda ser la base de otra guerra.

Es imposible desconocer la trascendencia que tiene la necesidad de una política de esta naturaleza. Su prosecución obliga a mantener un equipo de técnicos y funcionarios encargados de poner en práctica un cierto plan. Pero la existencia de este resulta inconcebible sin un acuerdo previo entre los grupos internacionales que dominan los mercados de los productos que tradicionalmente produce la industria alemana. La veracidad de este aserto ha hecho de él una de las armas favoritas de la propaganda soviética, maestra en tales menesteres. Todas las dificultades que experimenten los alemanes de la zona de ocupación angloamericana se atribuirán a los "truques" capitalistas. El argumento contra la libertad individual recibirá de este modo un refuerzo inapreciable. Y las consecuencias serán cualquier cosa menos gratas.

Pero aun hay otro hecho de mayor significación. Presentándose ante el pueblo alemán como los campeones de su unificación, los rusos pretenden atizar el resaca del nacionalismo; en favor propio, naturalmente. Un nacionalismo-colectivista que, si no fuera porque las palabras han perdido ya su significado originario al ponerse al servicio de la propaganda política, habría que calificar de lo que realmente es: de fascismo. Algo ejerce singular atractivo para la mentalidad germana. En definitiva, al amparo de una ley que podría enunciarse así: la influencia ideológica de los Soviets se halla en razón directa de la distancia de Rusia a que se hallan los pueblos sobre los cuales se ejerce, resultaría la zona occidental de Alemania campo más propicio al bolchevismo que la oriental.

De no mediar una circunstancia: la infinita tosquead de que está dando pruebas la política soviética en estos últimos tiempos, que puede hacer de la separación en dos zonas de Alemania un hecho de tal duración que modifique substancialmente la economía alemana. Y otra: la dificultad que existe para que un país ocupado no tenga un conocimiento más o menos exacto de lo que sucede en sus diversas partes. Y puestos a comparar ventajas e inconvenientes, no ofrece duda de qué lado ha de inclinarse la balanza de la opinión alemana.

INFLACION

Lo más difícil en cuestiones económicas es saber a ciencia cierta lo que se esconde detrás de un concepto. Sin duda, por falta de tradición, la lengua española, tan apta para expresar los matices de cualquier idea, carece de vocablos que reflejen adecuadamente los fenómenos de la vida económica. De aquí que se vea obligada a recurrir constantemente al léxico extranjero, incorporando términos que si desde el punto de vista lingüístico resultan inadmisibles, desde el técnico son, cuando menos, imprecisos.

Un buen ejemplo de ello lo tenemos en una palabra, de la que se ha usado—y abusado—sin tino: inflación. ¿Qué quiere decir inflación? ¿Tiene este término un sentido unívoco?

La interpretación más simplista es la que propende a considerar que existe inflación cuando los precios se hallan situados a un nivel muy elevado. Pero basta meditar un momento para darse cuenta de que si aceptamos este punto de vista, necesitamos precisar inmediatamente cuál es el nivel de precios por encima del cual debe considerarse que existe inflación. Con ello no hacemos sino crear un nuevo problema.

Por otra parte, la elevación de precios nada nos dice por sí sola si no conocemos la causa a que obedece. Un hecho de experiencia, elevado a la categoría de ley por los teorizantes de la Economía, es el de que la escasez de las mercancías en el mercado provoca la elevación de precios, supuesto que la demanda de las mismas no disminuya, o, inversamente, que un aumento de la demanda de mercancías, supuesta una situación satisfactoria de abastecimiento del mercado, tiende a elevar el precio de éstas.

Por consiguiente, si queremos saber en qué consiste la inflación, tendremos que averiguar, en primer término, cuáles son las causas que determinan la elevación de los precios. Habrá que examinar si éstas son de naturaleza real, esto es, consecuencia de la abundancia o escasez de mercancías, o si obedecen a factores de otra índole.

Podemos plantearnos el problema de otra forma y considerar que existe inflación cuando el alza de los precios se debe a un aumento excesivo de la cantidad de dinero en circulación. Esta es, sin duda, la interpretación más generalizada de la palabra y la que parece satisfacer al hombre de la calle, que se inclina a considerar exclusivamente como dinero al que es creación del Estado.

Por desgracia, tal interpretación tampoco es suficiente. En materia económica, el Estado no es omnipotente. Aun el más lego sabe hoy perfectamente que el dinero circulante constituye una parte tan sólo de los medios de pago a disposición de una comunidad nacional. A su lado es preciso considerar el crédito. Basta la anotación en un libro de contabilidad o la cancelación de un asiento, para crear o saldar una deuda. Y cuanto más progresiva es una comunidad, mayor es el uso que hace de los documentos de giro para realizar sus transacciones.

Al lado del dinero, propiamente dicho, esto es, del que crea el Estado, es preciso tomar en consideración el dinero bancario, el dinero-crédito, por excelencia. Entre uno y otro existe una relación muy estrecha. En términos generales, puede afirmarse que la posibilidad de creación de dinero depende, en último término, de la política del Estado, bien la realice éste directamente, bien el Banco central,

VIDA ECONOMICA

LA ECONOMIA RUMANA

CUARENTA Y DOS MIL MILLONES DE LEIS EMITE DIARIAMENTE EL BANCO NACIONAL

VIENA.—Rumania está pasando en la actualidad por una crisis inflacionista que está llegando rápidamente al grado de gravedad de la que experimentó Hungría en la primavera y principios del verano pasado. El valor del lei cambia cada día—siempre hacia abajo—. Los precios en las tiendas varían, igualmente, cada día—siempre hacia arriba.

Cuando usted pregunta por el precio de la cosa más insignificante y de producción nacional, lo primero que hace el dependiente es sacar una lista de precios internacionales, calcula el precio de acuerdo con la cotización que el dólar ha alcanzado ese día y os dice el importe reducido a leis. Los resultados son siempre astronómicos.

Incluso el tipo de cambio fijado para los empleados de la Misión Británica, que siempre se arrastra penosamente por debajo de la cotización real, ha dado un salto tremendo. A finales de enero era de 310.000 leis por libra esterlina. En la primera semana de febrero ascendió a 420.000 leis por libra, y al final de la semana siguiente saltó hasta los 500.000 leis.

AÑOS DE SEQUIA

Por entonces vi a un cliente de un gran hotel de Bucarest entregar al barman un billete de cinco dólares y recibir, en cambio, 1.600.000 leis. Esto ponía los cinco dólares a una equivalencia de más de tres libras esterlinas al cambio oficial fijado por la Misión Británica.

Dos años de sequía han reducido grandemente los ingresos del Gobierno en este país predominantemente agrícola. Huy que añadir a esto el hecho de que las mayores industrias, las explotaciones forestales y los pozos de petróleo, que antiguamente estaban en poder de manos extranjeras, pero que pagaban enormes impuestos al Gobierno, han pasado ahora a poder de Rusia a título de reparaciones, o han sido vendidos a Rusia a precios calculados al tipo de cambio de 1938, por debajo, incluso, del valor de su rendimiento anual al cambio presente.

Esto significa la caída vertical de las rentas del Gobierno en el preciso momento en que necesita de todos sus recursos para financiar la reconstrucción del país y proveer de alimentos a la hambrienta población de Moldavia.

SE IMPRIMEN MILLONES DE BILLETES DIARIAMENTE

El resultado de esta caída vertical de los ingresos en el momento en que los

gastos aumentan sin cesar, ha sido obligar al Gobierno a recurrir a la imprenta para financiar sus actividades. A principios de año el Banco Nacional, que actualmente está en manos del Gobierno, ha emitido una cantidad aproximada de 36.000.000.000 de leis diarios. Aunque desde entonces no se han publicado cifras, se calcula que la imprenta nacional está emitiendo diariamente unos 42.000.000.000 de leis.

Las tiendas de Bucarest aparecen abundantemente surtidas de artículos de lujo, a unos precios muy por encima de los que puede pagar el ciudadano corriente. También se ve gran cantidad de manzanas, peras y uvas, procedentes de la cosecha del otoño pasado. Se venden a unos precios que, al tipo actual de cambio, no parecen excesivos, comparados con los que alcanzan en Londres, por ejemplo, pero que son inabundables para los rumanos, cuyos ingresos no aumentan diariamente, de acuerdo con el cambio del lei, y que están acostumbrados a adquirir estos géneros a precios bajísimos.

TIPOS DE PRECIOS

Lo que deben pensar los rumanos de los actuales precios puede juzgarse echando una ojeada a la siguiente tarifa de pre-

Asúcar: 120.000 a 150.000 leis por kilogramo.

Harina: 50.000 leis por kilogramo.

Leche: 12.000 leis por litro.

Huevos: 8.000 leis por pieza.

Queso: 80.000 leis por kilogramo.

Puede apreciarse, de acuerdo con esta lista, que un maestro de escuela en Iasi, por ejemplo, que gana 200.000 leis mensuales, para mantener una familia puede comprar cuatro kilos de pan más inferior, un kilo de queso y cinco repollos durante todo el mes. Y esto si no destina nada para alquileres, vestidos, calefacción, etc.

UN PLAN PRECONCEBIDO

Algunos de los jefes de la oposición, y especialmente los del partido liberal, dirigido por el veterano banquero y político Constantino Bratiano, pretenden que esta inflación forma parte de un programa cuidadosamente estudiado por el Gobierno que lleva a la ruina total la vida económica rumana, a fin de apoderarse, en su día, de las riquezas del país a precios de saldo, e incluso sin la menor indemnización.

Los mismos jefes de la oposición opi-

"El político, en su profesión, está acostumbrado a concentrar toda su atención en el poder, y, en consecuencia, para él es una idea muy natural la de que puede alcanzarse todo, en el campo económico, si se dispone del suficiente poder político. De hecho, los políticos llegan a creer que, por el simple ejercicio de su poder, son capaces de prohibir que ocurran las consecuencias lógicas de sus propias medidas. Esta evaluación del poder es, por supuesto, del todo anticientífica."

(Gustavo Cassel: "Pensamientos fundamentales en la economía". Ediciones "Fondo de Cultura Económica", México, pág. 17.)

cios de comestibles en la ciudad de Iasi, donde los precios son más bajos y más estables que en Bucarest. Para hacerse cargo de lo que significan estos precios, debemos recordar que el promedio de los salarios de un empleado corriente varía entre 150.000 y 200.000 leis mensuales.

Pan: Varía, violentamente, de 20.000 a 30.000 leis por kilogramo.

Madera: (El combustible más corriente) 800.000 leis la tonelada.

Alubias: 40.000 leis por kilogramo.

Zanahorias: 36.000 leis por kilogramo.

Carne: 20.000 a 40.000 leis por kilogramo. (Es relativamente barata, porque a causa de la sequía hay que matar mucho ganado por falta de pastos y forrajes.)

Patatas: 12.000 leis por kilogramo.

Coles: 8.000 leis por pieza.

Cebollas: 30.000 leis por kilogramo.

Manzanas: 30.000 leis por kilogramo.

Hubert HARRISON

LIBROS NEW PHILOSOPHY of PUBLIC DEBT

Harold G. Moulton: *La nueva concepción de la Deuda pública*. Madrid. "Revista de Occidente". 1947.

La peculiar situación de la economía norteamericana—esa inmensa capacidad productiva que hizo de ella el arsenal de las democracias durante la pasada contienda—cargó sobre la Hacienda pública de los Estados Unidos la responsabilidad de atender a gastos ingentes, incluso para un país que no se asusta de cifras que en otras partes se consideran astronómicas. De aquí que la Deuda pública fuese aumentando paulatinamente sin que la severa limitación impuesta a los precios y a los salarios, unida a la acción fiscal sobre los beneficios extraordinarios pudiese evitar lo inevitable en una Hacienda de guerra: el desequilibrio presupuestario. En tales circunstancias, existía un clima muy apropiado para que prosperasen las discusiones sobre el problema que tal desequilibrio representa.

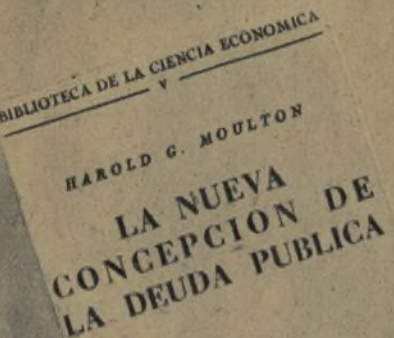
por colaboración suya. Pero no cabe duda de que la política de creación de crédito de la Banca es un factor muy importante en el abastecimiento de medios de pago al mercado nacional. En la determinación de la cantidad de dinero necesaria habrá, pues, que contar, no sólo con las decisiones de los receptores de la cosa pública, sino también con las de quienes dirigen la Banca. Precisamente la necesidad de establecer una estricta coordinación entre las decisiones del Poder público y las de la Banca, ha sido la razón más poderosa del auge actual de las nacionalizaciones bancarias.

Pero cualquiera que sea la relación existente entre el Estado y la Banca; hállese ésta sujeta directamente a la regulación estatal, o bien el Estado influya sobre ella empleando métodos indirectos, tales como la modificación del tipo de interés, lo cierto es que el problema fundamental subsiste. ¿Cuál es la cantidad de dinero y de crédito que la colectividad precisa? ¿Ha de ser dicha cantidad constante o debe experimentar modificaciones según las fluctuaciones de la vida económica? ¿Con arreglo a qué criterio sabremos en cada momento si el volumen de la circulación monetaria y del crédito disponible es o no el adecuado?

Por otra parte, los pueblos no son hoy ni han sido casi nunca entidades económicas aisladas. El tráfico internacional, al crear relaciones de índole económica, ejerce influencias sobre las disponibilidades monetarias de cada país y, muchas de estas influencias escapan a la acción estatal, por ejercerse fuera de las fronteras. Aparece así el problema de las intervenciones en el mercado de los cambios extranjeros. Pero la importancia de estas cuestiones exige que apicemos su consideración hasta otro número.

Antonio BALLESTER

Ayuntamiento de Madrid



ECONOMIA ESPAÑOLA

Sería nuestro deseo hacer de esta sección una ventana abierta a la realidad económica de España. Procuraremos, dentro de las exigencias de cierre, y a riesgo de parecer anticuados, que aquellos hechos de positiva importancia para nuestra economía no pasen inadvertidos al lector.

La coyuntura al alza, que durante los últimos tiempos ha constituido la tónica de la economía española, empieza a mostrar signos, si bien débiles todavía, de un cambio de tendencia. La época de los negocios fáciles se esfuma rápidamente. No podemos sentirlo demasiado. La existencia de tales negocios presentaba una contrapartida tan claramente desventajosa para nuestra economía, que tal hecho, de confirmarse, supondría un claro índice de recuperación.

Era natural, por otra parte, que el cúmulo de circunstancias adversas para nosotros comenzase a ceder. No es posible olvidar que el proceso de nuestra reconstrucción se ha visto dificultado tanto por las consecuencias de la última guerra como por la implacable hostilidad de nuestro clima.

Que durante estos dos últimos años parece, ¡por fin!, ablandarse. Por mucho que pesen factores de otra índole, el campo es, en último término, el más decisivo. Veremos hasta qué punto la mejoría del clima repercute sobre los precios. Hasta ahora, el efecto inicial queda considerablemente amortiguado para el consumidor urbano de productos agrícolas y ganaderos.

Hay que tener en cuenta que la guerra de liberación no sólo no impidió el proceso de crecimiento de nuestra demografía, sino que desarrolló considerablemente los hábitos de consumo de ciertos artículos en regiones y clases que anteriormente los desconocían en absoluto.

Subsiste, además, la escasez cerealista, pese al esfuerzo por remediarla mediante importaciones. No es humanamente posible hacer más de lo que se ha hecho en un momento en que medio mundo atraviesa una etapa de penuria cerealista. Pero la elevación de la demanda consiguiente al aumento demográfico y la inexistencia de artículos substitutivos surten su efecto de impedir el reajuste en los precios.

A. B.

(Viene de la pág. 12.)

ció siquiera a la primera. ¿Qué estará pagando yo?"

La juventud, esa escasa juventud de las noches de estreno, está más de parte de ella. Una guapita pregunta a una guapa: "¿Tú, con un caso así, ¿qué harías?" "Hija, si fuera tan sol como Corito, yo también me vengaría, pero menos".

Todo termina en un largo beso de amor, y esta señora gorda y expansiva —moral y materialmente—, tan miopie y tan simpática, sale diciendo, rozagante y tierna, del brazo de su marido: "¡Preciosa, preciosa! ¡Y qué bien acaba!"

EN LOS TOROS DE ARANJUEZ

CORRIDA ésta de gente de posibles. O de gente capaz de hacer imposibles para asistir a ella, pese a las máximas dificultades. Como este obrerillo orteguista a quien los veinte duros de la entrada y los cinco del autobús, si hemos de juzgar por el estado de su mono azul, no le sobraban precisamente. Pero la gente de Madrid va hasta Aranjuez, pese a todo. Allí se siente más pueblo y con más derecho para gritar al torero que estuvo mal toda la tarde: ¡Maleta: que somos de Madrid! Hay un Madrid no chulapo, y si chulesco que no nos gusta. El que se ha erigido en usurpador de la voluntad popular, nuestro diputado por este tendido, que grita frases soeces, como es de rigor, sin gracia alguna, y se acoge al sagrado de madrileño. Con qué alegría lo vimos expulsado por el acomodador y restituido a sus alturas. En su lugar vino otro Madrid: el auténtico y popular. Dividido en dos bandos: orteguista y de Luis Miguel —se dice así, con diéresis, no sé por qué—. Un caballero simpático, con bigotillo, más que entendido, profeta, representante dignamente a los manolestas. Fue el que predijo puntualmente la tarde de Luis Miguel.

En la mejor faena de Ortega, una pareja gorda entra coceando. Nuestro diputado miente: ¡Señores: que en Madrid no se entra mientras hay toro! No es verdad, pero merecía serlo. No se debía consentir impuntualidad más que a la gente cortés, esbelta y ágil que sabe colocarse en su puesto sin patear a los puntales.

Ya Ortega está con el primer toro, ¡Que aprendan los jóvenes!... ¡Tú, sólo tú!... Pero, mirale, si tiene hipnotizado al toro!... Un descontentadizo: Eso, no es toro; es una vaca... ¡Con que vaca, eh! Pues baje usted a torearla, si es guapo. ¡Que no baja usted! ¡Pues a ver si subo yo, amigo!... Se mastica la bronca entre este público maduro, ya con años y solera como su torero. El descontentadizo se calla. Pero Ortega ha tenido mala suerte con sus toros. Ganado de Covalada, blando, que se raja a la primera. Los toros han de ser andaluces!... Un indigena —de Aranjuez, se entiende— arriesga tímido: Los toros son buenos. Lo que pasa es que los pican fuerte, y no aguantan. —¡Y a qué le llama usted toro malo, tío Catalino? El tío Catalino, que seguramente no se llama así, se calla y aguantaba también. Como antes, cuando intentaba recuperar su chaqueta extraviada, ya camino del callejón, y nuestro diputado de la oposición bien avenida —de Luis Miguel Dominguín, se entiende— gritó: Mira, al cateto le ha gustado esta chaqueta. ¡Téngala usted, hombre, se la regalo! El dueño no parece. Y "el cateto"

acharaba, casi lloroso de rabia: ¡Pero si es mi chaqueta!... —¿Usted perdóne, caballero. Está usted en su casa. El cateto lo duda. Pero los a propósitos, el humo de las tagarrinas y el calorazo se olvidan, porque Ortega hipnotiza no sólo al toro, sino también al público, entusiasmado y discutidor. No falta la mala sombra que grita: ¡Estás viejo!, como si el arte pudiera estarlo nunca. El mismo que dice a Luis Miguel: ¡Mira qué piernas tiene, si parece un cangrejo!... Y luego, ante las banderillas, estupefactamente colocadas: ¡Claro, siendo tan alto, cualquiera! El de ¡Arrimate, maleta, que para eso te pagan! cuando Luis Miguel torea ya con la taleguilla rasgada por los cuernos. El mismo: ¡Este chico es carne de toro! Pues el torero, por echar valor, cortó las dos orejas.

Mala tarde tiene este sevillano. A éste le va pasando lo que al Gallo. Tiene que verle cien corridas para verle una buena. Y los orteguistas y los de Luis Miguel hacen una tregua para abroncar al que acaba de degollar un toro. ¡Eh, Chaves: grítele usted que aprenda! Y nuestros diputados piden ferocemente: ¡Que le den al toro la oreja del torero! Y el señor

profeta: Las broncas duran una tarde. Las cornadas, meses. El sabe lo que se hace. Nuestros diputados saben todo: cómo se llaman los picadores y lo que cobran; quieren cobrar y no quieren cobrar los toreros. ¡Pobre José Luis! a mala parte te viniste a acercar! Al final de la tarde: ¡Tú, Luis Miguel! ¡Tú eres mi torero! ¡El dueño! ¡Mi amo! Y el orteguista, cachazudo: ¡Nada, que se lo envíen en un papel y se lo lleven!... ¡Oiga usted, amigo; yo no he faltado a nadie. Y bien que les he aguantado con Ortega. —Tiene razón.

Pero hay un séptimo toro: el sobrero. El negro y rojo de una bronca entre los hermanos Dominguín y un crítico taurino. Y como Luis Miguel estuvo bien, todo el público da la razón a los agresores de... obra. Es el comentario que durará al regreso, junto con devociones y discusiones por Ortega, saludos cariñosos a Luis Miguel y recuerdos... ¡de pasmar! de Alfonso XII y sus tardes de Aranjuez. Lo que demuestra que este público entusiasta y entretenido de San Fernando es, ante todo, archimadrileño.

Eugenia SERRANO

DE LIBROS

EL CERO Y EL INFINITO

KOESTLER: Ediciones Destino, S. L. Barcelona, 1947.



Arthur Koestler

LO primero y lo mejor que hay que decir de esta novela es que es, exactamente, un libro de la hora presente. Y esto por dos razones: la primera, por su asunto; la segunda, por su técnica narrativa. La vida individual, la del lector y la mía, están, desde hace algunos años—y, ¡ay!, sin grandes esperanzas

gran parte, atadas de pies y manos a ese moderno monstruo: la sociedad en su organización política. Cada vez, día a día, lo social invade lo privado. ¿Qué tema, pues, más sugestivo y atrayente que este de la lucha entre individuo y sociedad? Se dirá que siempre ha luchado el hombre con la sociedad, y es cierto; pero desde siglos, desde los tiempos del cristianismo, el individuo, el hombre con su alma en su almarino, había sido el centro de lo social, y no a la inversa, y este fue el sentido humano de la grande y única religión verdadera. Mas ahora un nuevo credo invade el mundo. El Estado se arroga la totalidad de la vida social y arrastra y avasalla al ser creado a semejanza de Dios y a su imagen. Como siempre, han hecho los grandes creadores de figuras míticas, Koestler, en su "Rubachof", sintetiza y condensa ese hombre que, en un momento, evidentemente inmaduro y precipitado de su vida, representó la ideología marxista; pero que, con una cultura y un espíritu en cierto modo despierto, al correr los años se da cuenta de la barbarie que representa la nueva sociedad estatizada. Ya es tarde para él, y aquel mismo engranaje, a

cuya creación contribuyó, le aprisiona, le declara traidor y lo mata. Todo el que no es fanático del estatismo sabe, y tiembla por ello, que la rueda que llena de amargura la conciencia de hombres como Rubachof, y que acabará triturándolo, se cierra amenazadoramente sobre sus cabezas.

La novela de Koestler es de una arquitectura sencilla y de una fuerza que no dudamos en calificar de brutal. El viejo ciudadano, camarada mejor, Rubachof, se ha vuelto sospechoso para el ciudadano "Número 1" y para toda la nueva generación educada en la revolución, que no ha conocido, ni en su patria ni en el extranjero, otro modo de vivir. Preso y procesado es conducido a la sabida "liquidación". Le basta al autor la pintura exacta, horrendamente realista de cuanto pasa en torno a su celda o en el interior de la conciencia de Rubachof, para llegar a herir, con impresión purificadora, catártica, el corazón del lector. El alma de Rubachof no puede apelar, en su desgracia, a instancias sobrenaturales—es un revolucionario racionalista—; pero una sorda voz le dice que "pagará", que pagará su vida pasada con la incompreensión de los nuevos hombres, que en su teorizar incesante acaban por llamar hombres de "neandertal", al dispararle un pistoletazo en la nuca. Pero ¿con qué maravilloso arte describe el autor las variaciones dialécticas y los emocionados y dolorosos recuerdos en la mente del viejo revolucionario Rubachof! Todo el cuadro de la prisión es veraz, aun más veraz que pueda ser la misma realidad. Los recursos novelísticos son mínimos, sobrios, salvo en el vivo y rico análisis de la autoconciencia del encarcelado ex comisario. Pero el efecto es profundo, conmovedor hasta el máster.

No sé si el libro está hecho con propósito propagandístico; no me importa como lector, porque el arte del novelista es auténtico arte de narrador, y porque el asunto no es inventado, sino real, terri-

blemente real, al alcance hoy de millones de hombres en casi todas las partes del mundo. Quedará este libro, como han quedado siempre las grandes novelas en la literatura, como un documento incontrovertible. Los contemporáneos sabemos la verdad que hay en la novela; los hombres que mañana la lean sabrán, por el arte del novelista, cómo fue un mundo en el que hubo millones de seres humanos que fanáticamente pensaron que la sociedad es un Moloch a quien el hombre puede ser sacrificado; un mundo en el que se habían obscurecido las claras y evidentes verdades del orden moral.

C.

FRANCOIS PIETRI: "UN CABALLERO DE EL ESCORIAL"



SE relata en este libro (1), con acopio de documental que en ningún instante pesa ni agobia al lector, la embajada de Luciano Bonaparte en España. El título responde al punto de partida, al arranque del volumen. Un caballero —en la primera acepción del vocablo— llega al Real Sitio y pide ser inmediatamente recibido por el rey Carlos IV, y de esta manera se celebra la primera entrevista del embajador y el monarca, fuera de las reglas del rígido protocolo español. No hay una sola pincelada novelesca en toda la obra, y aun si la hubiera estaría al servicio de la mayor y mejor fidelidad histórica; con datos ciertos y comprobados en cuanto al interés del libro, prende, desde el primer instante, para no perder su intensidad hasta que se termina. Luciano Bonaparte, el más agudo, inteligente, político y decidido hermano de Napoleón, va perfilando todas sus cualidades en todos sus característicos rasgos, así como sus ideas, sus proyectos y sus conceptos acerca de las relaciones de los dos países vecinos: España y Francia. Era todo el juego apartar a la primera de cualquier influencia e incluso trato amistoso con Inglaterra y crear la alianza útil, especialmente para las sueños napoleónicos imperiales. Los grandes dignatarios españoles también van cobrando vida, al igual que los acontecimientos traídos a colación muestran el estado de cosas y la fuerza de las circunstancias explicativas de actitudes de unos hombres que se enfrentaban con la voluntad imperial respaldada por las victorias de su ejército en toda Europa.

Vemos la actuación de Godoy, sus recelos; sabemos de sus consejos a la corona, pese a que ya no era su influjo el de cercanos días aún. Y también vemos a las claras cómo Luciano Bonaparte poseía una personalidad firme, poco propicia a ser manejada, sin condiciones, por su hermano, al que, en realidad, había sido él quien abriera el camino triunfal en el golpe de Brumario.

Así, el libro del señor Pietri es a modo de un eslabón que faltaba, hasta el día, en la cadena histórica de los hechos de un tiempo que tanto nos atrae. Luego, la salida de los reyes, la guerra de la Independencia española, habían de sumi-

nistrar las imágenes sucesivas. Mas estos antecedentes resultan, sin duda alguna, preciosos.

Se advierte en el señor Prietri la doble condición del historiador y de político avezado, y por ello ha podido ofrecernos en las páginas de este libro, junto a interpretaciones históricas justas, estudios psicológicos sagaces.

La versión española, de Santiago Magariños, realizada sobre el manuscrito del original francés, debe ser elogiada sinceramente.

F.

DON HERMOGENES EN EL CAFE

Don Hermógenes no ha muerto. Tal vez no puede morir. El mismo se lo decía a Pipé: no ha muerto.

—No, amigo mío; ni aun con euthanasia; no me entrego. Y mucho menos ahora que tengo que ocupar el puesto vacante de los profesores de la Institución Libre. Ya sabes que ellos no dejaban nunca sin aclarar sus ideas con esas dos onzas de alemán, tan necesarias a la prosopopeya de un buen catedrático. Y tenían su logos para ello. ¿Cómo no daban a esa profunda, o mejor abisal, palabra "devenir" se dice en tudesco "Werden"? ¡Ah!, amigo. ¡Ah!, hetero. ¿No ves que todo está más claro de ese modo? Pero ahora que ha empezado a hacerse realista la lengua alemana; es decir, a hacerse popular, o vulgar, ya no sirve para aclarar y hacer fosforescente al pensamiento. Ya no es claro decir verdad y añadir Wahrheit al margen; es preciso, es una "ananké" inevitable decir "Aleteia", y aun, si es posible, escribirla con caracteres griegos.

—Don Hermógenes, usted siempre me ha enseñado mucho, y oyéndolo, creo llegar lejos. Pero acaba usted de decirme algunas palabras que no entiendo. Paso por esa aleteia, que indudablemente es cosa de alto vuelo; pues debe de ser algo con alas. Pero, ¿qué es realismo?

—Querido Pipé, acaba de echarme ese chorrito de café en la copa, ahora que no te ve el amo. Gracias. Yo te lo explicaré. Me ha venido a la fantasía, porque acabo de leer en un geógrafo no sé qué de lagos endorreicos, y hay relación entre endorreico y realismo. Pero, mira, tú mismo puedes entenderlo mirando a tu larga nariz (pues eres, y creo que no lo sabes, un gran leptorrino), y también, cómo destilas, "catarreico". Tu nariz es el contrario de aquellos lagos del geógrafo, porque ellos son endorreicos y tú catarreico. Ellos absorben, tú destilas, ¿lo entiendes?

—No mucho.

—Pues déjalo correr, que eso precisamente quiere decir lo de "reático".

—Don Hermógenes, usted es maravilloso; usted hará que yo deje de ser un cualquiera, un pobre golfo del arroyo...

—Alto, alto ahí. No te metas en mi terreno.

—¿Cómo?

—¿Cómo? ¿No has dicho golfo? Pues sábele que ese es vocablo griego.

—¿Griego? ¿Pero qué don de lenguas ha caído sobre mí?

—Carisma, que te tienes... Si, hijo Pipé. Tú también hablas griego... pero sin saberlo.

(1) Espasa-Calpe, Madrid.

LA UNION RESINERA S. A.

LA UNION RESINERA S. A.

CAPITAL: 125.000.000 DE PESETAS



RESINAS
AGUARRAS
MADERAS
DERIVADOS

LA UNION RESINERA S. A.

LA UNION RESINERA S. A.

Sin levantar demasiado la voz, quisiéramos decir que el cine no es tan sólo el espectáculo, sino también el arte de nuestro tiempo. Ciertamente que no es este enfoque el usual, y nosotros no somos partidarios de contradecir. Pero, como su hermano mayor, el teatro, es un puente entre dos orillas. Y por esta riqueza, o si se quiere complejidad, es un ser de muy difícil definición. Y, además, es la más joven de ellas, el arte niño, y tiene la desgracia de vivir bajo la tutela de importantes tutores: el negocio y la propaganda. Y, por si fuera poco, tiene también buenos mentores o maestros, aunque desorientados y desorientadores: la literatura y la pintura. Pero el cine, sin embargo, anda por aquí y por allí, con buena salud, travesando, riéndose de todos, recogiendo, con alegre inconsciencia, enseñanzas y apoyos y siendo siempre lo que es. Nadie lo sabe definir. Pero nosotros, en esto, como en todo, guardaremos una actitud recatada y humilde. El cine es un ser vivo. Quizá es niño aun. No le debemos molestar con demasiadas definiciones. Pues este empeño nos recuerda una frase de Unamuno. Protestaba cierto profesor de que la enseñanza religiosa no respetaba la conciencia del niño. Y don Miguel apostilló: "Animal. Al niño no hay que respetarle la conciencia, sino hacérsela."

Quizá, quizá, mejor que definir al cine será verlo crecer. Y quizá, finalmente, debamos añadir, frente a la crítica llamada técnica, que mejor que respetar su estética, mejor que respetar lo que no tiene el cine aún, será también hacérsela o ayudársela a hacer.

EL CINE POR ESOS MUNDOS

HOLLYWOOD, 1.—La actriz Carmen Miranda ha salido de esta población con destino a Palm Springs. En relación con su anunciada enfermedad, el marido de Carmen Miranda, David Sebastian, ha dicho a los periodistas que su esposa fue a visitar al médico debido a una falsa alarma.

BUENOS AIRES, 1.—A fin de iniciar gestiones encaminadas a crear entre la Argentina y España una más estrecha colaboración, no sólo para la distribución de películas, sino también para su producción, ha llegado a Buenos Aires el destacado hombre de negocios cinematográficos Miguel de Miguel. Sus propósitos han sido expuestos al representante de la Agencia EFE, en una breve entrevista, celebrada poco después de su arribo en avión.

HOLLYWOOD, 1.—La Monogram y su subsidiaria Allied Artists, han tenido que paralizar la producción hasta que termine la huelga en sus estudios. En estos momentos sólo actúan los departamentos de publicidad. Los directivos han declarado que tienen suficiente material rodado para los meses que restan del presente año, sin que necesiten más producción antes de 1948.

HOLLYWOOD, 2.—La película "Carmen del Oeste" será filmada simultáneamente en versiones española e inglesa. La iniciación del rodaje será anunciada en breve, según ha manifestado su productor Henry Sherman. El papel principal del reparto lo interpretará Joel Mac Crees. En ella intervendrá un plantel de actores de habla española.

HOLLYWOOD, 2.—Robert Walker desempeñará el primer papel de la nueva película de la M. G. M., "Triunfo de la música". Walker actuó recientemente en la cinta "Canción de amor". La nueva producción empezará a rodarse a fines de otoño.

HOLLYWOOD, 2.—Tres artistas, Lauritz Melchior, Marina Koshetz y Jane Powell, tienen asignados los principales papeles de la opereta cinematográfica de la M. G. M., "El molino rojo".

HOLLYWOOD, 2.—Mary Pickford está dispuesta a rodar su primera película desde 1936. En ella actuará Claudette Colbert, Robert Cumming y Don Ameche. Se realizará en los estudios de Hal Roach.

HOLLYWOOD, 2.—Hollywood tiene otra nueva estrella juvenil. Se trata del niño Gerald Perreau, al que se ha confiado un papel en la película "Pony el perrito". Este niño ha sido escogido entre cuatrocientos aspirantes. Su nombre cinematográfico será el de Peter Miles.

HOLLYWOOD, 2.—Michael Curtiz busca una muchacha mejicana para interpretar el papel principal femenino de "Serenata". En un principio se había asignado tal papel a Anna Sheridan. Curtiz ha dado instrucciones a sus agentes en el sentido de que la muchacha debe ser "espiritual, pero primitiva".

HOLLYWOOD, 3.—Martha Montgomery, una de las muchachas que forman la "troupe" de la Metro-Goldwin-Mayer, en su gira por América del Sur, ha firmado un contrato para interpretar un papel dramático en "Double Take", producida por la Columbia, y con Franchot Tone de "partenaire".

(Noticias suministradas por la Agencia EFE.)



El director artístico, en los estudios de Pinewood, explica a los "estudiantes" lo que representa el cambio de unas cuantas palabras en un manuscrito. En la foto vemos la maqueta de un pueblito irlandés, construida para la película "Captain Boycott".

LOS ESCRITORES VAN A LA ESCUELA

Por Douglas LIVERSIDGE

(Exclusiva para VIDA ESPAÑOLA)

Por lo que pueda tener de alocutor ver cómo cuida su producción la industria cinematográfica inglesa, de corta pero gloriosa historia, insertamos esta crónica sobre uno de los más vitales aspectos del cine y, desgraciadamente, uno de los más frecuentemente olvidados por nuestros productores.

LONDRES, mayo 1947. — ¿Se ha preguntado usted alguna vez, al asistir a una función cinematográfica, quién sería el autor del tema o de la dramatización subsiguiente? ¿O se conforma con admirar la belleza de las estrellas y la escena? Sea como fuere, detrás de cada obra cinematográfica hay un grupo de hom-

bres influyentes, los escritores armados de sus plumas. Unas cuantas palabras agregadas al manuscrito pueden afectar a centenares de trabajadores y artistas. Por ejemplo, si se habla de un episodio de la historia antigua de Grecia, los escenógrafos se ponen a la obra, consultan enciclopedias y hacen dibujos en colores que representan fielmente calles y edificios de la época. Más tarde esos dibujos se convierten en planos detallados que servirán de modelo a una legión de obreros, carpinteros, electricistas, etc., para construir los decorados. Después les toca el turno a los modistos, que han de reproducir la vestimenta y joyería de la época para los artistas. Estos, por su parte, tienen que aprender los diálogos. Todo el personal de los estudios se pone en

marcha a raíz de unas cuantas palabras agregadas al manuscrito.

Todos los estudios británicos atribuyen gran importancia al tema de sus películas, sobre todo el de Pinewood, donde, aunque parezca curioso, la mayor parte de los directores y productores han empezado como escritores.

LA CLASE DE ESCRITORES QUE PREFIEREN

Los dueños de los estudios de Pinewood han abierto una escuela para autores de argumentos cinematográficos, con la esperanza de atraer a los escritores. El australiano Gordon Wellesley está a cargo de los que ingresan en esta escuela, de la cual forman parte varios escritores de talento. Pero no vaya a imaginarse que son numerosos; de los millares de personas que se presentaron sólo seis fueron elegidas. Hemos leído las obras de innumerables autores y hemos interrogado a muchos; pero—dice Wellesley—el hecho de ser un escritor excelente no es suficiente para poder trabajar para el cine. Naturalmente, no podemos enseñar a nadie cómo se escriben argumentos para la pantalla; eso es instintivo. Alguna gente sabe descubrir las situaciones dramáticas con mucha facilidad. Lo que les enseñamos es la técnica del trabajo.

¿Cómo reconocen a los escritores de talento? No hay regla alguna, pero la experiencia nos ha demostrado que los mejores autores de argumentos no son los más letrados, sino los que tienen un conocimiento profundo de la vida.

¿COMO APRENDEN?

¿En qué consiste el entrenamiento de los alumnos de Wellesley? En primer lugar asisten a la filmación de alguna película en curso de realización y aprenden a distinguir la relación entre los diversos servicios técnicos y el tema escrito. Poco a poco el desorden creado en la escena por el omnipotente director deja de ser incomprensible.

Asisten a las discusiones de los que están encargados de cortar las películas y escuchan las razones que dan al hacerlo. Hacen visitas frecuentes al departamento artístico y al del sonido. También asisten a las conferencias de directores y cooperan con escritores experimentados. Ven cómo y por qué se cambian diálogos, cuántas versiones del tema hay que hacer antes de llegar al resultado final. En breve aprenden los secretos del arte.

Después viene la rutina del trabajo diario, leer libros, obras teatrales y otros destinados a futuras películas. La oficina central de Londres les manda todas las semanas un lote nuevo de literatura que examinar, y han de hacerlo muy cuidadosamente—porque el poder de hacer daño o provecho está en sus manos. El cine es un medio de propaganda muy poderoso y no se debe convertir en veneno. Una cinta puede crear dificultades diplomáticas o desmoralizar al pueblo. En estos tiempos críticos, los estudios británicos hacen lo posible para realizar películas optimistas.

SE ACENTUA LO POSITIVO

"En resumen—dice Wellesley—queremos argumentos con ideas positivas, no negativas como las que parecen prevalecer hoy día en Europa. Hemos leído muchas obras extranjeras que, aunque excelentes, tenían tendencias hacia el suicidio y la demencia."

En Hollywood también se ha producido cierto número de cintas sádicas y se teme que tengan una pésima influencia moral.

Wellesley reúne todas las semanas a sus "alumnos" para explicarles las sutilezas del arte cuando se trata de seleccionar argumentos. Todo manuscrito enviado por personas desconocidas se devuelve sin ser leído; sólo se aceptan contribuciones de autores o agentes literarios que son conocidos en los estudios. Así no hay peligro de que, si a uno de sus propios autores se le ocurre una idea que ya había empleado en algún libro otro escritor, se le acuse de plagio.

Escribir para el cine ofrece recompensas deslumbradoras y es una carrera excelente para el que tenga al mismo tiempo talento creador y conocimiento de la técnica. Se contrata a los "estudiantes" por un año, y la Compañía se reserva el derecho de renovar el contrato por uno o dos años más.

La meta es interesante, pero difícil de alcanzar. Los estudios tienen tantas exigencias, es necesario estar dotado de un instinto creador excepcional para encontrar siempre nuevos argumentos y, además, reunir una cantidad sorprendente de cualidades artísticas. Entre mil aspirantes puede haber uno—o tal vez ni siquiera uno—que posea todas las cualidades requeridas.

Ullargui films
Presenta
las emocionantes películas en dos jornadas cada una.

EL TERROR GOBIERNA LOS TROPICOS...
EL PELIGRO ACECHA DESDE CADA ARBOL...
EL HOMBRE BLANCO
APRENDE LAS LEYES
DE LA SELVA EN SU
PRISTINA BELLEZA

LA MUJER TIGRE
ALLAN LANE • LINDA STIRLING
DUNCAN RENALDO

UNA EXPEDICION CIENTIFICA QUE
SE ADENTRA EN LAS TIERRAS
SALVAJES DE LA ARABIA
LEGENDARIA...HAZANAS
EMOCIONANTES DE LA
INTREPIDA NYOKA, LA
REINA DEL DESIERTO...

LOS PELIGROS DE NYOKA
RAY ALBRIDGE
(LA REINA DE LAS SERIES)
CLAYTON MOORE
Director: WILLIAM WITNEY

Importaciones
NEISA

DOS PRODUCCIONES
República

Ayuntamiento de Madrid



Una escena de "Don Quijote de la Mancha", actualmente en rodaje en los estudios Cifesa, bajo la dirección de Rafael Gil.

LO QUE NOS DICEN, DECIMOS

El rumor va tomando ya carácter de noticia: Juan de Orduña será el primer director que haga en España una película en color. Parece ser que ahora va de verdad y que el nombre de este prestigioso director no será substituido por el de otro, en cuanto a las primicias del color se refiere.

El título de la película se desconoce todavía; pero las entrevistas entre Orduña y los señores Aragones y Blay—poseedores de la patente española de cine en color a que nos referimos—son cada vez más frecuentes.

Ahora bien; antes de que Orduña nos dé la primera película española en color, dirigirá para la marca Cifesa la gran superproducción "Locura de amor".

Tres novedades en una sola noticia: un nuevo director, una nueva productora y una nueva película.

La primera novedad se refiere a Manuel Tamayo, de larga experiencia en cine como guionista y ayudante de dirección; la segunda, recoge la aparición de Panorama Films como productora, y la tercera, es "Leyenda de Navidad", título de la nueva película, basada en un cuento de Dickens.

Así, pues, tenemos que Manuel Tamayo debuta como director con la película "Leyenda de Navidad", producida por Pan-

orama Films. El rodaje comenzará en los primeros días de junio, en los estudios Orpheo, de Barcelona. El intérprete principal de este film es Jesús Tordesillas.

En los estudios Augustus Films han comenzado a rodarse los interiores de "Hacia una raza mejor", película deportiva que recoge las más importantes actividades del deporte español. Su director es Justo de la Cueva, que debuta con esta película como director de largo metraje, después de una larga experiencia como realizador de documentales.

Este film, patrocinado por la Delegación Nacional de Deportes, lleva de jefe de operadores a A. Nieva, y de intérpretes centrales a Radú Canicio, José Jaspe, Arturo Marín y Manuel Requena.

Antonio de Obregón ha cambiado el título a la película que está rodando. Así, pues, en lo sucesivo, "Hablo por ti" se llamará "Revelación".

Enrique Herreros va a dirigir una película titulada "La muralla feliz", guión humorístico premiado en el reciente concurso del Sindicato Nacional del Espectáculo.

AZORIN DIPUTADO NOVEL

Por Melchor FERNANDEZ ALMAGRO
(De la Real Academia de la Historia.)



EN las Cortes de 1907 a 1909 Azorín bajó de la tribuna de la Prensa a ocupar por vez primera un escaño de diputado. Los electores de Purchena habían conferido su representación en el Congreso a don José Martínez Ruiz. Y cómo había de separarse don José Martínez Ruiz de Azorín, por mucho que los electores de Purchena ignorasen la existencia del fino, hondo, extraordinario escritor? Don José Martínez Ruiz y Azorín, identificados, tomaron asiento, como estaba lógicamente previsto, en los bancos de la mayoría conservadora. Lo que el diputado Martínez Ruiz—uno más—callase, lo escribiría el cronista Azorín—pluma singularísima—en sus "Impresiones parlamentarias" de siempre, como en el fugaz diario de Troyano España y como en el casi recién nacido ABC, donde continuaba anotando—ahora bajo el título "Anales de un diputado"—los rasgos e impresiones de la sesión y los pasillos, que se le escaparían, sin duda, a los informadores, o mejor dicho, que no les importaban nada.

Dar estado literario a la vida del Congreso era tarea reservada a Azorín, historiador y poeta sin voluntad expresa. He aquí a Azorín, satisfecho de haber realizado—lo confesó después—su "deseo de la mocedad", en trance de glorificar la actividad parlamentaria, no ya desde fuera, sino desde dentro, con derecho a entrar y salir libremente, nada menos que a título de legislador. Era jefe entonces del Gobierno y de los conservadores don Antonio Maura, en pleno ejercicio de su autoridad y en la mejor sazón de su vida. Habían muerto, en uno o dos años atrás, Silvela, Villaverde, Romero Robledo. A salvo de toda tentación de grupo, los conservadores se sentían disciplinados y unidos como nunca. Era ministro de la Gobernación don Juan de la Cierva, novedad polémica en el primer plano de la política. Ministros de otros departamentos, Allendesalazar, Rodríguez Sampedro, Osma, González Besada, el marqués de Figueroa, Ferrándiz, Llofo; todos, por cierto, barbados, menos el último, con típica mosca militar. Barbados también los más de los primates: Moret, Salmerón, Azcárate, Vázquez de Mella, Sánchez Guerra, Villanueva... Y legión innumerable forman los diputados de cualquier significación que asimismo llevaban barba: desde la "cabeza de estudio" a lo siglo XIX, de Solen y March, hasta la barba rizada y perfumada, fin de siglo, de Martín Rosales. Azorín recorre con su observación de lado a lado el hemiciclo, y se fija en barbitos o barbas de Rendueles, Burell, Senante, Carner, Moral de Calatrava, Dias Aguado Salaverri... "¿Qué barba...ridad!", comenta Azorín, tanteando el chiste quizá por única vez en su vida. Y advierte también que, por lo menos, llevan bigote los disidentes de la barba: bigotes en punta o caídos, frondosos o rasos, de Melquiades Álvarez, Dato, Romanones, Gasset, Soriano, Junoy, Lombardero... ¡Ah, y las patillas de Vega de Armijo, último isabelino! Azorín sólo encuentra contados rostros rasados como el suyo: Bertrán y Musitu, Salvatella, Aller... Pocos, muy pocos. Quizá piense que no caben excepciones, que conviene ponerse a tono. Pero, ¿qué elegir?... Azorín tiene treinta y cuatro años: ¿cómo dejarse una barba de tan bíblica magnitud como la de don Alejandro Pidal y Mon, por ejemplo? ¿Cómo van a irle bien unos bigotes a lo Káiser, como los que luce el marqués de Portago? Azorín quiere, desde luego, hacerse una cara de Director General, de Subsecretario, y se deja el bigote. Un bigote mínimo, elemental, de calculada sencillez, como su estilo: el bigote con que aparece en su carnet de diputado a Cortes por Purchena (Almería). Gracias al bigote, ese retrato de Azorín se hace único en la iconografía del gran escritor, retratado por pintores de suma calidad, por fotógrafos en aparatosa galería, por reporteros gráficos, por ilustradores de entrevistas y encuestas... Transitorio Azorín de leve bigote que halla una emoción nueva en su investidura de diputado.

Azorín se siente feliz sin más que respirar "aires de vetustez y de romanticismo", en la presidencia del Consejo de ministros, al asistir a la reunión de las mayorías, con ocasión de la apertura de Cortes. "Yo estaba en todo", dice, y confiesa que le impresionan mirarse en los espejos que vieron pasar a O'Donnell, Prim, Serrano... Más aún le causa emoción el Congreso mismo, con los mil y un detalles del peluche y las molduras, la alta lucerna y el reloj que tanta historia ha devanado, las pinturas y los medallones. Azorín llega temprano, a las tres y media; "Se forman—nos cuenta algún día unas pequeñas tertulias en el cafetín; en una de ellas suelen estar Galdós, Julio Camba, Garay y el que escribo estas líneas. Se charla allí de todo y se pone un comentario a los sucesos del día. El maestro Galdós saca su boquilla de cartón; pone en ella un cigarro, lo en-

ciende, coloca el codo sobre la mesa, y así, un poco recostado, va oyendo en silencio lo que se dice y mirando a unos y a otros con sus ojillos finos, escrutadores..." Azorín va y viene por los pasillos, viendo y escuchando, a la caza del detalle revelador. Se detiene, formando parte de un corro, en el Salón de Conferencias. Se sienta luego a una de las mesas-escritorio. Busca después algún libro—de Andrés Borge, de Fermín Caballero...—en la Biblioteca. Al Salón de Sesiones, en fin. Discurso histórico éste que oye precisamente el 21 de junio de 1907: quien habla es un hombre fuerte, alto, recto; blanca la barba, enrojecida la faz, caliente la dicción, arrogante la apostura: "Diré ahora una cosa, y es que cuando cruzo en cualquiera dirección los campos castellanos, yo, que hablé en el regazo de mi madre una lengua que no era la de Castilla, sino casi la misma lengua de los Solidarios, no pienso eso, yo no siento eso, sino todo lo contrario, y la misma planicie del terreno suscita en mi ánimo sentimientos totalmente opuestos..." El orador es don Antonio Maura. Azorín nos lo hace contemplar: "Llevaba el señor Presidente del Consejo una negra y limpia levita; cubría su pecho un chaleco de una blancura nítida, en el que resaltaban unos botones negros, brillantes; era negra la corbata, y el cuello doblado, no muy alto, igualmente de una nitidez impecable."

Los "Anales de un diputado" no están recogidos en volumen alguno, ni se incluyen en las "Obras Selectas", de Azorín. Son pocos en número los artículos de este ciclo, que interrumpe una enfermedad del autor. La convalecencia es larga, en el campo, y de estas lentas jornadas resulta un libro fácil de armonizar con los "Anales de un diputado"; libro que responde a una preocupación común: "El Político. (Arte de conducirse en la Vida)", tampoco reimprimó ni incorporado a "Selecciones ni Antologías", libro de 1908, que se enlaza con "Un discurso de la Cierva", que es de 1914, en línea que llega hasta "El Chirrión de los Políticos", publicado en 1923. A lo largo de ese tiempo, Azorín ha vuelto a ser diputado: por Puenteareas, por Sorbas, por Purchena quizá otra vez, por Sorbas de nuevo. Y Subsecretario de Instrucción Pública en dos ocasiones. Ha vivido la política; pero viviendo aún más intensamente sus creaciones literarias. Azorín, cuando era un pequeño filósofo, tenía "una cajita de plata llena de fino y oloroso polvo de tabaco, un sombrero grande de copa y un paraguas de seda roja con recia armadura de ballena". El sombrero grande de copa nunca le sirvió mejor ni tanto como cuando fue diputado a Cortes la primera vez, y usó, efímeramente, su bigote de parlamentario novel. Luego vinieron otros tiempos: la corriente inexorable de las cosas se llevó mucho consigo. Mucho, casi todo: todo, menos la prosa sabia y natural, poética e histórica, de Azorín.

MARIPOSAS SOBRE LAS RUINAS



Una "troupe" circense, a cuya cabeza figura la "estrella" del alambre Camilla Mayer, ha trabajado sobre las ruinas de Francfort, para divertir a la ciudad. (Véase reportaje gráfico en la pág. 5.)

VIDA ESPAÑOLA

AÑO I - NUM 1

MADRID, 6 DE JUNIO DE 1947

TRES PESETAS

MANUEL DE FALLA

(1876-1946.)

Por el Profesor Walter F. STARKIE



Busto de Manuel de Falla, por Juan Cristóbal.

LA última vez que vi a Manuel de Falla fué en 1935. Vivía él entonces en una casita en los alrededores de la Alhambra, y desde su jardín podíamos divisar toda la histórica llanura granadina. Era difícil reconocer en él aquel ardiente espíritu que yo había conocido en años anteriores. Su rostro se había hecho más delicado y etéreo. Recordaba yo cómo era en 1921 el creador del "Amor brujo" y de "El sombrero de tres picos", obras que nos electrizaron por su vitalidad e intensidad de ritmo. Pero ahora su aspecto era el de un monje asceta, cuya vida está dividida entre la meditación en su celda y su diminuto jardín. Cuando le visité estaba dando los últimos toques a su gran obra coral "La Atlántida", basada sobre un poema épico de Mosén Jacinto Verdaguer. La historia es la historia de Atlantis, el país sumergido en las aguas frente a la costa noroeste de España. Es triste pensar que el compositor no haya podido terminar esta obra que el público español ha estado esperando ansiosamente. Sin embargo, hay que confiar que uno de sus más destacados discípulos, Ernesto Halffter, terminará el trabajo, o, al menos, dará al público la posibilidad de oírlo inacabado, como está.

Nació Falla en Cádiz en 1876, y recibió la primera instrucción musical de su madre, que era una perfecta pianista. No hay que olvidar que Cádiz ha sido siempre uno de los centros culturales más importantes de España, y que su tradición musical se remonta al siglo XVIII. De Cádiz se trasladó a Madrid, donde fué discípulo del famoso compositor Pedrell, y debido a la influencia de su maestro empezó a estudiar a fondo el folclore musical español. Falla rindió toda su vida tributo a la influencia de Pedrell, quien no ha sido apreciado debidamente por sus compatriotas. Ya en 1905, cuando aún vivía en Madrid, dió muestras de su talento musical, pues en aquel año obtuvo, con "La vida breve", premio en un concurso nacional de óperas organizado por la Real Academia de Bellas Artes. Esta breve ópera, que no fué representada hasta 1914 en París, marcó una época en la ópera española. Un crítico tan agudo como Pedro García Morales, ha dicho que "Soledad", la heroína de esta ópera, y no "Carmen", es la verdadera heroína de la ópera española. En 1907, Falla se trasladó a París, donde estudió bajo la influencia de Debussy y Ravel. Los años en París fueron duros para el compositor, porque su vida transcurrió en un constante tráfico de trabajo. Fué entonces cuando demostró su carácter tenaz, al rehusar ofertas ventajosas que le hacían empresarios que le pedían óperas fáciles, turina, otra gran figura de la música moderna española, que estaba en París al mismo tiempo que Falla, ha descrito cómo ambos compositores fueron recibidos por Albéniz. Fué Albéniz quien les animó a luchar y a escribir música genuinamente española.

Al estallar la guerra de 1914, Falla abandonó Francia y volvió a España. Fué entonces cuando se instaló en Granada, y hasta su reciente traslado a América. Granada fué la ciudad de sus sueños. La música de Falla, en efecto, por su intensidad y su concentración, siempre evoca en mí uno de esos floridos

patios del Generalife... En estos pequeños rincones de sombra, los moros crearon un paraíso en miniatura, con aguas cantarinas, flores fragantes y hojas tropicales que medio ocultan los escalones de ladrillo y las graciosas fuentes de coloreados mosaicos. Es imposible pensar en la música de Falla sin evocar el paraíso de la Alhambra con sus torres, sus puertas y sus desmoronadas murallas rodeadas por exuberante vegetación, que da una impresión de tristeza mágica, y uno siente como si incontables espíritus estuviesen atisbando a través de las almenas de sus torres, esperando, vigilantes, la puesta del sol, para descender y poblar sus resonantes patios. La música de Falla sugiere todas estas cosas, especialmente en su obra "Noches en los jardines de España". Su arte es esencialmente español, en lo que tiene de impresionista. Falla nos hace oír, no sólo las melodías y ritmos modernos de la España de hoy, sino también aquellas que nos traen ecos lejanos del pasado musical español.

En sus primeras obras, como "La vida breve", nos da una pintura superficial de Granada y Andalucía; pero, según fué pasando el tiempo, su estilo se purificó y, a fuerza de autodisciplina, creó un estilo clásico de composición, conciso y de una intensidad profunda. En "El amor brujo", el ritmo bárbaro y el rico color tonal, han puesto en pie al mundo musical, y fué algo inolvidable ver a la gran danzarina que fué "La Argentinita" bailar la "danza del fuego" en esta obra. Falla nunca usó concienzudamente de las melodías folklóricas; pero su estilo es tan nacional, que sus melodías nos sorprenden como si se tratase de música folklórica. "Noches en los jardines de España", denominada también "Nocturnos", se divide en tres partes, cuyos subtítulos son: "En el Generalife", "Danza lejana" y "El jardín de la sierra de Córdoba".

Para encontrar un paralelo de este espíritu musical, tenemos que volver nuestros ojos a uno de los más grandes poetas españoles, Federico García Lorca. Lorca, en muchos aspectos, fué un discípulo de Falla, y hay en él el mismo espíritu mágico de tristeza, el mismo talento para la evocación en obras tales como "La guitarra" y el poema inspirado por los gitanos moradores de las cuevas del Sacro Monte. Falla, sin embargo, no se limitó a crear obras basadas meramente en temas andaluces. El deseo de crear música de expansión universal, y fijó su atención en la antigua música de Castilla. Así, produjo su ópera de marionetas "El retablo de Maese Pedro", basado en una de las más famosas aventuras de Don Quijote. En la segunda parte del libro inmortal, Don Quijote y Sancho Panza, su fiel escudero, se encuentran en una posada, a la cual llega un caminante con su teatro de marionetas. En el establo de la posada se hacen los arreglos para dar una representación. La comedia que los muñecos representan está sacada de un antiguo romance español, en el que habla de Don Gai-feros y la Princesa Melisendra. El hombre, dentro de su pequeño teatro, maneja las cuerdas de sus marionetas, y el trujamán que le ayuda va explicando la acción al rústico auditorio. Don Quijote es un viejo caballero muy versado en

caballería y romances de amor, y le interrumpe de vez en cuando, hasta que, finalmente, cuando los moros cabalgan en persecución de Don Gai-feros y Melisendra, el caballero se abalanza, espada en mano, hace pedazos las marionetas y destruye el teatrillo. La música es en extremo concisa y sigue estrechamente las líneas del estilo literario. Es una obra que puede parangonarse a la "Petruschka", de Stravinsky. Stravinsky también extrae su inspiración de la música antigua de Pergolesi y los personajes enmascarados de la "Comedia dell'Arte"; pero mientras Stravinsky ha producido un grotesco moderno, cuyo encanto se deriva de la deformación de los personajes de marionetas, la obra de Falla es una evocación no sólo del libro de Cervantes, sino también del espíritu de los antiguos romances. La representación de "El retablo de maese Pedro" ha constituido siempre un problema. Recuerdo los días de 1928 en París, cuando el compositor dirigió su obra. Los muñecos fueron diseñados por el famoso pintor Zuloaga, y en aquella función fueron manejados por el propio compositor y el pintor. ¡Qué contraste el de esta obra con la producción anterior del autor, su espíritu castellano primitivo, su evocación de canciones antiguas y la clásica tradición española! En la siguiente obra de Falla, el "Concierto de clavicémbalo", hay aún mayor austeridad y clasicismo de estilo. Adolfo Salazar, el célebre crítico musical español, señaló que la música de Falla es arrastrada por una afinidad natural hacia la música napolitana y española de Domenico Scarlatti. Es una maravillosa obra plena de variedad y cambios ritmos. Continúa nos trae a la imaginación el siglo XVIII. No debemos olvidar que Falla, a pesar de su profundo estudio de la música y el folclore antiguo español, es genuinamente moderno, en igual relación con la música de su país que Debussy y Ravel con la de Francia o Bela Bartók y Kodály con la de Hungría. Puede aplicarse a Falla la famosa frase: "En face de la Cathédrale se lève la chanson populaire". Su música ha saltado desde el suelo de España, y a lo largo de su carrera ha luchado por conseguir una unidad perfecta en su arte. Ya en una de sus primeras producciones, "Andaluza", vemos las características esenciales que reaparecen en sus últimas obras, como el "Concierto de clavicémbalo".

Fué durante su vida un precursor, y ha sido comparado a uno de los antiguos conquistadores españoles, haciéndose a la vela en su diminuta barca para explorar mares ignotos. En muchos aspectos fué un místico con temperamento morisco, pero católico, español, un amante de los rutilantes "autos" de Calderón y los poemas estáticos de San Juan de la Cruz. En los primeros años hubo en él una intensa inquietud, como si fuera llevado a ese camino por demonios en pugna; pero en su última época él poseyó esa tranquila quietud de la mente tan bellamente expresada por San Juan de la Cruz:

La noche sosegada
en par de los levantos de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la equis, que rectos y enmora.